

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Misiones



ENCUENTROS Y CONGRESOS 5

La animación misionera en España

Jornadas Nacionales de Delegados Diocesanos de Misiones y Asamblea Nacional de Directores Diocesanos de OMP, 2009

Editado por
Anastasio Gil García



La animación misionera en España

**Comisión Episcopal de Misiones
y Cooperación entre las Iglesias**

ENCUENTROS Y CONGRESOS

5

La animación misionera en España

*Jornadas
Nacionales de Delegados Diocesanos
de Misiones y Asamblea Nacional
de Directores Diocesanos de OMP,
2009*

Editado por
Anastasio Gil García



Editorial EDICE · Madrid 2009

Nihil obstat

José Rico Pavés

Director del Secretariado

de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe

Imprimatur

✠ César Augusto Franco Martínez

Obispo Auxiliar y Vicario General de Madrid

Madrid, 4 de noviembre de 2009

© Conferencia Episcopal Española

© EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Telf.: 91 343 97 91

e-mail: edice.cee@planalfa.es

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra en cualquier forma y por cualquier medio sin autorización expresa, bajo pena de incurrir en la violación de los derechos de propiedad intelectual.

Portada: Juan Salvador

Imprime: Campillo Nevado, S.A.

Antonio González Porras, 35-37

28019 Madrid

Depósito Legal: M-49864-2009

ISBN: 978-84-7141-705-3

Sumario

Presentación	
ANASTASIO GIL GARCÍA	7
Discurso inaugural	
RAMÓN DEL HOYO LÓPEZ	11

Ponencias

I. Reflexión teológica sobre «Actualidad de la misión <i>ad gentes</i> en España»	
RICARDO BLÁZQUEZ LÓPEZ	21
II. «Las naciones caminarán en tu luz» (<i>Ap</i> 21, 24)	
TIMOTEO LEHANE BARRETT, SVD.....	41

Mesa redonda

Ámbitos de animación misionera

I. Introducción	
JUAN FRANCISCO MARTÍNEZ SÁEZ, FMVD	53
II. La animación misionera en la diócesis	
JUAN JOSÉ OMELLA OMELLA	57
III. La animación misionera en la parroquia	
DAMIÁN DÍAZ ORTIZ.....	67
IV. La animación misionera en la familia	
JOSÉ MIGUEL TABOADA Y MARÍA PILAR TABUENCA	77



Apéndices

I. Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2009 BENEDICTO XVI.....	85
II. Reflexión pastoral sobre «Actualidad de la misión <i>ad gentes</i> en España» RAMÓN DEL HOYO LÓPEZ	91
III. La misión <i>ad gentes</i> : dinamismo de la acción pastoral AMADEO RODRÍGUEZ MAGRO	123
IV. Instrucción pastoral «Actualidad de la misión <i>ad gentes</i> en España»: Una interpelación a las Iglesias particulares ANASTASIO GIL GARCÍA	149

Presentación

ANASTASIO GIL GARCÍA

*Director del Secretariado de la Comisión Episcopal
de Misiones y Cooperación entre las Iglesias
Subdirector de Obras Misionales Pontificias*

Mons. D. Ramón del Hoyo López, obispo de Jaén y presidente de la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias, inauguró el pasado 19 de mayo de 2009 las tradicionales Jornadas Nacionales de Delegados Diocesanos de Misiones, con la presencia de la totalidad de los obispos que integran esta Comisión Episcopal. Junto a sus palabras de agradecimiento por el trabajo realizado y de bienvenida a este foro de reflexión y animación misionera a participantes, tanto en su condición de delegados diocesanos de misiones como de directores diocesanos de las Obras Misionales Pontificias, significó que «esta coincidencia es un verdadero acierto que muestra la fluida relación entre la Comisión Episcopal de Misiones y la Dirección Nacional de Obras Misionales Pontificias. La doble condición de director diocesano de las OMP y delegado diocesano de misiones no es un rocambolesco juego de palabras y de cargos. Es la estrecha comunión eclesial entre la cooperación misionera de la Iglesias particulares que promueven las Obras Misionales Pontificias y la animación misionera que late en el corazón de cada comunidad eclesial promovida por el obispo en cada diócesis. «Esta estrecha relación entre la Comisión Episcopal de Misiones y las OMP es la expresión de que Pedro acerca su preocupación misionera por todas las Iglesias y de que estas, con sus obispos, miran a



Pedro como Colegio Apostólico. Lejos de olvidar esta verdad reforcemos, cuanto sea posible, esta íntima relación».

Hacia unos pocos meses que la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española había aprobado en sesión plenaria la Instrucción pastoral *Actualidad de la misión ad gentes en España*. Para su presentación a los principales responsables de su difusión en las diócesis, se invitó al vicepresidente de la Conferencia Episcopal Española, Mons. D. Ricardo Blázquez. Las implicaciones pastorales que son expuestas en el documento no pueden proceder de una Comisión Episcopal, sino de la Asamblea Plenaria a quien corresponde firmar el texto. Esta razón justifica la presencia de Mons. Blázquez en la conferencia inaugural sobre el sentido y alcance teológico-pastoral del texto. La Instrucción pastoral ha sido objeto de otras muchas intervenciones por parte de conocedores del tema y estudiosos de la materia. A modo de ejemplo, y por la relevancia que tienen sus autores como miembros de la Comisión Episcopal de Misiones, se editan los estudios firmados por Mons. D. Ramón del Hoyo y por Mons. D. Amadeo Rodríguez Magro, obispo de Plasencia.

Las Jornadas son ocasión para la presentación de la Jornada Mundial de las Misiones que se celebra el penúltimo domingo de octubre. Los directores diocesanos de las OMP están recibiendo en estos días el material y propuestas de trabajo para la animación e información misionera en las diócesis. Todo ello gira en torno al Mensaje que el Papa envía a toda la Iglesia para la celebración de este día. Nadie mejor para ayudar en la comprensión del texto pontificio que el padre T. L. Barrett, secretario general de la Pontificia Obra de la Propagación de la Fe, en Roma. Su intervención es publicada en el capítulo de las

ponencias y, como texto para la consulta, el Mensaje papal aparece en el apéndice por ser suficientemente conocido.

Entre la apertura del primer día con la Instrucción pastoral de los obispos españoles y la clausura del último día con la mirada puesta en el DOMUND, era necesario preguntarse sobre la animación misionera en los principales ámbitos de transmisión de la fe de la Iglesia. En concreto, en la diócesis, en la parroquia, en la familia. Para ello tomaron la palabra tres representantes de estas instituciones: un obispo, Mons. Juan José Omella, un párroco, Damián Díaz, y un matrimonio, los Sres. Taboada Tabuenca. Ellos mostraron la experiencia del trabajo ordinario para que la dimensión misionera pueda penetrar el proyecto pastoral diocesano, más allá de cualquier otro tipo de colaboración material o personal, hacerse presente en la actividad parroquial, además de promover entre los fieles la cooperación misionera, y transformar en misionera la vida de una familia sin necesidad de partir para la misión, aunque en ocasiones el Señor regale a estas familias alguna vocación misionera, como es el caso del matrimonio que participó en la mesa redonda. El estudio de estas aportaciones es como una luz que ilumina el presente y una ventana que se abre al futuro. Sus intervenciones ayudan a comprender que no hay mayor enemigo de la pastoral ordinaria que el cerramiento en sí mismos por miedo a quedarnos sin los limitados recursos que poseemos.

El Secretariado de la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias se complace en la edición de esta documentación para la formación de los fieles, para misioneros y misioneras, y para los grupos cristianos que periódicamente profundizan en la dimensión misionera de la fe cristiana. Nos anima, además, a su publicación



la buena acogida que han tenido los editados en los años precedentes con la documentación de las Jornadas respectivas.

Agradecemos a los autores que nos han permitido editar sus trabajos y a quienes han colaborado en la preparación de esta publicación, en especial al P. Juan Martínez, FMVD, incansable colaborador en ambas instituciones misioneras.

Madrid, 3 de diciembre de 2009

Festividad de San Francisco Javier,
Patrón de las Misiones

Discurso inaugural

RAMÓN DEL HOYO LÓPEZ
Obispo de Jaén
Presidente de la Comisión Episcopal de Misiones
y Cooperación entre las Iglesias

1. «¡Ay de mí si no evangelizara!» (1 Cor 9, 16)

Saludos

– Al Excmo. Sr. vicepresidente de la Conferencia Episcopal Española, D. Ricardo Blázquez Pérez, obispo de la diócesis de Bilbao.

– Al Excmo. Sr. director nacional de las Obras Misionales Pontificias y miembro de la Comisión Episcopal de Misiones de la Conferencia Episcopal Española, D. Francisco Pérez González, arzobispo de Pamplona y Tudela.

– A los Excmos. Sres. obispos miembros de la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias de la Conferencia Episcopal Española:

D. Camilo Lorenzo Iglesias, obispo de Astorga.

D. Amadeo Rodríguez Magro, obispo de Plasencia.

D. Miguel Asurmendi Aramendia, obispo de Vitoria.

– Señor secretario general de la Pontificia Obra de la Propagación de la Fe, el padre Timoteo Lehane Barrett, SVD, que presentará la ponencia «La Palabra, luz para las naciones», del Domund 2009.



— Al Sr. subdirector nacional de las OMP y director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Misiones de la Conferencia Episcopal Española, D. Anastasio Gil García, y a los demás miembros del Secretariado de la Comisión Episcopal y de OMP.

— Sres. miembros presentes del Consejo Nacional de Misiones.

— Sres. delegados diocesanos de Misiones y directores diocesanos de OMP en España.

— Otras representaciones de instituciones misioneras. Amigos todos. Nuestro saludo agradecido por su presencia y colaboración en estas Jornadas Nacionales de la Comisión Episcopal de Misiones y Asamblea Nacional de Directores Diocesanos de OMP.

La Iglesia siempre vive de la Pascua y continúa ofreciendo con humildad en todos los pueblos de la tierra el Evangelio, anunciando y testimoniando a Jesucristo, camino, verdad y vida, bajo la asistencia del Espíritu Santo.

La celebración del *Año jubilar paulino* es buena ocasión para dar a estas jornadas un especial espíritu misionero y hacer nuestras con temblor y confianza sus mismas palabras: «¡Ay de mí si no evangelizara!» (*1 Cor 9, 16*).

Gracias a Dios, un año más podemos reunirnos para reflexionar y programar juntos, convivir por unas horas y crecer en nuestra vocación misionera los obispos que formamos la Comisión Episcopal de Misiones, el director nacional y el subdirector de las OMP, el secretario general de la Pontificia Obra de la Propagación de la Fe, los miembros del Consejo Nacional de Misiones, los delegados diocesanos de Misiones y directores diocesanos de OMP y los representantes de instituciones misioneras a nivel nacional.

¡Ojalá estas jornadas nos proporcionen a todos un nuevo impulso misionero, nuevo ardor, la nueva vida del Resucitado!

Sabemos bien que estas Jornadas Nacionales y la Asamblea Nacional de OMP que hacemos coincidir en estos últimos años es un verdadero acierto, aparte de otros aspectos prácticos, por la estrecha colaboración y apoyo mutuo entre la Dirección Nacional de OMP y la Comisión Episcopal de Misiones. Si observan los contenidos del programa de las Jornadas y Asamblea, se complementan y enriquecen mutuamente, pero además, no sería acertado que la acción misionera en las Iglesias particulares se desvinculara o alejara de las OMP, algo así como que estas miraran por su parte desde la distancia o se aislaran de la acción misionera de las Iglesias diocesanas.

Esta estrecha relación entre la Comisión Episcopal de Misiones y las OMP es la expresión de que Pedro acerca su preocupación misionera por todas las Iglesias y de que estas, con sus obispos, miran a Pedro como Colegio Apostólico. Lejos de olvidar esta verdad reforcemos, cuanto sea posible, esta íntima relación.

2. Actualidad de la misión *ad gentes*

Por lo que se refiere ya al programa de las *Jornadas Nacionales de Delegados* (de las OMP las presentará el Excmo. Sr. director nacional, D. Francisco Pérez), la Comisión Episcopal de Misiones creyó, como con cierta obligación, diríamos, dedicar dos ponencias: una, a la reciente Instrucción pastoral de la Conferencia Episcopal Española, que lleva por título *La actualidad de la misión ad gentes en España*, y otra, al Plan de Acción de la Comi-



sión Episcopal de Misiones 2008-2011, aprobado recientemente.

a) La primera ponencia correrá a cargo, y bien que se lo agradecemos, del Excmo. Sr. D. Ricardo Blázquez Pérez, vicepresidente de la Conferencia Episcopal Española, obispo de Bilbao.

Desde el primer momento que solicité su presencia hoy entre nosotros, aceptó muy gustoso.

La Comisión Episcopal tenía mucho interés en que fuera un miembro destacado de la Conferencia Episcopal Española quien presentara la Instrucción que aprobó recientemente, ante el Consejo Nacional de Misiones, delegados diocesanos y representantes de instituciones misioneras aquí presentes, que tanto tienen que ver con la difusión y puesta en práctica de sus ricos contenidos.

Todos conocían, sobre todo el Consejo Nacional, el deseo y propósito firme de la Comisión Episcopal de Misiones, desde hacía tiempo, prácticamente desde que se celebró en Burgos la última reunión del Consejo Nacional de Misiones, de presentar a estudio y reflexión de la Plenaria de la Conferencia Episcopal Española unas propuestas de estudio concretas sobre la actualidad de la misión *ad gentes* en España.

Así lo habían ya hecho o proyectaban hacerlo varias de las Conferencias Episcopales de Europa; se iba a conmemorar además el cincuenta aniversario de la *Fidei donum* y ya, más adelante, se convocaba la celebración del Año Jubilar Paulino, el gran Apóstol de las gentes.

Estos acontecimientos eclesiales, a la luz de las enseñanzas del Vaticano II, urgidos y actualizados constantemente desde el Magisterio de los últimos Papas, avalaban el propósito de la Comisión para lograr, previa aprobación de la

Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española, presentar ante la Plenaria del Episcopado un proyecto de documento que se fue elaborando paso a paso. Fueron muchas las personas que colaboraron en todos los esquemas, incluidos los delegados diocesanos, como recordarán.

La Comisión Permanente accedió a ello y se incluyó su estudio en el orden del día de la Asamblea Plenaria del pasado mes de noviembre. El proyecto presentado aquí fue muy enriquecido a través de más de veinte aportaciones de los señores obispos. Una vez introducidos los contenidos más sobresalientes, se aprobó la Instrucción con un alto número de votos afirmativos, prácticamente por unanimidad. Una vez publicado el documento como Instrucción pastoral, se presentó ante los medios y se hizo público el pasado 26 de febrero.

b) La Comisión Episcopal de Misiones me encomendó, como presidente de la misma, una segunda ponencia sobre el Plan de Acción de la Comisión Episcopal de Misiones, para el trienio 2008-2011.

Lo he hecho contando con la ayuda de mi delegado diocesano de Misiones de la diócesis de Jaén, D. Miguel Lendínez Talavera, incorporado hace pocos meses a la Delegación.

Habrán podido ya ver, si han hojeado este Plan de Acción, que responde a las *sugerencias para la acción* que señalaron los señores obispos en la referida Instrucción, traducidas o desarrolladas en trece objetivos y varias acciones generales, junto a otras más concretas sobre cada uno de los objetos contemplados.

Seguirá, como habrán podido ver en el programa, a esta presentación una *reunión por grupos*, para desde su análisis y reflexión *presentar sus propuestas* a la Comisión



Episcopal y al Consejo Nacional, para llevar a efecto las sugerencias de los obispos y los objetivos señalados por la Comisión Episcopal.

3. La misión *ad gentes* en el corazón de la Iglesia

Completan el programa dos mesas redondas:

a) Una para esta tarde, del Consejo Nacional de Misiones, sobre informaciones y pareceres de las instituciones misioneras representadas en el mismo. Su moderador será D. Anastasio Gil García, secretario de la Comisión Episcopal de Misiones y vicepresidente nacional de OMP.

Se trata, como saben, de un órgano constituido por la Comisión Episcopal correspondiente, «del que pueda servir para programar, dirigir y revisar las principales actividades de cooperación (misionera) a nivel nacional» (*Cooperatio missionalis*, n. 12).

A través de este Consejo, se puede leer en el Documento de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, se trata de lograr «mayor unidad y eficacia en la animación y cooperación misionera, evitándose ‘confrontaciones y repeticiones’ entre instituciones misioneras» (Ibíd.).

Puedo dar fe de que el Consejo Nacional es el órgano de consulta y coordinación más eficaz e importante a nivel nacional de la Comisión Episcopal de Misiones, al menos durante estos últimos años.

b) La segunda mesa redonda tendrá lugar en la mañana del miércoles, sobre «Ámbitos de animación misionera», siempre de tanta actualidad.

Será moderador D. Juan Martínez Sáez, colaborador del Secretariado de la Comisión Episcopal de Misiones. En las intervenciones se analizará su alcance en la triple dimensión: diócesis, parroquia y familia.

Tendremos también la suerte de contar con la presencia del Excmo. Sr. obispo de Calahorra y La Calzada-Logroño, D. Juan José Omella, quien desde su experiencia y espíritu misionero nos abrirá y señalará importantes horizontes. Escucharemos, seguramente, cómo entender y qué alcance deberíamos dar a la animación diocesana en las Iglesias particulares.

Con no menos dedicación y espíritu misionero, D. Damián Díaz, delegado diocesano de misiones de Ciudad Real, aportará sus experiencias y planteamientos sobre cómo lograr la animación misionera en las comunidades parroquiales.

Finalmente, el matrimonio formado por D. José Miguel Taboada y D.^a María Pilar Tabuenco, que se desplazan desde Zaragoza, presentará desde su rica experiencia también la vivencia de la animación misionera en la familia¹.

4. Unidos en la celebración de la fe

He dejado para el final lo más importante del programa: las celebraciones eucarísticas que, en cada jornada, presidirán los Sres. obispos que integran la Comisión Episcopal.

¹ No menos ricos e interesantes son los contenidos del Programa referentes a la Asamblea Nacional para Directores diocesanos de las OMP como escucharemos del Excmo. Sr. director nacional, D. Francisco Pérez González.



Sabemos bien que es desde la Eucaristía, centrada nuestra vida en la persona de Cristo y llenos de su presencia, como podremos entusiasmar e invitar a otros a su seguimiento.

A todos nos llegará la voz una vez más y con renovada fuerza del Mandato del Señor: «Id al mundo y predicad el Evangelio a toda criatura» (*Mc* 16, 15). No se trata de un simple encargo, es un mandato que extendió Jesucristo a sus discípulos de todos los tiempos.

El Espíritu Santo guía a la Iglesia hacia la verdad completa en un perenne Pentecostés (cf. *Jn* 16, 13). Nos anima a salir al mundo para testimoniar a Cristo con seguridad y confianza (cf. EN 57 c).

Que María nos acompañe siempre. ¡Reina de las misiones, Ruega por nosotros!

Ponencias

Mi

I

Reflexión teológica sobre «Actualidad de la misión *ad gentes* en España»

RICARDO BLÁZQUEZ LÓPEZ

Obispo de Bilbao

Vicepresidente de la Conferencia Episcopal Española

La Conferencia episcopal Española, en la Asamblea Plenaria de noviembre (28-XI-2008) aprobó la Instrucción pastoral *Actualidad de la misión ad gentes en España* preparada bajo la responsabilidad de la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias. Es un documento importante, que se inserta en una serie de documentos de la Conferencia Episcopal Española, siempre muy solícita con la actividad misionera de la Iglesia, en sus diferentes situaciones, acompasando su reflexión y adopción de actitudes y resoluciones con el dinamismo de la Iglesia universal.

En el Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española para el trienio 2002-2005 se encomendó a la Comisión Episcopal de Misiones la celebración de un Congreso Nacional de Misiones (celebrado en Burgos en septiembre de 2003), porque «se hace necesaria una reflexión teológico-pastoral de nuestras comunidades cristianas, para responder a los requerimientos de la prioridad del anuncio del Evangelio en los nuevos ámbitos de



misión»¹. De vez en cuando, en efecto, las nuevas situaciones sociales, culturales, eclesiales, teológicas y apostólicas plantean la exigencia de una renovada reflexión y actualización de actitudes, conducta y recursos a la Iglesia. La presente Instrucción quiere responder a la llamada del Espíritu.

La Iglesia en España tiene una historia misionera larga, intensa, generosa y eficaz, que ha contribuido a configurar nuestra forma concreta de ser católicos, de la que es necesario hacer memoria para dar gracias a Dios. El Papa Juan Pablo II con frecuencia nos lo recordaba desde un sentimiento hondo de admiración y de gratitud. Es a veces oportuno que alguien nos refresque la memoria de algunos capítulos de la historia para que la asumamos con mirada alta, que no es lo mismo que altanera, y con dignidad sin complejos, como hizo el Papa con ocasión del V centenario del comienzo de la evangelización de América.

Es un deber hacer mención de tantísimas personas (obispos, sacerdotes, religiosos/as, seculares) que han dejado una huella imborrable en esta epopeya misionera; de congregaciones religiosas, institutos misioneros, diócesis cuya impronta misionera es claramente perceptible; últimamente de nuevos movimientos y comunidades cristianas, y hasta familias en misión. ¡Cuántos embarcaron, cuántos murieron pronto, cuántos sobrevivieron en medio de innumerables peligros de todo orden, por ser fieles al envío de Jesucristo hasta los confines del mundo! ¡Cuántos trabajos, gozos y sufrimientos apostólicos! En este capítulo nuestra Iglesia tiene una trayectoria luminosa que nada

¹ XCII ASAMBLEA PLENARIA, Instrucción pastoral *Actualidad de la misión ad gentes en España*, 24.

ni nuestras limitaciones deben oscurecer. Recordar la historia misionera de la Iglesia en España, que pervive de muchas formas gracias a Dios en el presente, no es un ejercicio para cultivar la nostalgia, sino un poderoso impulso a la esperanza. La memoria cristiana, comenzando por la memoria eucarística, une el pasado, el presente y el futuro, la acción de gracias, la atención actualizada y el compromiso ante Dios. Es una memoria con gratitud para una esperanza con empeño laborioso, paciente e ilusionado. La memoria nos da temple, que significa entre otras cosas «fortaleza enérgica y valentía serena para afrontar las dificultades y los riesgos» (*Diccionario de la Real Academia Española*). El temple cristiano, que no es dureza ni insensibilidad, tiene como ingredientes la confianza en el cumplimiento de las promesas irrevocables de Dios, la paciencia humilde en las pruebas y el consuelo del Espíritu Santo con el gozo de la fe (cf. *Rom 15, 13*). El temple se adquiere aunando memoria, actualidad y esperanza.

Ha habido situaciones concretas de la conciencia y vida eclesial, asumidas en su desafío y clarificadas con su iluminación por el Magisterio de la Iglesia, que están en la base de la presente Instrucción pastoral: La Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (8 de diciembre de 1975), la Encíclica *Redemptoris missio* (7 de diciembre de 1990), la Declaración *Dominus Iesus* (6 de agosto de 2000) y la *Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización* (3 de diciembre de 2007) (ambos documentos de la Congregación para la Doctrina de la Fe). Hay una coincidencia que recuerda oportunamente la Instrucción: la invitación de Jesús «*duc in altum*» (rema mar adentro) (*Lc 5, 4*), que en muchas ocasiones se desprende del contexto inmediato de la narración evangélica para convertirla en lema estimulante de la decisión y la esperanza, aparece



desde el comienzo de la Carta apostólica de Juan Pablo II *Novo millennio ineunte* (6 de enero de 2001), y cierra la encíclica de Pío XII *Fidei donum* (21 de abril de 1957), cuyo cincuenta aniversario es reciente. «*Duc in altum*» fue la invitación de Jesús dirigida a los discípulos a internarse en el mar y echar de nuevo las redes después de una brega nocturna infructuosa; con las palabras de Jesús, Pío XII invitó a asumir las nuevas condiciones de las misiones, introduciendo métodos nuevos, y a mirar principalmente a África; Juan Pablo II invitó a la Iglesia a entrar confiadamente en el horizonte del nuevo milenio, ya que Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre. La presente Instrucción hace suyas las palabras de Jesús de remar mar adentro.

El don de la fe exige que mostremos gratitud incesante por ella al Señor. O como dice la Encíclica misionera de Juan Pablo II con una afirmación que ha hecho fortuna: «La misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. ¡*La fe se fortalece dándola!*»². Y viceversa, el repliegue vergonzante del creyente en la privacidad encoge la fe, la apoca y debilita. «La misión *ad gentes* se convierte en expresión de una Iglesia forjada por el Evangelio de la esperanza, que se renueva y rejuvenece continuamente»³. Enviar misioneros en una situación de penuria vocacional no es irresponsabilidad pastoral, sino ejercitar la esperanza de manera relevante, «esperar contra toda esperanza» (*Rom* 4, 18). Hablar de misiones significa abrirnos a nuevos y dilatados horizontes; es ir más allá de lo inmediato y cercano poniendo la confianza en Dios.

² JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*, 2.

³ JUAN PABLO II, Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Europa*, 64.

Como supongo leída y meditada la Instrucción, me voy a limitar a hacer algunas reflexiones de carácter teológico-pastoral, que deseo puedan ayudar a situarla en su amplio horizonte. En cierta manera son algunas claves o líneas de fuerza que sustentan e iluminan los contenidos de la Instrucción; líneas que parten –como arrancan las cosas en la historia de la Iglesia: sin rupturas, volviendo a las fuentes, despertando la memoria, con atención a la misión confiada por el Señor en la situación actual– del riquísimo magisterio del Concilio Vaticano II. ¡Es verdad, el Vaticano II continúa siendo como la brújula para la Iglesia en nuestro tiempo, también en su dimensión misionera! Comunión y misión fueron dos ejes del Concilio.

1. La Iglesia peregrinante es por naturaleza misionera

La Iglesia es misionera, y por ello lo es todo cristiano y toda comunidad, no como un añadido opcional o un «plus», sino por su mismo ser, que se despliega en la historia. Esto se expresa también en el paso del plural «misiones», consideradas como realidades periféricas y objeto de generosidad particular, al singular «misión», como un envite fundamental y una tarea esencial⁴.

El Vaticano II, en el arranque de grandes documentos, ha tomado su inicio y fundamento en la Trinidad santa; esto ha tenido lugar en la Constitución sobre la Iglesia *Lumen gentium* (2-4), en la Constitución sobre la divina

⁴ Cf. RICARDO BLÁZQUEZ, *La Iglesia del Concilio Vaticano II*, Salamanca 1988, pp. 79-80.



revelación *Dei Verbum* (1-4), en el Decreto *Unitatis redintegratio* (n. 2) sobre la unidad de la Iglesia y el ecumenismo, y en el decreto *Ad gentes* (2-4) sobre la actividad misionera de la Iglesia. No ha procedido de manera ascendente como rastreando las huellas de Dios en la historia, sino a la luz de la revelación divina ha contemplado con fe y alabanza en su exposición la comunicación de Dios Padre por Jesucristo en el Espíritu Santo. «La Iglesia peregrinante es, por su naturaleza, misionera, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y de la misión del Espíritu Santo, según el propósito de Dios Padre»⁵.

La misión es como una cascada que parte del Padre, de su «amor fontal»⁶, de la abundancia de su amor, pasa por Jesús el Hijo encarnado y por la actuación del Espíritu llega a los apóstoles y demás enviados. En el Evangelio de san Juan es perceptible este movimiento de descenso a través de muchas expresiones. «Como el Padre me amó, yo también os he amado; permaneced en mi amor» (*Jn* 15, 9; cf. 17, 23). «Como tú, (Padre), me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo» (*Jn* 17, 18; cf. 20, 21). La misión va acompañada del amor; al envío precede la elección. Consiguientemente, los enviados por Jesús correrán su suerte, ya que el siervo no es más que su señor (cf. *Jn* 15, 18-24). Al acoger o rechazar los destinatarios de la misión a los enviados, acogen o rechazan a Jesucristo, y en definitiva al Padre que está en el origen de la

⁵ CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad gentes*, 2; cf. PABLO VI, *Apostolicam actuositatem*, 2: «La vocación cristiana es, por su misma naturaleza, vocación al apostolado», ya que los seglares participan de la misión de la Iglesia, que ha sido convocada para ser enviada, que tiene su sentido y su dicha, su identidad más honda, en evangelizar. Ella existe para evangelizar (cf. PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 14).

⁶ CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad gentes*, 2.

misión. No somos espontáneos sino enviados; no vamos por nuestra cuenta sino en nombre del Señor. La misión es un encargo recibido de Jesucristo a través de la Iglesia, que nos capacita para ir con confianza y nos otorga valentía y atrevimiento. Por tanto, es la causa de Dios la que obedientemente queremos cumplir, sin miedos y sin autosuficiencia.

Dios no es intimidad cerrada en sí mismo sino comunicación, más aún, *auto*comunicación, ya que se da Él mismo en su revelación. Dios sorprendentemente para nosotros es amor misericordioso que se difunde, es compasión, salida de sí hacia nosotros. Al enviarnos a Jesús, nos ha mostrado su amor inefable (cf. *Jn* 3, 16); y con el envío del Espíritu Santo pervive la oferta del amor de Dios en Jesucristo, llega hasta el corazón, puede ser acogida y ser asentada en nuestro espíritu y en nuestra historia. Dios no es distante, sino cercano, paternal, amor.

Por Jesucristo, a través de los apóstoles, semilla del nuevo pueblo de Dios y al mismo tiempo origen de los pastores autorizados, es decir, de los obispos que presiden la misión de la Iglesia, continúa esta el recorrido por el mundo y por el tiempo hasta llegar a los confines de la tierra y al final de la historia⁷.

Por arrancar la Iglesia-misión de la comunión trinitaria, están íntimamente unidas en la Iglesia la comunión y la misión, de modo que escindirlas sería como destruir la naturaleza de la Iglesia. Cuanto más afiance la Iglesia su existencia en Dios, tendrá mayor capacidad apostólica. «Fondear en la Trinidad no separa de la vida, sino que orienta a la unidad vivida en disponibilidad permanente y

⁷ CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad gentes*, 5.



radical para la reconciliación»⁸. La Iglesia debe ser siempre ella misma, no «alterarse» sino permanecer auténtica, y por esto debe estar y vivir en constante movimiento misionero. Vivir obedientemente ante Dios y servicialmente para la misión no son dos movimientos contrapuestos ni sucesivos. Jesús fue el Hijo de Dios y para Dios y así fue el Emmanuel (Dios-con-nosotros) y el Servidor que entregó su vida para salvarnos. Para que la expresión «Jesús, el hombre para los demás» sea adecuada, debe ser completada con la siguiente: «Jesús, el Hijo de Dios».

La Instrucción es muy explícita al respecto: «El Vaticano II ofreció el marco trinitario dentro del cual se expresa con claridad la mutua implicación de Iglesia y misión dentro de un proyecto salvífico que es universal... La misión de la Iglesia no es más que el servicio a la misión de Dios realizada en la historia por el Hijo y el Espíritu»⁹. «Está llamada (la Iglesia) a salir de sí misma en un movimiento incesante hacia el mundo, para ser signo, instrumento, presencia del amor y de la salvación de Dios»¹⁰. La Iglesia debe anunciar lo que ha oído, lo que ha visto, lo que ha palpado del Verbo de la vida que se hizo carne para colmar el gozo y acrecentar la comunión (cf. *1 Jn* 1, 1-4). El dinamismo misionero de la Iglesia manifiesta y prolonga la autocomunicación de Dios.

⁸ K. HEMMERLE, cit. en: *La Iglesia del Concilio*, p. 83.

⁹ XCII ASAMBLEA PLENARIA, Instrucción pastoral *Actualidad de la misión ad gentes en España*, 21. Cf. n. 22.

¹⁰ XCII ASAMBLEA PLENARIA, Instrucción pastoral *Actualidad de la misión ad gentes en España*, 27. El amor de Cristo, que murió por todos, apremia a los misioneros a recorrer el camino del servicio evangelizador (cf. *2 Cor* 5, 14-15).

2. Tres situaciones de la misión cristiana

En el discurso sumamente lúcido pronunciado por Juan Pablo II en el Simposio de Consejo de Conferencias Episcopales de Europa (11-X-1985), dijo entre otras cosas: «Se puede decir con toda propiedad que (el Concilio Vaticano II) representa el fundamento y la puesta en marcha de una gigantesca labor de evangelización en el mundo moderno, llegado a una encrucijada nueva de la historia de la humanidad, en la que tareas de una gravedad y amplitud inmensas esperan a la Iglesia. Según la inspiración original, el Concilio se proponía esencialmente “poner en contacto con las energías vivificantes del Evangelio el mundo moderno”»¹¹. Con toda probabilidad estamos en una etapa nueva de la misión de la Iglesia, que siempre está «*in statu missionis*»¹². No sólo sostiene misiones, ella misma por naturaleza es misionera. Pero afirmar que toda la Iglesia es misionera no excluye una misión específica y los correspondientes misioneros *ad gentes*. Por ello se puede decir que las misiones se integran dentro de la Misión. La Iglesia siempre tiene la misma misión de anunciar a Jesucristo como el Evangelio en persona; pero no se deben allanar las diversas situaciones en que se desarrolla la misión de la Iglesia, si no queremos proceder indiferenciada y confusamente.

La Encíclica *Redemptoris missio* ha distinguido, dentro de la misma misión de la Iglesia, tres situaciones diferen-

¹¹ Cit. RICARDO BLÁZQUEZ, *Iniciación cristiana y nueva evangelización*, Bilbao 1992, p. 23. Las últimas palabras están tomadas de la Constitución apostólica de convocatoria del Concilio *Humanae salutis* de Juan XXIII.

¹² Cf. JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Barcelona 1994, p. 123.



tes, que modulan la misión eclesial según las circunstancias en que se desarrolla: *Atención pastoral a los fieles, nueva evangelización y actividad misionera específica*; por supuesto, no es posible crear barreras ni recintos aislados entre las tres situaciones¹³.

Podemos descubrir la primera situación con los rasgos siguientes: allí donde las estructuras eclesiales son suficientemente sólidas; donde la Iglesia desarrolla de manera razonable las tareas de predicar la Palabra de Dios, de celebrar los sacramentos y de ejercitar la caridad cristiana de forma también organizada; donde, sin dejar de ser evangelizada, puede ser diariamente evangelizadora con obras y palabras, aunque siempre de manera frágil, como corresponde a «vasijas de barro» (cf. 2 *Cor* 4, 7); donde sin excluir crisis más hondas o superficiales, más transitorias o duraderas, puede proveer de ministros a los servicios básicos de la vida y misión de la Iglesia; donde tiene lugar la iniciación cristiana siguiendo los cauces habituales, aunque se introduzcan algunos cambios que anticipan seguramente otros mayores... se encuentra la Iglesia en la primera situación; pensemos en la misión en nuestras diócesis, sin perder de vista que nos hallamos también en la siguiente situación, como en una zona de «entredós».

«Se da la situación intermedia (entre la caracterización por la actividad misionera y la pastoral), especialmente en los países de antigua cristiandad, pero a veces también en las Iglesias más jóvenes, donde grupos enteros de bautizados han perdido el sentido vivo de la fe o incluso no se reconocen ya como miembros de la Iglesia, llevando una

¹³ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 31-34. XCII ASAMBLEA PLENARIA, Instrucción pastoral *Actualidad de la misión ad gentes en España*, 41-44.

existencia alejada de Cristo y de su Evangelio. En este caso es necesaria una «nueva evangelización» o «reevangelización»¹⁴.

La expresión *nueva evangelización*, que adquirió pronto un favor generalizado, fue pronunciada inicialmente por Juan Pablo II en el contexto del V centenario del comienzo de la evangelización de América, refiriéndose a la necesidad de actualizar la primera evangelización en aquellas tierras llevada a cabo en gran parte por misioneros españoles y portugueses. La necesidad de una nueva evangelización es una convicción compartida por nosotros, y en esta onda nos estamos moviendo. El famoso libro del sacerdote H. Godin, *France pays de misión?* (París 1947), del que se vendieron entonces en un solo año (1950) cerca de 100.000 ejemplares, puso nombre a una realidad necesitada de especial misión y vivenciada por muchos; la descripción de un mundo que se había ido formando fuera de la Iglesia impresionó profundamente al Card. Suhard, arzobispo de París de 1940 a 1959, y le llevó a fundar la *Misión de France* con el apoyo de otras personas (J. Loew, Y. Congar...). También de nuestro país se pudo decir hace varios decenios que es un país de misión.

Hay, por fin, otra situación, de la misión de la Iglesia: *La misión ad gentes*, que tiene como destinatarios «a los pueblos o grupos humanos que todavía no creen en Cristo», «a los que están alejados de Cristo», entre los cuales la Iglesia «no ha arraigado todavía», y cuya cultura no ha

¹⁴ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 33. La Gran Misión Continental que impulsó la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, celebrada del 13 al 31 de mayo de 2007 en Aparecida (Brasil), y que poco a poco van poniendo en marcha aquellas Iglesias, es una versión de la «nueva evangelización».



sido influenciada aún por el Evangelio... Esta actividad «se dirige a grupos y ambientes no cristianos, debido a la ausencia o insuficiencia del anuncio evangélico y de la presencia eclesial. «Se caracteriza como tarea de anunciar a Cristo y a su Evangelio, de edificación de la Iglesia local, de promoción de los valores del Reino. La peculiaridad de esta misión *ad gentes* está en el hecho de que se dirige a los “no cristianos”»¹⁵. Esta situación, a pesar de todas las limitaciones, no es la nuestra, que somos país de misión como necesitados de «nueva evangelización». Si se pasan por alto estas diferentes situaciones queda desprotegida, olvidada o descuidada la misión *ad gentes*. Sin la misión *ad gentes* la Iglesia recortaría su dimensión misionera en su actuación ejemplar y referente primero.

3. Reino de Dios, Jesucristo, Iglesia y salvación de los hombres

La Encíclica *Redemptoris missio*, en el capítulo II (nn. 12-20), recuerda en orden a la misión las relaciones estrechas y constitutivas entre el Reino de Dios, la persona de Jesucristo y la Iglesia; el oscurecimiento de la verdadera conexión entre estas realidades fundamentales repercute

¹⁵ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 34. A pesar de los olvidos, de los intentos de convertir en irrelevantes, e incluso de los rechazos de las raíces cristianas de nuestra historia, no se puede negar que el cristianismo, junto con otros ingredientes como el grecolatino y el de la Ilustración, ha conformado nuestra cultura. ¿Los cambios radicales que estamos padeciendo en lo referente al matrimonio, la familia, la educación, el significado de la religión no están llevando a muchos ciudadanos al desconcierto y el caos?

muy negativamente en la concepción y realización de la misión cristiana en cualquiera de sus modalidades. «Las siguientes magnitudes no son contrapuestas: anuncio del Reino de Dios, seguimiento de Jesucristo, servicio a la humanidad y convocación de los cristianos. Cuanto más fiel sea la Iglesia a su tarea –anunciar a Jesucristo muerto y resucitado como «cifra» del Reino– tanto más servirá a los hombres y tanto más profunda será su comunión»¹⁶.

Es necesario conectar adecuadamente, según muestran los Evangelios, *Reino de Dios* y *Jesús*. El Reino de Dios es inseparable de la persona de Jesús, que es su mensaje-ro, su presencia y su rostro. «Cristo no sólo ha anunciado el Reino de Dios, sino que en Él el Reino mismo se ha hecho presente y ha llegado a su cumplimiento»¹⁷. «Al igual que entonces, hoy también es necesario unir *el anuncio del Reino de Dios* (el contenido del “kerigma” de Jesús) y *la proclamación del evento de Jesucristo* (que es el “kerigma” de los apóstoles). Los dos anuncios se completan e iluminan mutuamente»¹⁸. Esta concentración del

¹⁶ R. BLÁZQUEZ, *La Iglesia del Concilio Vaticano II*, p. 86. Íd. *Iniciación cristiana*, p. 98: «Como en el camino de Jesús la acogida del Reino fue creando la comunidad de los discípulos, así en la historia de la Iglesia el servicio de Dios consolidará su vida interior. Jesús sí, e Iglesia también, Reino de Dios sí y comunidad de los discípulos también, misión sí y comunión también».

¹⁷ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 18.

¹⁸ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 16. Muchas veces se ha repetido superficialmente la expresión de A. Loisy, «Jesús predicó la inminencia del Reino de Dios, y es la Iglesia la que ha venido», para subrayar la incoherencia entre Reino de Dios e Iglesia. Pero en realidad a medida que Jesús anunciaba el Reino y era acogido por los oyentes, se iba formando una nueva familia en torno a Jesús, su madre y sus hermanos (cf. *Mc* 3, 31-35; *Lc* 8, 19-21. Cf. R. BLÁZQUEZ *Jesús, el Evangelio de Dios*, Madrid 2ª ed. 2007, pp. 63ss.; 106ss. La Iglesia no nació al margen de la voluntad de Jesús, como subrepticamente.



Reino de Dios en Jesucristo, que es su ministro por excelencia y en persona el Reino (Orígenes), en ocasiones se desfigura y se reduce por esta vía sustancialmente la misión de la Iglesia. «Se describe el cometido de la Iglesia como si debiera proceder en una doble dirección; por un lado, promoviendo los llamados «valores del Reino», cuales son la paz, la justicia, la libertad, la fraternidad; por otro, favoreciendo el diálogo entre los pueblos, las culturas, las religiones, para que enriqueciéndose mutuamente, ayuden al mundo a renovarse y a caminar cada vez más hacia el Reino»¹⁹.

Además de la distorsión entre Reino de Dios y Jesucristo, se relacionan con frecuencia torcidamente *Reino de Dios e Iglesia*. «Asimismo el Reino no puede ser separado de la Iglesia. Ciertamente, esta no es fin para sí misma, ya que está ordenada al Reino de Dios, del cual es germen, signo e instrumento. Sin embargo, a la vez que se distingue de Cristo y del Reino, está indisolublemente unida a ambos. Cristo ha dotado a la Iglesia, su Cuerpo, de la plenitud de los bienes y medios de salvación; el Espíritu Santo mora en ella, la vivifica con sus dones y carismas, la santifica, la guía y la renueva sin cesar (cf. *Lumen gentium*, 4). De ahí deriva una relación singular y única que, aunque no excluya la obra de Cristo y del Espíritu fuera de los confines visibles de la Iglesia, le confiere un papel específico y necesario. De ahí también el vínculo especial de la Iglesia con el Reino de Dios y de Cristo, dado que tiene la “misión de anunciarlo e instaurarlo en todos los pueblos” (*Lumen gentium*, 5)»²⁰. La Iglesia es comunidad de los discípulos

¹⁹ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 17.

²⁰ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 18.

de Jesús y también signo e instrumento, o de otra manera «sacramento» de la unión de los hombres con Dios y entre sí. «Es en esta visión de conjunto donde se comprende la realidad del Reino. Ciertamente, este exige la promoción de los bienes humanos y de los valores que bien pueden llamarse «evangélicos», porque están íntimamente unidos a la Buena Nueva. Pero esta promoción que la Iglesia siente muy dentro de sí, no debe separarse ni contraponerse a los otros cometidos fundamentales, como son el anuncio de Cristo y de su Evangelio, la fundación y el desarrollo de comunidades que actúan entre los hombres la imagen viva del Reino. Con esto no hay que tener miedo a caer en una forma de “eclesiocentrismo”»²¹. La Iglesia es sacramento de salvación y por ello de genuino desarrollo humano.

Sólo la debida relación de la Iglesia con Jesucristo, que es la «cifra» y la condensación del Reino de Dios, puede garantizar su servicio genuino a la misión recibida y su servicio salvífico y bienhechor a la humanidad. «El Reino de Dios no es una realidad genérica que supera todas las experiencias y tradiciones religiosas, sino que es ante todo una persona, que tiene el rostro y el nombre de Jesús de Nazaret, imagen del Dios invisible»²². «El anuncio del Reino implica, además, promover entre los pueblos la implantación de la justicia y los valores del Reino»²³; ante todo y como fundamento de todo incluye la redención y plenitud del hombre en Dios.

²¹ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 19. Cf. R. BLÁZQUEZ, *La Iglesia del Concilio Vaticano II*, pp. 84-86.

²² XCII ASAMBLEA PLENARIA, Instrucción pastoral *Actualidad de la misión ad gentes en España*, 39.

²³ XCII ASAMBLEA PLENARIA, Instrucción pastoral *Actualidad de la misión ad gentes en España*, 40.



4. Jesucristo, el único salvador de todos los hombres, y el diálogo interreligioso

El kerigma cristiano anuncia que no se nos ha dado a los hombres otro nombre que el de Jesús que pueda salvarnos (cf. *Act* 4, 12). La confesión de la fe cristiana profesa igualmente que Jesús es el Hijo de Dios encarnado por nuestra salvación. Jesús es el único Salvador de todos los hombres; en el reconocimiento de Jesús como el Salvador escatológico, definitivo y universal, se profesa su condición divina.

Pero desde hace algún tiempo se han planteado también en el interior de la Iglesia católica interrogantes sobre esta singularidad de Jesús y adoptado posturas equívocas o rechazables, que en parte vienen condicionadas por el acercamiento de pueblos, culturas y religiones. La Encíclica *Redemptoris missio* formulaba las cuestiones en los siguientes términos: la misión universal de la Iglesia nace de la fe en Jesucristo. «No obstante, debido también a los cambios modernos y a la difusión de nuevas concepciones teológicas, algunos preguntan: ¿Es válida aún la misión entre los no cristianos? ¿No ha sido sustituida quizá por el diálogo interreligioso? ¿No es un objetivo suficiente la promoción humana? El respeto de la conciencia y de la libertad, ¿no excluye toda propuesta de conversión? ¿No puede uno salvarse en cualquier religión? ¿Para qué, entonces, la misión?»²⁴. Aquí ya se recogen los cuestiona-

²⁴ Cf. Declaración *Dominus Iesus* sobre la unicidad y universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia, 4, publicada en el Año Jubilar buscando intencionadamente la relación entre las efemérides del 2000 aniversario del nacimiento de Jesús y la iluminación de los cuestionamientos planteados. *La Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización* de la Con-

mientos dirigidos a la fe y a la misión, potenciados además por una mentalidad relativista. Ante los problemas surgidos estas intervenciones del Magisterio recuerdan los contenidos imprescindibles de la fe cristiana y del sentido de la Iglesia en el designio de Dios.

Hay incluidas en las preguntas formuladas por la Encíclica y en otros lugares unas cuestiones que afectan a la realidad misma de la misión cristiana, a saber, sostener o sugerir que la salvación llegaría por diversos salvadores y diferentes vías de salvación, poniendo en duda la mediación salvífica universal de Jesucristo; y otras cuestiones que se refieren más al método y a la forma de cumplir la misión. La Iglesia propone el Evangelio y la fe, pero no los impone. Respeta el derecho a la libertad religiosa de toda persona sin ejercitar coacción alguna. La inmunidad de coacción se refiere tanto a que a nadie se obligue a obrar contra su conciencia como a que a nadie se impida que actúe conforme a la misma conciencia en privado y en público, sólo o asociado, dentro de los límites debidos. La verdad posee su propia y peculiar fuerza para penetrar en el alma y ser acogida libremente por la razón y el corazón. Al mismo tiempo hay que afirmar que el Evangelio no se debe ocultar en el santuario de la conciencia o de la privacidad; al contrario, se debe proclamar con gratitud personal, con atrevimiento y valor, por el don recibido y con el deseo de que el don se multiplique, apelando siempre a la convicción razonada y libre de las personas. El Evangelio no se impone, ya que Dios mismo llama respetuosamente a las puertas de la libertad; pero no se propone indiferente

gregación para la Doctrina de la Fe fue hecha pública también con deliberada intención el 3 de diciembre, fiesta de san Francisco Javier, patrón de las misiones.



ni cansinamente, ya que es el supremo valor que se ofrece a la persona. No es intercambiable con cualquier otra propuesta humana o religiosa, ya que el mensaje cristiano debe contener el anuncio de Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo y Salvador de la humanidad²⁵.

La Nota de la Congregación retoma las preguntas ya anteriormente formuladas según las cuales se debería renunciar al anuncio de Jesucristo y a invitar a la conversión y en su lugar se debería animar a que cada persona viva conforme a sus creencias religiosas.

He aquí las objeciones más salientes que recoge la Nota: «A menudo se piensa que todo intento de convencer a otros en cuestiones religiosas es limitar su libertad. Sería lícito solamente exponer las propias ideas e invitar a las personas a actuar según la conciencia, sin favorecer la conversión a Cristo y a la fe católica; se dice que basta ayudar a los hombres a ser más hombres o más fieles a su propia religión, que basta con construir comunidades capaces de trabajar por la justicia, la libertad, la paz, la solidaridad. Además, algunos sostienen que no se debería anunciar a Cristo a quienes no lo conocen, ni favorecer la adhesión a la Iglesia, pues sería posible salvarse, también sin conocimiento explícito de Cristo y sin una incorporación formal a la Iglesia²⁶. Se aprecia inmediatamente que la pluralidad de hecho ha dado paso a un pluralismo indiferenciado, que se apoya en el convencimiento de que todas las posiciones son iguales. Esta postura puede llegar hasta la aseveración

²⁵ Cf. PONTIFICIO CONSEJO PARA EL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO Y LA CONGREGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS, *Diálogo y anuncio. Instrucción sobre el anuncio del Evangelio y el diálogo interreligioso* (19 de mayo de 1991).

²⁶ *Nota*, 3.

de que quien confiese «haber recibido como don la plenitud de la Revelación de Dios esconde una actitud de intolerancia y un peligro para la paz»²⁷.

La respuesta dada por la Iglesia a esta postura sobre la misión universal recibida de Jesús es básicamente la siguiente: «Toda persona tiene derecho a escuchar la Buena Nueva de Dios que se revela y da en Cristo, para realizar en plenitud la propia vocación»²⁸. «La plenitud del don de la verdad que Dios hace al hombre al revelarse a él respeta la libertad que Él mismo ha creado como rasgo indeleble de la naturaleza humana: una libertad que no es indiferencia, sino tendencia al bien»²⁹.

He intentado presentar brevemente algunos núcleos teológico-pastorales de la Instrucción pastoral sobre *Actualidad de la misión ad gentes en España*. Teniendo en cuenta

²⁷ Nota, 10. Cf. n. 4.

²⁸ Nota, 2. No es legítimo parar el proceso de maduración de cada persona en el encuentro con Jesucristo y la inserción en la Iglesia; y este proceso de maduración acontece tanto en la realidad misma de la fe y de la eclesialidad como en su expresión en medio de la Iglesia y de la sociedad. La fe tiene una historia en la vida de cada creyente. ¿Por qué no se va a ofrecer alimento al creyente para su maduración y, por falso respeto, se le va a dejar desnutrido o como en agraz? Si pasamos ahora a la situación de las confesiones cristianas y de las religiones en relación con la Iglesia católica, es oportuno recordar las líneas mayores. No se puede pasar por alto o confundir la plena incorporación a la Iglesia católica (cf. *Lumen gentium*, 14), vínculos de la Iglesia con los cristianos no católicos (cf. *Lumen gentium*, 15) y las diversas maneras de orientarse al pueblo de Dios quienes no han recibido aún el Evangelio (cf. *Lumen gentium*, 16).

²⁹ Nota, 10. «El testimonio de la verdad no puede tener la intención de imponer nada por la fuerza, ni por medio de acciones coercitivas, ni con artificios contrarios al Evangelio. El mismo ejercicio de la caridad es gratuito» (Nota, 12). La Iglesia ejerce la caridad por amor, no por proselitismo. Pretender imponer la fe contradice su naturaleza; y negociar con el amor cristiano es negar el mismo amor.



la trascendencia de las cuestiones que últimamente se han planteado, se comprende la oportunidad del presente documento profundo, sobrio y claro. Cuando Jesús resucitado se manifestó a Pablo en el camino de Damasco (cf. *Act* 9, 3-6) o, como él mismo escribe: cuando Dios «se dignó revelar a su Hijo en mí para que lo anunciara a los gentiles» (*Gál* 1, 15-16), coincidieron en Pablo la llamada a ser discípulo del Señor y a ser su apóstol. El encargo recibido por Pablo fue un acicate permanente en su vida, que le hacía exclamar: «¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (*1 Cor* 9, 16). En este dinamismo está insertada aquí y ahora la Iglesia en España: «La Iglesia ora y trabaja para que la totalidad del mundo se transforme en el pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo, y en Cristo, Cabeza de todos, se dé todo honor y gloria al Creador y Padre de todos»³⁰.

³⁰ CONCILIO VATICANO II, Constitución *Lumen gentium*, 17.

II

«Las naciones caminarán en tu luz» (Ap 21, 24)

TIMOTEO LEHANE BARRETT, SVD
*Secretario General
de la Pontificia Obra de la Propagación de la Fe*

Introducción

Les agradezco la invitación que me han hecho para dirigirme a ustedes en estas Jornadas Misioneras y, ahora, en la Asamblea Nacional de Directores Diocesanos de las OMP en España. Su reflexiones son alentadoras y sus testimonios son verdaderamente evangélicos. Gracias a todos los que han participado con tanta sinceridad que sólo viene del Espíritu Santo. Quisiera, en primer lugar, agradecerles el empeño que ponen en la animación misionera y en la recaudación de fondos desde sus propias diócesis. En la Encíclica *Deus caritas est*, número 15, se dice: «Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí: en el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios». Gracias por pensar en el otro humilde, en el hermano lejano, en las Iglesias particulares que necesitan de su ayuda para mejorar su vida y su pastoral; para que ellos puedan ir creciendo y luego ofrecernos sus misioneros y su ayuda. Agradezco de una manera muy especial a Mons. Francisco Pérez, vuestro director nacional, su sabiduría, y a



D. Anastasio Gil su creatividad en la labor de animación que realiza, y también les doy gracias porque su invitación ha tenido lugar en el marco de la celebración del Año Jubilar Paulino, que ofrece a la Iglesia una linda oportunidad de renovar su espíritu misionero; entiendo que es lo que quieren generar ustedes en estos días de reflexión y puesta en común: renovar el espíritu misionero de nuestras Iglesias.

Qué significa para nosotros, los directores diocesanos de las OMP, el lema que hemos escuchado de *Apocalipsis*, 21, «Las naciones caminarán en tu luz». Será que sólo es una repetición de lo que siempre se dice en un mensaje sobre nuestro deber como Iglesia en Misión; o será algo más personal, profundo, conmovedor o nuevo, como un mantra para nuestra vida. Sabemos hoy que nuestra propuesta para la misión *ad gentes* se encuentra un poco debilitada y es más difícil de realizar. Aquí quiero recordar y felicitar a todos los misioneros y misioneras españoles que trabajan en otros países y que han trabajado en el mundo entero durante siglos. El documento que estamos estudiando en estos días, la *Actualidad de la misión ad gentes en España*, de la Conferencia Episcopal Española, es una continuación del camino misionero ya realizado y nos anima a hacer una buena reflexión cuando dice: «Los responsables de la pastoral sienten la necesidad de un impulso misionero y reivindican la primicia del primer anuncio». También nos incita a poner manos renovadas a la obra cuando nos hace la advertencia de que muchas veces «sus deseos quedan bloqueados o velados por lo inmediatez de lo concreto o por el mantenimiento de lo existente» (n. 30). La Conferencia Episcopal nos da, por tanto, el impulso para proponer algo nuevo y de vital importancia para nuestras comunidades. No quisiera, sin embargo, comenzar hablando de cambios de estructuras o culturales sino de un cam-

bio mental o de actitud; en otras palabras, una conversión del corazón. Por eso creo que el mensaje del Domingo Mundial de las Misiones nos vendrá como anillo al dedo en esta proceso de revitalización y nos ayudará a dar un color más intenso a algunas ópticas sobre la misión. El mensaje es, para nosotros y nuestro proceso, una ayuda para entender nuestro camino misionero.

1. Ser una sola familia humana

Es un primer punto que quisiera subrayar del mensaje. En la actualidad, vivimos en un mundo que está en búsqueda de soluciones. Se da el fenómeno de la globalización como un entramado de relaciones a nivel planetario. Aunque en ciertos aspectos es un logro de la gran familia humana y una señal de su profunda aspiración a la unidad, sin embargo, comporta también el riesgo de los grandes monopolios y de convertir el lucro en valor supremo. Como en todos los campos de la actividad humana, la globalización debe regirse también por la ética, poniendo todo al servicio de la persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios. Nosotros, los cristianos, estamos invitados a dar testimonio más que nunca de nuestra vocación de solidaridad y de comportamiento justo para afrontar los nuevos retos, porque están en juego el desarrollo armónico de la sociedad y del mundo. A este respecto, el mensaje del Santo Padre para el Domingo Mundial de las Misiones nos invita a reflexionar sobre nuestra respuesta a la experiencia de fe en Cristo, para ayudarnos a vivir el compromiso con alegría y coherencia, para tomar conciencia de nuestro ser de misioneros de Cristo, enviados por Él al mundo para anunciar y dar testimonio del amor.



Por eso, el mensaje nos invita a ser conscientes de nuestra vocación de «ser una sola familia humana». Dios nos da una familia, su familia universal de seres humanos, que, a la luz del Evangelio, debemos aprender a ser hijos de un Padre, vivir como personas nuevas, llenos de su bondad y misericordia, verdaderamente libres y responsables. Es una invitación a todos nosotros para comenzar a vivir un intenso y provechoso proceso de participación en el proyecto de la familia de la Iglesia, en el que numerosos laicos(as), religiosos(as), pastores y presbíteros, a lo largo y ancho del mundo, en cada Iglesia particular y en cada parroquia y movimiento, puedan ser protagonistas, hacer una toma de conciencia de su vida y misión para llegar a dar testimonio de nuestra unidad de hermanos en familia frente a «la dispersión» y «el conflicto» actuales. La fe nos libera del aislamiento del yo, porque nos lleva a la comunión: el encuentro con Dios es, en sí mismo y como tal, encuentro con los hermanos, un acto de convocación, de unificación, de responsabilidad hacia el otro y hacia los demás. Urge iluminar no sólo la vida personal sino, sobre todo, la vida en la sociedad, desde los valores del Evangelio; y hacer frente a los desafíos que el mundo actual presenta a la experiencia de fe.

Nos invita, también, a ser misioneros de la Iglesia donde Dios esté ausente y los valores fundamentales no se muestren con toda su fuerza. Como ha dicho Benedicto XVI en su discurso inaugural de Aparecida, «Dios es la realidad fundante, no un Dios sólo pensado, sino el Dios de rostro humano; es el Dios-con-nosotros, el Dios del amor hasta la cruz. Cuando el discípulo llega a la comprensión de este amor de Cristo “hasta el extremo”, no puede dejar de responder a este amor si no es con un amor semejante: “Te seguiré adonde quiera que vayas” (Lc 9,

57). Por eso, nosotros, los cristianos, no podemos hacer una fuga hacia el intimismo, hacia el individualismo religioso, un abandono de la realidad urgente de los grandes problemas económicos, sociales y políticos del mundo, y una fuga de la realidad hacia un mundo espiritual». Sabemos que se hacen necesarias transformaciones globales, audaces, urgentes y profundamente renovadoras para que nuestro mundo tenga vida.

Por eso, el mensaje habla del mundo sufrido, violento, sin esperanza en los momentos en que vivimos... Nosotros, los misioneros, conocemos aquellos rostros tal y como los ha descrito el Documento de Puebla, cuando habla de «rostros de niños golpeados por la pobreza (...), de jóvenes desorientados (...), de indígenas y afroamericanos marginados (...), de campesinos (...), de sub-empleados (...), de marginados y hacinados urbanos (...), de ancianos marginados». Hoy se pueden añadir mucho más rostros que aguantan el temor existencial de la falta de un sueño posible en un mañana mejor. Son los «silenciosos» de nuestro mundo de hoy, los hermanos que no tienen voz. Uno tiene que hablar de la actual crisis económica, de todo lo que significa para la familia y para la sociedad, sin olvidar las guerras y las divisiones entre naciones y pueblos. Un mundo complicado para muchos, un mundo al que le falta la iluminación del Evangelio y, por eso, el mensaje habla de la misión de la Iglesia hoy: «El fin de la misión de la Iglesia es el de iluminar con la luz del Evangelio a todos los pueblos en su camino hacia Dios». Somos nosotros, quienes conocemos a Cristo como vida plena, quienes «debemos sentir la pasión de iluminar a todos los pueblos con la luz de Cristo», porque en Él «encontraran su plena realización».



2. La restauración de todas las cosas en Cristo

Este es un segundo punto importante. En estas jornadas he escuchado mucho sobre cómo ayudar a las misiones, y hemos visto en el Consejo Nacional de Misiones que los diferentes representantes tienen sus diversos carismas y estatutos. Como han escuchado en estos días, nuestro trabajo en las OMP es ayudar a la evangelización y la pastoral en Iglesias necesitadas. Con eso no estamos diciendo que no queremos ayudar a aliviar la pobreza material. No, la Iglesia siempre ha denunciado la pobreza y marginalidad, y ha reaccionado contra todo atropello de los derechos humano. Es más, siempre hace suyas las palabras de la Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, donde aclara que olvidar esto «sería ignorar la doctrina del Evangelio acerca del amor hacia el prójimo que sufre o padece necesidad» (n. 31), porque el hombre de hoy tiene derecho a una vida plena, con condiciones más humanas: libres del hambre y la violencia. Pero no debemos reducir la misión a una ayuda social. Nosotros anunciamos al autor de la misma vida, traemos su Buena Noticia de que Él ama a todos como únicos: «Pondré toda la humanidad en tu lugar», «mis entrañas se estremecen», dice en *Oseas* (11, 1-10). El mundo tiene hambre. Sí, mucha hambre, y tiene muchísima hambre de Dios; y, por eso, el mensaje nos invita a hacer un viaje más profundo y contemplar una pobreza más aguda. La pobreza del no conocimiento de Dios, que ama a todas sus criaturas. Nuestro mensaje es tanto para los no cristianos como para los mismos cristianos. Los que hemos experimentado la alegría de la fe sabemos lo que los otros se pierden. Por eso, queremos salir con gran urgencia para anunciarla. El mensaje nos

invita a descubrir no sólo nuestra tarea como cristianos sino también nuestra naturaleza: la verdad sobre Cristo, sobre el hombre y sobre la propuesta evangelizadora de la Iglesia. Habla de la «restauración de todas las cosas en Cristo». La tarea evangelizadora no sólo nos invita a entender al hombre desde «el cuadro de la existencia temporal» sino también desde «una salvación trascendente escatológica» (EN 27). Nos anima a comprobar cómo sin un conocimiento y un entendimiento profundo del Cristo Resucitado no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, y se nos presenta un futuro sin plenitud para la humanidad. El mensaje nos invita a encontrar, en la comunión con Él, la vida, la verdadera vida digna y, como nos llena de alegría y bondad, queremos darlo a conocer a los demás; comunicarles el don que hemos hallado en Él para animarles a que salgan de sus situaciones actuales; para «conocer (...) la realidad última de la misma existencia»; y para invitar a «la humanidad entera» a que profundice en «su vocación radical», que es la «de retornar (...) a Dios» y así retornar a vivir la vida plena. El mensaje del Papa, como el documento de la Conferencia Episcopal, nos proporciona un nuevo impulso en nuestra tarea de evangelización, a fin de que nuestras comunidades se sigan sintiendo interpeladas para crecer y para formarse en la maduración de su fe, para ser luz del mundo y testigos de Jesucristo con la propia vida.

Sería bueno retomar las palabras de la teología clásica: «*kerigma, koinonia*». La comunidad cristiana es la comunidad de la esperanza, que pone su total confianza en el poder del Espíritu del Resucitado, que ofrece vida al mundo de hoy que tantas veces tiene preguntas sin respuestas. Nuestra respuesta es la persona de Jesús, los cristianos lo experimentamos. No seguimos a un personaje de



la historia pasada sino a Cristo vivo, presente en el hoy y el ahora de nuestras vidas. Es nuestro anuncio. Él es el Viviente que camina a nuestro lado, descubriéndonos el sentido de los acontecimientos, de la vida con todas sus preocupaciones, del dolor y de la muerte, de la alegría y de la fiesta. Su espíritu entra en nuestros corazones con su luz transformadora y permanece gratuitamente en ellos.

El anuncio del kerigma y la vivencia de la *koinonia* configuran una situación nueva que debe ser profundizada y analizada en nuestras comunidades misioneras. Ante las nuevas encrucijadas, la humanidad espera de nuestras comunidades y de la Iglesia una respuesta renovadora y un camino para la revitalización de su fe en Cristo, nuestro único Maestro y Salvador, que nos ha revelado la experiencia única del amor infinito de Dios Padre a todos los hombres. «Cristo llama, justifica, santifica e invita a sus discípulos a anunciar el Reino de Dios porque toda nación es pueblo de Dios». El mensaje nos invita a dedicar una profunda mirada a los nuevos desafíos. La fe en Cristo constituye una respuesta y una llamada a reflexionar sobre cómo encaminar los rumbos del mundo de hoy con autenticidad.

3. El mensaje nos incita a salir de nuestros claustros hacia los gentiles y dice que la misión universal, a todos los hombres y los pueblos, «debe ser la única constante de la vida de la Iglesia»; y que el deber de «anunciar el Evangelio y andar a los gentiles debe ser para nosotros como lo fue para el apóstol Pablo, la única realidad». Esta posibilidad de salir hacia los otros es un gran regalo que Dios nos da porque nos proporciona el cien por cien que nos ofrece en el Evangelio. Nos va a revitalizar como comunidades cristianas, y es de esta fuente que podrán surgir nuevos caminos y proyectos pastorales creativos,

que infundirán una firme esperanza para vivir de manera responsable y gozosa la fe, dar respuestas a la humanidad de hoy y, de paso, irradiarla en el propio ambiente. Gracias hermanas y hermanos, que Dios les cuide y les bendiga.



Mesa redonda
*Ámbitos de
animación misionera*

Mi

I

Introducción

JUAN FRANCISCO MARTÍNEZ SÁEZ, FMVD
*Colaborador del Secretariado
de la Comisión Episcopal de Misiones*

En estas Jornadas estamos profundizando en la reciente Instrucción pastoral de la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, *Actualidad de la misión ad gentes en España*, y en el Plan de acción de la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias. No podría faltar en la mesa redonda que tenemos habitualmente en el programa tratar sobre la misión desde el punto de vista de la animación misionera. Esta es esencial para conseguir que todo el pueblo de Dios tenga efectivamente espíritu misionero, comprenda las razones de la misión *ad gentes* y se comprometa a colaborar con ella, como se establece entre los objetivos de la Instrucción pastoral que luego se desarrollan en el Plan de acción.

Por eso esta mesa redonda se dedica a ver los aspectos más importantes de la animación misionera en la Iglesia. Ciertamente que se podrían añadir otros y estos se tienen en cuenta en el trabajo habitual, sea del Secretariado de la CEM como en las OMP, pero aquí por razón de tiempo ha habido que restringirse a los que se han visto como más significativos.

Partimos del testimonio de un obispo, D. Juan José Omella, obispo de Calahorra y La Calzada-Logroño, que, nos hablará de cómo intenta transmitir el profundo espíritu misionero, que él personalmente posee, a la diócesis de



la que es pastor. Como dice Juan Pablo II en la Exhortación apostólica postsinodal *Pastores gregis*: «Toda su acción pastoral, pues, debe estar caracterizada por un espíritu misionero, para suscitar y conservar en el ánimo de los fieles el ardor por la difusión del Evangelio. Por eso es tarea del obispo suscitar, promover y dirigir en la propia diócesis actividades e iniciativas misioneras, incluso bajo el aspecto económico» (n. 65). D. Juan José nos puede ilustrar de cómo hacerlo realidad en las diócesis.

La segunda experiencia es la de Damián Díaz Ortiz, que es delegado diocesano de Misiones de Ciudad Real. Es licenciado en Misionología por la Pontificia Universidad Urbaniana de Roma; ha sido desde 1983 hasta 1992 misionero en la República Democrática del Congo. Al regreso colaboró con la Delegación Diocesana de Misiones, sobre todo en la creación, animación y coordinación de los Grupos de Animación Misionera, así como en otras tareas de formación y animación misionera. Ahora es párroco en Pedro Muñoz y delegado diocesano de Misiones. Él, más que hablarnos de la animación en la diócesis, nos va a transmitir su experiencia de animación misionera en las parroquias. Ya hemos dicho que él colaboró en la puesta en marcha de los Grupos de Animación Misionera que existen en las parroquias de Ciudad Real, por lo que nos puede contar con detalle qué son, cómo funcionan, qué hacen, etc.; su experiencia puede ayudar a ver la manera de integrar la animación misionera de forma natural en el ámbito de la parroquia, del arciprestazgo, etc., algo sobre lo que ya se ha reflexionado, por ejemplo, al proponer las «semanas misionales», pero sobre lo que hay que volver una y otra vez para plasmarlo en la práctica cotidiana de las parroquias.

Por último tenemos la suerte de contar con José Miguel Taboada y María Pilar Tabuena y su hijo David. Ella

fue misionera laica en Chile, tres años, con OCASHA-Cristianos con el Sur, y él, economista jubilado, actualmente está como voluntario en Cáritas Aragón-La Rioja, desempeñando la función de Administrador. Tienen seis hijos, dos de ellos misioneros, uno sacerdote javeriano en Brasil, otra en la comunidad ADSIS, actualmente en Perú. Otros tres hijos han seguido la vocación matrimonial, casados y con hijos. Y quien les acompaña a todas partes es David, el más misionero de todos. Trabajan en la parroquia en diversas áreas: animación misionera, catequesis, liturgia, administración, etc., y colaboran con la Delegación de Misiones de Zaragoza, además de ser miembros de OCASHA, de Misión, Salud y Desarrollo y de otras instituciones cristianas. Ellos nos van a exponer una visión muy importante de la animación misionera en la Iglesia; es la más sencilla y que más desapercibida pasa, pero también la más eficaz: la que se lleva a cabo en la familia, cuando los padres cristianos contagian a los hijos el espíritu misionero y les forman en la universalidad de la fe y de la Iglesia. Este aspecto de la animación misionera va tomando cada vez más relevancia al paso que se va afianzando en la Iglesia la necesidad de la pastoral familiar; ellos nos lo pueden confirmar muy bien con el testimonio de su vida familiar.

Tenemos que darles las gracias por anticipado a todos por su disponibilidad para colaborar en esta mesa redonda, ya que de esta manera presentan ante nosotros un panorama bastante completo acerca de qué es y cómo llevar a cabo la animación misionera de todo el pueblo de Dios. Seguro que sus intervenciones y el diálogo que tendremos oportunidad de tener posteriormente nos van a sugerir muchas ideas para llevar a cabo en los diferentes ámbitos de responsabilidad que nos competen a cada uno.



II

La animación misionera en la diócesis

JUAN JOSÉ OMELLA OMELLA
Obispo de Calahorra y La Calzada-Logroño

Quiero comenzar mi exposición dando las gracias a don Anastasio Gil, por haberme invitado a participar en este encuentro. La verdad es que, aunque no tengo ninguna vinculación institucional con la Comisión Episcopal de Misiones, sí la tengo afectiva y real, por mi trayectoria sacerdotal muy vinculada a tareas misionales, a muchos misioneros y, más en concreto, al continente africano.

También he de mostrar mi agradecimiento por encontrarme en esta mesa, estrechando la unión con varias personas a las que me une un profundo y dilatado afecto. Damián Díaz, que estuvo en la República Democrática del Congo, en concreto en Huamba, siendo así que yo fui misionero durante un tiempo en una diócesis vecina. Y, por otro lado, están también a mi vera José Miguel Tabuada y María Pilar Tabuena, ambos de Zaragoza, donde yo he vivido el ministerio sacerdotal buena parte de mi vida, tanto de vicario de Pastoral como, posteriormente, de obispo auxiliar.

Intentaré mostraros el porqué de mi afán misionero y el porqué de tener parte de mi corazón en las misiones africanas. Asimismo, y con la mayor claridad y concisión, os haré partícipes de la actividad misionera de mi diócesis,



de Calahorra y La Calzada-Logroño. Yo me siento –permitidme la plasticidad del ejemplo– como el director de una orquesta que, la verdad sea dicha, suena muy bien. Y suena bien porque los músicos son muy buenos.

Vamos a ello. Yo nací en un pequeño pueblo de la provincia de Teruel, en Aragón, y siendo muy niño le hice ver a mis padres, a los maestros y al cura que yo quería ir al Seminario. Y allí me fui. El Seminario de Zaragoza no era como el de Pamplona entonces, pero no le quedaba muy a la zaga. Éramos 500 chavales, que no es mala cifra. El obispo de entonces, a finales de los años cincuenta, era don Casimiro Morcillo. Era un hombre muy de Dios y, en consecuencia, muy misionero, hasta el punto que arrastró a muchos jóvenes al Seminario, venidos de los sitios más dispares, pero sobre todo de Burgos. Y, como no podía ser de otro modo, dio todas las facilidades habidas y por haber para que aquellos muchachos que mostraban alguna inquietud misionera pudieran ver realizados sus sueños. ¡Cómo recuerdo aquellos años! ¡Qué vibración misionera! Un dato que no quiero dejar en el tintero: un mes con otro gozábamos los seminaristas de la presencia, siempre simpática y estimuladora, de algún misionero. ¡Qué ratos tan formidables pasábamos contemplando aquellas diapositivas! ¡Qué inquietud en las preguntas y qué ardor en las respuestas! En este contexto, ¿a quién podía extrañar que yo mismo, un buen día, tomase la decisión de irme a las Misiones? Contacté con los PP. Blancos y mi propósito y mi decisión era total, rotunda: «Yo me marcho ya, con 15 años, y me voy para toda la vida, nada de dos o tres años. Y, ¿qué es eso de ir en avión? En barco, como han hecho los misioneros toda la vida».

Ya un poco más en serio. La diócesis estaba permeabilizada por un *humus* que no era otra cosa que la misión *ad*

gentes. El obispo, los formadores, los misioneros, todo el ambiente, iban abriendo poco a poco nuestros corazones al don del Espíritu que nos pedía una entrega. Como os decía, me fui con los PP. Blancos. Acabé con ellos los estudios eclesiásticos. Volví a Zaragoza. Y como en mi alma seguía anidada la inquietud misionera, le comenté a don Elías Yánes, recién venido a la diócesis: «Don Elías, me gustaría ir a misiones, al menos por un período de tres años». Contestación: «Me parece estupendo». La verdad es que no sé qué contestación me hubiera dado más adelante, pero entonces eso fue lo que me dijo, que le parecía muy bien. Y me fui al Congo.

Pasado un tiempo, volví a la diócesis.

Debo decir, alto y claro, que la inquietud misionera ha ido creciendo y madurando en mi alma, al igual que con el tiempo madura el vino en mi querida tierra riojana. A fuer de sincero, me encantaría regresar allí, trabajar allí. Como detalle, íntimo mío y significativo, os diré que recientemente me invitó el obispo de la diócesis de Ndali (Benín) a predicar ejercicios espirituales a los curas de allí. ¿Razón? Allí, en un pueblo que se llama Fo-Bouré, tenemos los riojanos una parroquia misionera. No lo pensé ni un minuto. «Iré encantado, y más teniendo en cuenta que así podré pasar unos días con mis dos curas misioneros».

La diócesis de La Rioja es muy misionera. Siempre lo ha sido. Al igual que otras muchas en España, sobre todo en el Norte. Como un dato para historiadores, diré que ya hacia comienzos del siglo XVII hay grandes misioneros riojanos, algunos mártires, y ya canonizados. Citaré a los dos más emblemáticos. Valentín de Berrio Ochoa, primer santo vizcaíno, estudió en La Rioja, ya que entonces la diócesis de Calahorra abarcaba prácticamente todo lo que



hoy es el País Vasco. Lo mataron en el Tonkín, actual Vietnam. De esa misma época es san Jerónimo Hermosilla. Nacido en Santo Domingo de la Calzada, dominico como Berrio Ochoa, obispo en Tonkín muchos años, lo mataron a edad muy avanzada. Debo decir que sus paisanos le tienen una gran devoción. Devoción que ha dado muchos frutos. Por ejemplo, nuestra diócesis se comprometió en 1962 a enviar algunos sacerdotes a Ngozi, en Burundi. Era obispo de aquella diócesis africana Mons. Makarakiza. Vino a menudo a Logroño, y fue entonces cuando tuve el gozo de conocerlo, ya que yo estudiaba con los PP. Blancos. El primer sacerdote riojano enviado a Burundi fue Gerardo Capellán, ya fallecido, y a él le siguieron otros muchos, entre los que destacaría al actual delegado para Misiones, Jesús María Peña. De Burundi tuvieron que irse los sacerdotes –había que decir con propiedad que los echaron– una vez comenzadas las revueltas de los años ochenta. Debo decir, como obispo de estos sacerdotes, que, años después de regresados a España, siguen llevando a África en el corazón y la añoran con la añoranza de los buenos misioneros.

Además de los sacerdotes riojanos, presentes en África, es de justicia que yo haga mención de los religiosos y religiosas, así como de los muchos laicos –hombres y mujeres– que han dejado buena parte de sus vidas allí. Han sido, y son, cientos. Lo que involucra a familiares, amigos, conocidos, y se convierte en una levadura misionarial de envío, que afecta y compromete a cientos de riojanos.

Es momento de mencionar la intercomunicación –viva y cariñosa– que se da entre los misioneros y las comunidades eclesiales en La Rioja. ¡Cuántos proyectos de desarrollo sacan adelante las parroquias de la diócesis, en la

capital y en los pueblos! Las dos vertientes de la evangelización, la catequética y la social, se cuidan al máximo y con gran naturalidad. Me decía el año pasado uno de los misioneros: «Mire usted, cuando voy por las parroquias, todos me preguntan por la acción social, que si hemos puesto en el pueblo la luz, el agua, etc., que eso es maravilloso. Y yo les digo siempre: ‘Sí, sí, pero lo que a mí me llena más, y por lo que yo estoy allí, es el anuncio de Jesucristo. Yo estoy ahora iniciando la evangelización con una raza que no ha tenido hasta hoy ningún contacto con el Evangelio, y esa tarea es la que me lleva más horas, sin desdeñar las otras». ¿Qué quieren que les diga? Me parece un testimonio precioso.

Me van a permitir que en este momento les muestre los retos que, en mi opinión, deben ser hoy particularmente cuidados para que no desaparezca de nuestras comunidades la frescura y el compromiso misioneros. Los resumo en tres puntos:

1. No es un secreto para nadie que estamos viviendo un momento difícil. Nuestras comunidades se cierran en sí mismas, lo nuestro parece que nos da miedo y ni siquiera nosotros mismos lo valoramos adecuadamente. De ahí que nos falte el empuje misionero y el afán por transmitir a otros la maravilla de la Buena Noticia. Juan Pablo II hizo referencia a ello en la *Redemptoris missio*, en el sentido de que el desconocimiento de Jesucristo no es un fenómeno propio de tierras lejanas; se da claramente entre nosotros. ¡Nadie puede permanecer tranquilo! La preocupación por los alejados está presente en nuestra cabeza y en nuestro corazón. Y es bueno que así sea. Sin embargo, me vais a permitir que os transcriba lo que me decían, hace unos años, los miembros de un Consejo Pastoral Parroquial: «En el plan de pastoral de la parroquia se ha concretado



como objetivo prioritario a los alejados». Les pregunté qué acción concreta habría de servir para sacar adelante el objetivo. Al decirme que «en saludar al concluir la Misa a todos los que asistan a ella, en un gesto de acogida». No pude resistirme y les dije a mi vez: «Sí, eso está muy bien con los que han venido. Pero, y con los que no han venido, ¿qué hacemos?». Todo acabó con «que usted es muy complicado, lo que pide es muy difícil». En esas estamos.

No cabe duda de que el anuncio del kerigma nos cuesta a todos. Gritar a la gente que «Cristo ha resucitado, que vive», no lo podemos callar. Es preciso con Pablo anunciarlo a tiempo y a destiempo. Con qué ardor lo decía esta mañana don Miguel, hablando de la persona de Jesucristo, que «me ha tocado, me ha convertido, me ha cambiado la vida: ya no puedo callar».

No podemos ser unos fanáticos, pero mucho menos podemos ser unos acomplejados –que van pidiendo perdón– por creer en Jesucristo y seguirlo en su Iglesia. De ninguna manera. Hace unos días asistí a la clausura del II Congreso Nacional de Cofradías celebrado en mi diócesis. Al tratarse de un acto religioso y también cultural, estuvo presente el director general de Cultura del Gobierno riojano. En su parlamento dijo lo que ya viene siendo habitual en nuestros políticos y personajes públicos: «Yo soy cristiano, aunque no muy practicante». Al acabar el acto, y dado que tengo una buena relación con él, le dije con sencillez y claridad: «No digas nunca eso. Tú di que eres cristiano y nada más. No digas tus pecados o, lo que es lo mismo, no vayas con complejos, como pidiendo perdón». Me lo agradeció sinceramente.

2. El segundo reto yo lo enunciaría así: «No podemos reducir la misión al desarrollo de proyectos sociales». Os lo digo yo que soy Consiliario de Manos Unidas y trabajo

en Pastoral Social y en Cáritas. Cierto es que la caridad es fundamental por su raigambre evangélica. Pero no podemos reducir el Evangelio a lo social. Para que se vea mejor mi pensamiento os diré que me desconcierta el que la colecta de Manos Unidas recoja más que la del Domund. Hay de hecho gente que se muestra más generosa para una obra social que para otra netamente pastoral. Veamos qué sucede con el anuncio de Jesucristo y con la catequesis, ¿no son ambas transformadoras de la realidad? ¿No nos ayudan a madurar? ¿No nos hacen crecer como sociedad? El hambre de Dios es un hambre tan real como el hambre fisiológica. Ambas han de ser saciadas: el hambre de pan y el hambre de Dios. «No sólo de pan vive el hombre».

3. Finalmente, la comunión. No puede darse una evangelización *ad mentem Ecclesiae*, no puede haber una verdadera actitud misionera, si no se vive el misterio de la comunión. Dicho de otro modo más coloquial: si no estamos unidos a la persona e intenciones del Papa, si nos vivimos unidos de verdad a los obispos, a nuestros sacerdotes, a toda la comunidad cristiana, ¿cómo van a surgir entre nosotros auténticas vocaciones misioneras? Aquí viene muy bien aquella definición tan plástica del Papa Juan Pablo II en *Pastores dabo vobis* acerca de la Iglesias: «La Iglesia es misterio de Comunión en tensión misionera». Lo que quiere decir que si no hay comunión no hay tensión misionera. Esta perspectiva tan importante hemos de hacerla llegar a nuestras Delegaciones de Misiones.

Para terminar, os brindo unas breves pinceladas acerca de cómo nos esforzamos en mi diócesis por vivir lo hasta aquí apuntado.

1. En primera instancia, diré que estamos poniendo todos los medios para que la Delegación de Misiones per-



meabilice la catequesis, la pastoral juvenil y, sobre todo, la pastoral familiar. Y este propósito es prioritario.

2. Planificamos con mimo las campañas misionales, salga luego lo que salga. Lo importante es la tenacidad. No nos desaniman los resultados negativos ni nos dormimos en los laureles cuando se dan los éxitos. ¡Hay que seguir y seguir! Confiamos en el Señor y en nuestra gente riojana que muy generosa y entregada.

3. Nuestra preocupación por los misioneros es concreta, personal, continuada. De sus vidas y personas nos preocupa y nos ocupa todo. Debo decir, porque es de justicia, que ha habido en mi diócesis unos delegados de Misiones verdaderamente modélicos, sobre todo los últimos, todos ellos de amplia experiencia en países de misión. De hecho, nuestros misioneros –sacerdotes, religioso/as y seglares–, que trabajan en cualquier punto del mundo, a través de cartas, teléfono, proyectos que nos hacen llegar, se sienten de verdad como en casa. Además, mantenemos un contacto muy estrecho con sus familias. Una experiencia muy simpática y muy «resultona» es la siguiente: el delegado de Misiones recoge todo tipo de información, nacional y especialmente local, de todo (política, deportes, ocio, sociedad, etc.), y a través de un boletín, con una digna presentación, la hace llegar a todos. Lo agradecen mucho porque es un medio de unión. No importa que las noticias lleguen a sus destinatarios un poco «a toro pasado». Los misioneros esperan el boletín con gran ilusión.

4. Muy importante: elaborar proyectos de promoción –pastorales y sociales– y avalarlos adecuadamente.

5. Los chavales. Los traigo a colación en último lugar, pero ¿quién ignora que son el futuro de la Iglesia, de la

sociedad y... de la misión? Cuidamos mucho la escuela y, por supuesto, la catequesis, la familia. Los niños siempre serán misioneros, bien en tierras de misión, o bien aquí. Lo importante es que sembremos en ellos la semilla de la misión.

Vaya a todos mi felicitación más sincera por el bien que hacéis, así como mi ánimo para que sigáis adelante, al paso de Dios. Gracias por vuestra atenta escucha.



III

La animación misionera en la parroquia

DAMIÁN DÍAZ ORTIZ
*Delegado diocesano de Misiones
de Ciudad Real*

Partiendo de la animación misionera de las parroquias de Socuéllamos, población de Ciudad Real de unos doce mil habitantes, con dos parroquias servidas «*in solidum*» por dos sacerdotes y un diácono en el momento de iniciar esta experiencia, voy a compartir la experiencia de animación misionera en parroquias, por medio de los Grupos de Animación Misionera, que se viene realizando desde hace años en la diócesis de Ciudad Real.

1. Formación del Grupo de Animación Misionera

En el año 1997, se celebra una Semana Misionera en el Arciprestazgo Mancha Este, al que pertenece esta población, con la participación del SCAM. Los misioneros pasan por los centros escolares, se reúnen con los grupos parroquiales, predicán en las Misas... Se anima el ambiente misionero.

Y cuando ellos se van, planteamos la posibilidad de dar continuidad a esa conciencia misionera, mantener el espíritu misionero de manera permanente en la comunidad cristia-



na. Para ello, convocamos a algunas personas que en los distintos encuentros se han mostrado especialmente sensibles o han manifestado interés. Se les propone constituir un grupo estable, a imagen de los que ya existen en otras parroquias de la diócesis de Ciudad Real, a los que después de varios momentos de reflexión hemos dado en llamar Grupos de Animación Misionera, dotándoles de una identidad.

Por cierto, estos grupos, que existen desde comienzos de los años 90, algunos han nacido de manera semejante. Otros se han formado al proponérseles a un grupo de confirmandos continuar profundizando su fe y comprometiéndose en óptica misionera. Finalmente, hay algunos grupos que se han aglutinado alrededor de un sacerdote, religiosa o seglar regresado de Misiones o preparándose para marchar.

2. Identidad del Grupo de Animación Misionera

El Grupo se constituye como *grupo parroquial* (o interparroquial, porque en Socuéllamos todo era interparroquial, hasta la economía, e interparroquial ha sido también en otras poblaciones), es decir, *en comunión con los responsables de la parroquia*, y representados en el Consejo Parroquial de Pastoral.

Es un grupo formado por *cristianos, jóvenes y adultos con una opción clara de fe*, que alimentan por medio de la oración y de la participación en la liturgia y los sacramentos, y que profundizan por medio de la formación y la reflexión, en la escucha constante de la Palabra de Dios, porque no se puede evangelizar si uno no es primero evangelizado.

Llamados a ser testigos de Jesucristo resucitado, dando testimonio del Evangelio, en primer lugar, en sus ambientes.

Se identifican por un *espíritu universal y solidario*, que es común a todos los bautizados, porque la misión *ad gentes* es responsabilidad de todos los cristianos y test de la autenticidad de nuestra fe, pero que los miembros del GAM sienten como su misión específica dentro de la Iglesia. *Sienten la urgencia de la Misión*, les duelen los millones de hermanos que aún no han sido iluminados por la Buena Noticia, que todavía no han conocido a Dios como Padre ni forman plenamente parte de la gran familia de los hijos de Dios.

Por eso se sienten *llamados a cooperar en la tarea de anunciar el Evangelio a todos los hombres*, especialmente a los más lejanos, aunque sin olvidar la llamada a evangelizar también a quienes están cerca, en nuestro entorno. Porque saben que es lo mejor que podemos compartir: la fe que da sentido a nuestra vida.

Sienten, además, una *sensibilidad especial por los más pobres, explotados y oprimidos*, tanto los de cerca como los de lejos de nosotros, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Y esta sensibilidad se expresa en primer lugar por un compromiso de vida que se manifiesta en la propia pobreza y austeridad de vida, buscando la coherencia entre su actuar y su ser cristiano, entre lo que dicen y lo que hacen.

Y, al mismo tiempo, *viven y promueven la cultura de la solidaridad*, esperando y luchando por la plenitud del Reino de Dios, donde sea posible la Paz, la Justicia y el Amor, preocupados por el hombre integral, alma y cuerpo, materia y espíritu, lo que les empuja a compartir ellos mismos lo que tienen (no sólo lo que nos sobra, no nos gusta o hemos usado) y a animar a los demás, empezando por su propia comunidad cristiana, a hacer lo mismo.



3. Funciones del Grupo de Animación Misionera

Como el mismo nombre dice, objetivo principal del Grupo será *concienciar y contagiar su espíritu misionero a la comunidad* en general y a cada cristiano en particular, animándoles a abrirse a la universalidad, a participar activamente en la misión *ad gentes*, e invitándoles a la solidaridad. Se trata de mantener viva de manera permanente la preocupación por la Misión Universal en la comunidad cristiana.

Para ello, empezarán ellos mismos por profundizar su fe personal desde un espíritu misionero, formándose como cristianos comprometidos, estudiando desde los fundamentos de la Misión de la Iglesia hasta las causas de la pobreza.

Estrechando los lazos entre ellos, para conocerse, unirse, ayudarse en el grupo.

Y, sobre todo, apoyando a los misioneros y sus tareas tanto evangelizadoras y pastorales como humanitarias. Haciendo presente sus trabajos a la comunidad parroquial, secundando y sosteniendo sus actividades y proyectos. Y acogiendo para compartir su experiencia cuando vuelven o pasan entre nosotros periodos de vacaciones.

4. Organización del Grupo de Animación Misionera

El grupo se reúne semanalmente, dedicando, de las cuatro semanas que suele tener el mes, una a la *oración*, otra a la *formación*, la tercera a *información*, y la última a preparar y revisar *actividades*.

En el inicio del curso hacen una programación de las tareas o actividades que van a realizar, y se reparten responsabilidades: uno se encargará de la espiritualidad y liturgia (preparar oraciones, vigiliyas, etc.), otro de la formación, alguno de la correspondencia con los misioneros, otro de representar al grupo en el Consejo de Pastoral o en el Consejo Local de Cooperación u otras instancias eclesiales o no, otro de animar a los niños de Infancia Misionera, etc. (Hay Grupos donde los miembros son más numerosos, y entonces organizan lo mismo por talleres, participando varios miembros en cada tarea).

5. Actividades

Las principales actividades del Grupo de Animación Misionera son:

5.1. Organización de las Campañas misioneras

DOMUND, Infancia Misionera, Sembradores de Estrellas, Manos Unidas, Día del Misionero Diocesano...

5.2. Servir de lazo de unión entre los misioneros y las comunidades parroquiales

Contactando con misioneros, especialmente los de nuestra diócesis, que se encuentran actualmente en misiones (sacerdotes, religiosos/as y seglares).



Acogiendo y promocionando el testimonio de estos misioneros cuando vienen por aquí de vacaciones, invitándoles a charlas, conferencias, etc.

5.3. Promoción de las vocaciones misioneras

Empezando por ellos mismos: varios miembros seculares de los GAM han salido o están en Misiones.

5.4. Formación

Charlas, conferencias, mesas redondas, etc., buscando cauces de sensibilización también en momentos no relacionados con las colectas, para no dar la impresión de buscar siempre el resultado económico.

5.5. Oración

Animación y participación en la liturgia dominical, encuentros y vigiliass de oración...

5.6. Publicaciones

- Algunos grupos editan periódicamente un boletín en su propia parroquia: *El Tazón de Caldo*, *Ecos del Sur*, etc.
- Participación en el Boletín de la Delegación Diocesana de Misiones: *Sur y Sal*.
- Procuran hacerse presentes en los medios: prensa, radio y televisiones locales, para sensibilizar a la población.

5.7. Infancia misionera

Algunos grupos trabajan también con los niños.

5.8. Colaboración con ONG e integración en plataformas solidarias

Comisión 0,7%, RECADE, Mancha Acoge, Manos Unidas, Consejos Locales de Cooperación al Desarrollo...

6. Coordinación

Antes de que se formase el GAM de Socuéllamos, ya habíamos creado una Coordinadora Diocesana de Grupos de Animación Misionera, donde participaban los grupos existentes y a la que se invitaba a integrarse todo grupo nuevo que se iba creando.

Esta Coordinadora se reúne tres veces al año para programar, revisar y evaluar objetivos y acciones comunes a todos los GAM, en sintonía con el Proyecto Diocesano de Pastoral y las acciones prioritarias marcadas por el Consejo Diocesano de Pastoral para toda la diócesis.

Juntos se establecen el tema y los materiales de formación para el curso, y se distribuyen tareas, como la elaboración de materiales a utilizar por todos (vigilias, catequesis, etc.), las visitas a otros pueblos para promover los GAM, etc.

Y se programan Encuentros de todos los grupos, que suelen ser cuatro, a lo largo del año:

1. Una «tarde de interiorización», en tiempo de Adviento.



2. Un fin de semana de formación, en tiempo de Cuaresma.

3. Un encuentro festivo en un santuario mariano, el mes de mayo.

4. Y el Encuentro, Campamento, o Escuela de formación del verano, cinco días, alrededor de la festividad de la Asunción.

Se coordinan también con otros grupos, eclesiales o extraeclesiales, que tienen la misma sensibilidad solidaria y universal:

- Participan en el Secretariado Diocesano de Juventud y colaboran con otros movimientos.

- A veces se realizan acciones comunes con Cáritas, Manos Unidas, etc.

- Participan en los Consejos Locales de Cooperación al Desarrollo.

- Colaboran con otras ONG, y participan en plataformas como 0,7%, RECADE, etc.

7. Medios - Instrumentos

Los medios e instrumentos para realizar estas actividades son infinitos, dada la creatividad de algunos miembros de los Grupos. Enumeramos sólo unos pocos:

- Ciclos de cine solidario, videofórum.
- Mercadillos con artículos donados por la gente.
- Mesas redondas con misioneros.
- Semana Misionera Parroquial o Interparroquial.
- Exposiciones sobre algún continente, o sobre algún tema: deuda externa, etc.

- Semana de la Solidaridad.
- Festivales misioneros.
- Comercio Justo.
- Turrón Solidario.
- Difusión de revistas misioneras.
- Animación litúrgica.
- Teatros.
- Correspondencia con misioneros/as.
- Montajes audiovisuales.
- Temas específicos para la catequesis de niños y jóvenes.
- Carteles y murales.

Conclusión

Todo esto no es fácil. Hay ocasiones en que se intenta crear un GAM y no sale, como es mi experiencia en la parroquia donde me encuentro actualmente. Los párrocos tampoco nos invitan a plantear esta opción a los jóvenes, a pesar de habernos ofrecido en varias ocasiones, porque no quieren cargar con un grupo más, o porque continúan pensando que la misión *ad gentes* es una tarea marginal y puntual de la Iglesia. Hay GAM que se sienten incomprendidos o marginados por otros grupos parroquiales y los mismos sacerdotes...

Pero está demostrado que donde existe un Grupo de Animación Misionera su influencia se deja sentir en la comunidad parroquial de manera especial, dándole una apertura a los lejanos y a los alejados, una sensibilidad



hacia los pequeños y los empobrecidos, un talante esperanzador, una vitalidad, un dinamismo gozoso...

Por eso, seguimos invitando a quienes quieran compartir nuestro camino a vivir la misma experiencia de seguimiento de Jesús resucitado desde la opción por la Misión y la solidaridad universal.

IV

La animación misionera en la familia

JOSÉ MIGUEL TABOADA Y MARÍA PILAR TABUENCA
*Colaboradores de la Delegación Diocesana
de Misiones de Zaragoza*

Buenos días, nos sentimos un poco cohibidos, ya que Anastasio no nos nombró la altura y dignidad del auditorio de esta Mesa Redonda. A pesar de ello, le damos las gracias por esta amable y generosa invitación a compartir con todos vosotros el sentido de animación misionera en nuestra familia, y lo vamos a desarrollar sencillamente con el testimonio de lo que Dios ha querido hacer con nosotros.

Presentamos dos consideraciones fundamentales de nuestra fe:

1. El amor de Dios es Misión. La Iglesia está hecha para la Misión. La fe nos lleva necesariamente a la Misión.
2. La familia es el pilar fundamental de nuestra cultura. La cultura y sus valores fundamentales pasan por el crisol de la familia.

Conclusión: La familia es escuela de la Misión. La animación misionera nace y se consolida en la familia.

Nuestro hijo Miguel, hoy sacerdote misionero javeriano, manifestó en una entrevista publicada en algún medio de comunicación:

La familia es la escuela de la vida, escuela de la Misión. En ella aprendes a amar y ser amado, a compar-



tir, a respetar, a convivir con los que no son como tú, a trabajar y reír en equipo, a rezar... Te doy gracias, Señor, porque soy miembro de una familia numerosa. Gracias, Padre bueno, porque sigues forjando familias misioneras.

Se podría decir de mí, parafraseando el título de una película, «nacido para ser misionero». Soy el segundo de seis hermanos, y mis padres tienen sangre misionera. Mi madre, por ejemplo, estuvo tres años en Chile. Y menos mal que volvió y conoció a mi padre, que si no... «En su amor nació mi amor a Dios».

Desde pequeños rezábamos en familia, y la planta de la vocación misionera crecía en silencio. En la adolescencia llegaron tiempos difíciles, pero Él siempre estuvo a mi lado protegiéndome. Nunca será bastante mi acción de gracias al Señor por la familia numerosa que me ha regalado y por la fe que en ella ha nacido y se ha desarrollado. Con tantos hermanos y tanto cariño recibido es fácil abrazar el ideal javeriano. «Hacer del mundo una sola familia». Reino de Dios, Misión, significan, entre otras cosas, crear familia. Una familia grande, inmensa (el mundo entero), con un sólo pastor.

¿Cómo empezó nuestra vocación misionera? Como mencionaba nuestro hijo, María Pilar fue una de las primeras mujeres laicas que salió misionera fuera de Europa, concretamente a Chile, con OCASHA-Cristianos con el Sur. Después de tres años en la misión, a su regreso, se encontró conmigo en el trabajo de alfabetización de gitanos adultos. Íbamos a sus casas todas las tardes-noches, reuníamos 8-10 adultos y les enseñábamos a leer y escribir. Así nos enamoramos y decidimos formar una familia misionera.

Teníamos la inquietud de comunicar a los demás ese tesoro que llevábamos dentro. No podíamos quedarnos

para nosotros ese amor que teníamos por Dios y entre nosotros mismos. Cuando nos casamos le pedíamos al Señor todos los días que nos bendijera con una vocación misionera en la familia. Empezamos a tener niños. Nuestra casa siempre ha estado abierta a los demás: acogimos a un muchacho porque sus padres se separaron; también a otro chico de un centro de menores, que a los 18 años tuvo que salir de allí. Visitando a un sobrino en el hospital infantil, había un chico a su lado, José Mari, un gitanillo de 10 años con la enfermedad de Hopkins, que vivía sus últimos días en el hospital, ya que su familia no podía hacerse cargo de él. Nuestra familia lo adoptó en guardia y custodia hasta su fallecimiento, viviendo con nosotros año y medio. Fue una maravilla. Dejó una experiencia muy misionera: teníamos que compartir, abrimos a los demás sin medida.

Uno de los secretos de nuestra familia es que siempre nos hemos reunido a rezar. Cada día se encargaba uno de nuestros hijos de organizar y dirigir la oración. Todos los días, después de cenar, nos sentábamos en el suelo y ahí llamábamos a Jesús para escucharlo y contarle nuestra vida. A nuestros hijos les hacía mucha ilusión leer un pasaje del Evangelio u otro libro que ellos elegían. En este momento tan importante para la familia aprovechábamos para comentar las vicisitudes de la familia y nos pedíamos perdón por nuestros fallos en las relaciones con unos y otros. Esta oración iba conformando un estilo de familia. Nos decíamos a nosotros mismos: «esta casa no es sólo nuestra», «esta familia no es sólo nuestra», es Dios quien nos las ha dado para compartirlas con todos.

Y el Señor nos hizo caso y un día nos llamaron por teléfono de una clínica de Valencia (no sé por qué nos llamaron a nosotros, no nos conocían de nada): «Oiga, mire, hay aquí un niño abandonado por sus padres, porque tiene Sí-



drome Down». Lo hablamos con nuestros hijos y todos dijeron «con nosotros». Fuimos a Valencia y con 28 días lo adoptamos. Fue, y ahora con sus 27 años sigue siéndolo, la alegría de la familia, una escuela de amor y de animación misionera.

A los 23 años, Miguel, nuestro segundo hijo, nos dijo que quería ser misionero, y entró a formar parte de los javerianos. Después de algunos años de estudio y preparación, fue ordenado sacerdote y ahora realiza su misión en Brasil. También nuestra hija María sintió una vocación misionera en la Comunidad ADSIS, y ahora está en Perú compartiendo su vida con los que más sufrieron las consecuencias del terremoto de 2007. Estos días tomó la opción definitiva de vida en Comunidad, ese hermoso «para siempre». Otros tres hijos están casados y ya tenemos cinco nietos.

Elementos básicos para la animación misionera en el ámbito familiar:

1. Formación misionera en los padres.
2. Contacto con misioneros. Este punto es importante, los misioneros tienen que ser puntos de referencia para la familia. Los hijos tienen que admirar, comprender y querer a estos misioneros. Es una tarea importante para todos los misioneros en su estancia en Europa.
3. La oración en familia. Familia que reza unida, permanece unida y es misionera.

Por experiencia, la oración en familia necesita:

- a) Iniciarse cuando los niños empiezan a entender el significado de los gestos, dos o tres años, siempre libre pero muy valorada y apreciada por la familia.
- b) Que los hijos sean los protagonistas, siempre apoyados por los padres.

c) Que a la oración se lleve la vida (el colegio, los juegos, las amistades...) y que la vida se impregne de la oración. Los hijos al crecer, igual que comen o respiran, tienen que contar con Dios como algo natural en sus vidas, Jesús es un miembro más de la familia.

d) Siempre con perspectiva misionera, universal, eclesial, comunitaria. Naturalmente estos conceptos tienen que vivirlos los padres, para ir explicitándolos poco a poco.

e) Por último, que sea constante, diaria, unas veces más corta y sencilla, otras más larga y profunda.

4. Se necesita el apoyo del colegio, con un ambiente de fe, de alegría en la misión.

5. Nosotros fuimos a lo largo de 27 años, todos los veranos a los Encuentros Misioneros de Silos (Burgos), de Cristianos Sin Fronteras, 10 ó 12 días de nuestras vacaciones, en tienda de campaña, conviviendo con familias y jóvenes de toda España, familiarizándonos con diversos misioneros, religiosas y sacerdotes que tanta influencia positiva han tenido en nuestros hijos.



Apéndices

Mi

I

Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2009

BENEDICTO XVI

*«Las naciones caminarán en su luz»
(Ap 21, 24)*

En este domingo dedicado a las misiones, me dirijo ante todo a vosotros, hermanos en el ministerio episcopal y sacerdotal, y también a vosotros, hermanos y hermanas de todo el pueblo de Dios, para exhortar a cada uno a reavivar en sí mismo la conciencia del mandato misionero de Cristo de hacer «discípulos a todos los pueblos» (Mt 28, 19), siguiendo los pasos de san Pablo, el Apóstol de las gentes.

«Las naciones caminarán en su luz» (Ap 21, 24). Objetivo de la misión de la Iglesia es, en efecto, iluminar con la luz del Evangelio a todos los pueblos en su camino histórico hacia Dios, para que en Él tengan su realización plena y su cumplimiento. Debemos sentir el ansia y la pasión por iluminar a todos los pueblos, con la luz de Cristo, que brilla en el rostro de la Iglesia, para que todos se reúnan en la única familia humana, bajo la paternidad amorosa de Dios.

Es en esta perspectiva que los discípulos de Cristo dispersos por todo el mundo trabajan, se esfuerzan, gimen bajo el peso de los sufrimientos y donan la vida. Reafirmo con fuerza lo que ha sido varias veces dicho por mis vene-



rados Predecesores: la Iglesia no actúa para extender su poder o afirmar su dominio, sino para llevar a todos a Cristo, salvación del mundo. Nosotros no pedimos sino el ponernos al servicio de la humanidad, especialmente de aquella más sufriente y marginada, porque creemos que «el esfuerzo orientado al anuncio del Evangelio a los hombres de nuestro tiempo... es sin duda alguna un servicio que se presenta a la comunidad cristiana e incluso a toda la humanidad» (*Evangelii nuntiandi*, 1), la cual «está conociendo grandes conquistas, pero parece haber perdido el sentido de las realidades últimas y de la misma existencia» (*Redemptoris missio*, 2).

1. Todos los pueblos llamados a la salvación

La humanidad entera tiene la vocación radical de regresar a su fuente, que es Dios, el único en Quien encontrará su realización final mediante la restauración de todas las cosas en Cristo. La dispersión, la multiplicidad, el conflicto, la enemistad serán repacificadas y reconciliadas mediante la sangre de la Cruz, y reconducidas a la unidad.

El nuevo inicio ya comenzó con la resurrección y exaltación de Cristo, que atrae a sí a todas las cosas, las renueva, las hace partícipes del eterno gozo de Dios. El futuro de la nueva creación brilla ya en nuestro mundo y enciende, aunque en medio de contradicciones y sufrimientos, la esperanza de una vida nueva. La misión de la Iglesia es la de «contagiar» de esperanza a todos los pueblos. Para esto Cristo llama, justifica, santifica y envía a sus discípulos a anunciar el Reino de Dios, para que todas las naciones lleguen a ser pueblo de Dios. Es sólo al interno de dicha misión que se

comprende y autentifica el verdadero camino histórico de la humanidad. La misión universal debe convertirse en una constante fundamental de la vida de la Iglesia. *Anunciar el Evangelio debe ser para nosotros, como lo fue para el apóstol Pablo, un compromiso impostergable y primario.*

2. Iglesia peregrina

La Iglesia universal, sin confines y sin fronteras, se siente responsable del anuncio del Evangelio frente a pueblos enteros (cf. *Evangelii nuntiandi*, 53). Ella, germen de esperanza por vocación, debe continuar el servicio de Cristo al mundo. Su misión y su servicio no son a la medida de las necesidades materiales o incluso espirituales que se agotan en el cuadro de la existencia temporal, sino de una salvación trascendente, que se actúa en el Reino de Dios (cf. *Evangelii nuntiandi*, 27). Este Reino, aun siendo en su plenitud escatológico y no de este mundo (cf. *Jn* 18, 36), es también *en* este mundo y en su historia fuerza de justicia, de paz, de verdadera libertad y de respeto de la dignidad de cada hombre. La Iglesia busca transformar el mundo con la proclamación del Evangelio del amor, «que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar... y así llevar la luz de Dios al mundo» (*Deus caritas est*, 39). Es a esta misión y servicio que, con este Mensaje, llamo a participar a todos los miembros e instituciones de la Iglesia.

3. *Missio ad gentes*

De este modo, la misión de la Iglesia es la de llamar a todos los pueblos a la salvación operada por Dios a través



de su Hijo encarnado. Es necesario por lo tanto renovar el compromiso de anunciar el Evangelio, que es fermento de libertad y de progreso, de fraternidad, de unidad y de paz (cf. *Ad gentes*, 8). Deseo «confirmar una vez más que la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia» (*Evangelii nuntiandi*, 14), tarea y misión que los amplios y profundos cambios de la sociedad actual hacen cada vez más urgentes. Está en cuestión la salvación eterna de las personas, el fin y la realización misma de la historia humana y del universo. Animados e inspirados por el Apóstol de las gentes, debemos ser conscientes de que Dios tiene un pueblo numeroso en todas las ciudades recorridas también por los apóstoles de hoy (cf. *Hch* 18, 10). En efecto, «la promesa es para todos aquellos que son lejanos, para cuantos llamará el Señor nuestro Dios» (*Hch* 2, 39).

La Iglesia entera debe comprometerse en la *missio ad gentes*, hasta que la soberanía salvadora de Cristo no se realice plenamente: «Al presente no vemos que todas las cosas estén sometidas a Él» (*Hb* 2, 8).

4. Llamados a evangelizar también mediante el martirio

En esta Jornada dedicada a las misiones, recuerdo en la oración a quienes han hecho de su vida una exclusiva consagración al trabajo de evangelización. Una mención particular es para aquellas Iglesias locales, y para aquellos misioneros y misioneras que se encuentran testimoniando y difundiendo el Reino de Dios en situaciones de persecución, con formas de opresión que van desde la discriminación social hasta la cárcel, la tortura y la muerte. No son

pocos quienes actualmente son llevados a la muerte por causa de su «Nombre». Es aún de una actualidad tremenda lo que escribía mi venerado Predecesor, el Papa Juan Pablo II: «La memoria jubilar nos ha abierto un panorama sorprendente, mostrándonos nuestro tiempo particularmente rico en testigos que, de una manera u otra, han sabido vivir el Evangelio en situaciones de hostilidad y persecución, a menudo hasta dar su propia sangre como prueba suprema» (*Novo millennio ineunte*, 41).

La participación a la misión de Cristo, en efecto, marca también la vida de los anunciadores del Evangelio, para quienes está reservado el mismo destino de su Maestro. «Acordaos de la palabra que os he dicho: el siervo no es más que su señor. Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros» (*Jn* 15, 20). La Iglesia sigue el mismo camino y sufre la misma suerte de Cristo, porque no actúa según una lógica humana o contando con las razones de la fuerza, sino siguiendo la vía de la Cruz y haciéndose, en obediencia filial al Padre, testigo y compañera de viaje de esta humanidad.

A las Iglesias antiguas como a las de reciente fundación les recuerdo que han sido colocadas por el Señor como sal de la tierra y luz del mundo, llamadas a difundir a Cristo, Luz de las gentes, hasta los extremos confines de la tierra. La *missio ad gentes* debe constituir la prioridad de sus planes pastorales.

A las Obras Misionales Pontificias dirijo mi agradecimiento y mi aliento por el indispensable trabajo de animación, formación misionera y ayuda económica que aseguran a las jóvenes Iglesias. A través de estas Instituciones pontificias se realiza de modo admirable la comunión entre las Iglesias, con el intercambio de dones, en la solicitud mutua y en la común proyección misionera.



5. Conclusión

El empuje misionero ha sido siempre signo de vitalidad de nuestras Iglesias (cf. *Redemptionis missio*, 2). Es necesario, sin embargo, reafirmar que la evangelización es obra del Espíritu y que incluso antes de ser acción es testimonio e irradiación de la luz de Cristo (cf. *Redemptionis missio*, 26) por parte de la Iglesia local, que envía sus misioneros y misioneras para ir más allá de sus fronteras. Pido por lo tanto a todos los católicos que recen al Espíritu Santo para que aumente en la Iglesia la pasión por la misión de difundir el Reino de Dios, y que sostengan a los misioneros, las misioneras y las comunidades cristianas comprometidas en primera línea en esta misión, a veces en ambientes hostiles de persecución.

Al mismo tiempo invito a todos a dar un signo creíble de comunión entre las Iglesias, con una ayuda económica, especialmente en la fase de crisis que está atravesando la humanidad, para colocar a las Iglesias locales en condición de iluminar a las gentes con el Evangelio de la caridad.

Nos guíe en nuestra acción misionera la Virgen María, estrella de la Nueva Evangelización, que ha dado al mundo al Cristo, puesto como luz de las gentes, para que lleve la salvación «hasta los extremos de la tierra» (*Hch* 13, 47).

A todos mi Bendición.

Vaticano, 29 de junio de 2009

II

Reflexión pastoral sobre «Actualidad de la misión *ad gentes* en España»*

RAMÓN DEL HOYO LÓPEZ
Obispo de Jaén
Presidente de la Comisión Episcopal de Misiones
y Cooperación entre las Iglesias

Introducción

1. La misión, como sabemos, nace de la Trinidad. Tiene su inicio en el misterio trinitario, donde el Padre es fuente de todo envío o misión del Hijo y, junto con el Hijo, del envío del Espíritu Santo. El Padre manda al Hijo al mundo para «anunciar a los pobres la Buena Nueva... y proclamar un año de gracia del Señor» (*Lc* 4, 18-19; cf. *Is* 61, 1-2).

Jesús es el enviado, misionero por antonomasia, el cual, a su vez envía a los apóstoles: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura» (*Mc* 16, 15).

Los apóstoles, por su parte, mandan a otros discípulos a los cuatro puntos cardinales del imperio romano y del

* Conferencia de Clausura de la LXII Semana Española de Misionología, Burgos, 6-10 de julio de 2009.



mundo entonces conocido. Cada bautizado, en todas las épocas, ha sido llamado a ser testigo, iluminado por Cristo resucitado, de su Evangelio y a irradiarlo al mundo.

No hay por qué hablar de períodos de misión y períodos de inactividad misionera. La Iglesia siempre ha estado y estará en estado de misión.

Juan Pablo II afirmó, con mucho acierto, que «la misión está aún en sus comienzos»¹. También hoy el mundo ofrece nuevas y numerosas oportunidades para la misión y la realidad de muchas sociedades hace más urgente que nunca la misión, junto al testimonio de vida coherente en los bautizados².

2. Los obispos españoles, a la vista del Decreto *Ad gentes* del Concilio Vaticano II, sobre la actividad misionera de la Iglesia, consideraron necesario, después de años de estudio y reflexión, responder en el año 1979 con una Declaración de forma conjunta «a los interrogantes y urgencias de los hombres y pueblos de nuestro tiempo, convencidos de que el Evangelio del Señor Jesús sigue siendo útil y necesario para la vida del mundo». Ello exige, suscriben, «que la revitalización de nuestras Iglesias y de todas las instituciones eclesiales pase necesariamente por un mayor compromiso de todos en la empresa de la evangelización universal»³.

3. La Comisión Episcopal de Misiones y de Cooperación entre las Iglesias publicó, en estos años, otros documentos

¹ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 30.

² Así lo han comprobado las Iglesias del continente americano que están empeñadas, desde Aparecida, en una gran misión.

³ Introducción a la *Declaración de los Obispos españoles* de 19-24 de noviembre de 1979, *Responsabilidad misionera de la Iglesia española*, XXXII Asamblea Plenaria de la CEE.

de máximo interés en este campo de la misión⁴ y procuró estar siempre presente en la elaboración de los Planes Trienales de Acción Pastoral de la Conferencia Episcopal.

La llamada a la misión está siempre de actualidad y, después de treinta años, los obispos españoles eran muy conscientes de que se precisaba una reflexión conjunta, en este momento, como así lo indican en la Instrucción pastoral que presento ante ustedes⁵.

Fue, en realidad, en el Plan Trienal de Acción 2002-2005, cuando la Conferencia Episcopal Española propuso esta reflexión en los siguientes términos: «La nueva situación de la sociedad española abre nuevos horizontes y ámbitos a la misión *ad gentes* de la Iglesia en España. Se hace necesaria una reflexión teológico-pastoral sobre la responsabilidad misionera de nuestras comunidades cristianas para responder a los requerimientos de la prioridad del anuncio del Evangelio en los nuevos ámbitos de la misión y de la cooperación de las Iglesias jóvenes necesitadas de ayuda material y espiritual. Para ello se ve conveniente celebrar un Congreso Nacional de Misiones»⁶.

Los obispos españoles son muy conscientes, además, del Magisterio Pontificio reciente que, de forma clara y reiterativa, urge a las tareas de la evangelización y misión

⁴ Orientaciones pastorales sobre la *Formación misional en los Seminarios y Estudios Teológicos*, del año 1982 y sobre *Los laicos misioneros*, del año 1997.

⁵ «Como gesto de fidelidad al mandato del Señor y en continuidad con la solicitud de la Conferencia Episcopal Española, ofrecemos unos criterios para orientar nuestro compromiso misionero». Instrucción pastoral *Actualidad de la misión ad gentes en España*, de la CEE, XCII Asamblea Plenaria, 28 de noviembre de 2008, 17. En adelante citamos únicamente *Instrucción pastoral*.

⁶ *Acción pastoral de la Conferencia Episcopal Española 2002-2005*, 12.



para el desarrollo y puesta en práctica sobre todo del Decreto *Ad gentes* del Concilio Vaticano II y la Declaración *Nostra aetate*, del mismo⁷.

A estos propósitos responde, en la medida de lo posible, la reciente Instrucción pastoral de los obispos. Así lo ratifican cuando escriben en la misma: «Deseamos reafirmar nuestro compromiso con la misión universal de la Iglesia y sumarnos al deseo de Benedicto XVI que nos invita a reflexionar sobre la necesidad y urgencia de anunciar el Evangelio⁸, para, como san Pablo, manifestar “nuestra solicitud por todas las Iglesias” (2 *Cor* 11, 28)»⁹.

Escriben también que es desde su compromiso misionero, por lo que desean dirigirse «a las Iglesias particulares, a las comunidades eclesiales y a todos y cada uno de los cristianos, invitándoles a escuchar con fidelidad la llamada del mismo Jesucristo *Duc in altum* (*Lc* 5, 4). Esa mirada amplia y universal... nos estimula a remar mar adentro para pescar y para anunciar el Evangelio»¹⁰.

⁷ Por citar los más recientes de este siglo: en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, de 6 de enero de 2001, Su Santidad JUAN PABLO II, al marcarnos el programa de vida cristiana al iniciarse el tercer milenio, nos invitaba al compromiso personal y comunitario misionero, desde la esperanza, y a la contemplación del rostro de Cristo.

Debe darse también una singular importancia a la *Nota Doctrinal acerca de algunos aspectos de la Evangelización*, del 3 de diciembre de 2007, de la Congregación para la Doctrina de la Fe y aprobada por el Papa BENEDICTO XVI, en la que se aborda como tema central la legitimidad y la necesidad de la propuesta de la conversión a Cristo y a la fe católica, para dar respuesta a la confusión creciente de dejar inoperante el mandato misionero del Señor.

⁸ BENEDICTO XVI, *Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2008*.

⁹ Cf. Instrucción pastoral..., 3.

¹⁰ *Ibíd.* 6.

1. Antecedentes y motivaciones de la Instrucción

La Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias puso manos a la obra de inmediato a la encomienda de la Conferencia Episcopal, y comenzó los preparativos para la celebración de un Congreso de Misiones, que se celebraría en Burgos durante el mes de septiembre de 2003. Fue el primer paso fundamental que marcaría bastante su alcance y contenidos.

1.1. El Congreso Nacional de Misiones

La propia Instrucción pastoral califica al Congreso de «gran acontecimiento eclesial», y así lo fue de verdad. Algunos de ustedes lo recordarán seguramente.

Fue muy alentadora la respuesta de convocatoria por parte de las instituciones misioneras. De la relación final del Congreso podríamos destacar las siguientes propuestas que entrarían, de una u otra forma, en los contenidos de la Instrucción de los obispos que presento:

- Tener muy presente la consideración de los nuevos ámbitos de la acción misionera más allá de los territoriales.
- La necesidad de que la acción misionera se contemplara y estuviera presente en los planes de acción pastoral de las Iglesias diocesanas.
- La estima por la promoción de vocaciones misioneras *ad vitam*; su aceptación y apoyo en el seno de las familias y de las comunidades eclesiales como verdadero don.
- La búsqueda de soluciones a los problemas humanos y sociales de los misioneros.



- La necesidad de recuperar los estudios de Misionología en los Seminarios y Centros de Estudios Eclesiásticos.
- Se insistió, también, en la necesidad de seguir insertando el carisma de las Obras Misionales Pontificias en la pastoral de las diócesis, y se calificó como muy positivo el trabajo y apoyo mutuo de la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias, Obras Misionales Pontificias, de los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica.

1.2. El L aniversario de *Fidei donum*

Pío XII nos legó como testamento misionero –moría al año siguiente– esta Encíclica en un 21 de abril de 1957. Es cierto que contemplaba en la misma, sobre todo, la situación misionera de África, pero abordaba también los problemas generales del campo misionero. Significó entonces un importantísimo impulso en las diócesis para el envío de sacerdotes a la misión, llamados «*fidei donum*», con compromisos de servicio temporales. Otro tanto podríamos decir en cuanto al apoyo a la acción misionera por parte de organizaciones seculares.

Este aniversario no podía pasar en silencio y constituía una buena ocasión para fundamentar los propósitos del episcopado¹¹.

¹¹ También en el año 2008 se celebraba el 10º aniversario de la Instrucción de la Congregación para la Evangelización de los pueblos *Cooperatio missionalis*, del 1 de octubre de 1998. Trató de suscitar y coordinar la animación y cooperación misionera en los niveles diocesano, interdiocesano, nacional e internacional, desde la reflexión conjunta de los presidentes de las Comisiones Episcopales de Misiones, directores nacionales de las Obras Misionales Pontificias y representantes de las diversas instituciones misioneras. Era otro factor en manos de la Comisión Episcopal.

1.3. Conferencias Episcopales Europeas y Aparecida en Brasil

El reciente proceder de algunas Conferencias europeas que reflexionan y se plantean la realidad de la misión en sus Iglesias, con la publicación de Documentos sobre la urgencia y actualización de la misión *ad gentes* y compromisos pastorales a favor de una respuesta positiva, movió también a la Comisión Episcopal de Misiones, en su tarea emprendida, desde el conocimiento y estudio de sus contenidos¹².

Lógicamente, la Comisión Episcopal ha seguido también desde muy cerca y hasta se ha hecho presente en alguno de sus actos de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, inaugurada por Su Santidad Benedicto XVI el 13 de mayo de 2007, con el Documento final titulado *Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida*.

1.4. Año Jubilar Paulino

En medio del recorrido de estos trabajos, sorprendía gratamente a la Comisión Episcopal la dedicación de un Año Jubilar Especial dedicado al apóstol san Pablo con ocasión del bimilenario de su nacimiento, que acaba de clausurar Su Santidad Benedicto XVI. Los obispos de la Comisión consideran el hecho como providencial, por ser este apóstol verdadero icono y referencia para los llamados a la misión *ad gentes*, en todo tiempo y lugar.

¹² Así, la Conferencia Episcopal Italiana, con su publicación del 29 de junio de 2001; la Conferencia Episcopal Alemana, el 23 de septiembre de 2004, y la Conferencia Episcopal de Portugal, con el reciente compromiso de su Consejo Nacional celebrado en Fátima, 3-7 de septiembre de 2008.



2. Colaboraciones y génesis del documento

Sin duda que ha sido la *acción del Espíritu Santo* quien ha movido muchos corazones misioneros a través de las propuestas de los obispos que forman parte de la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias, a favor de los trabajos que tenían este único objetivo durante los dos últimos años: presentar ante la Asamblea Plenaria del Episcopado Español sus reflexiones sobre la actualidad de la misión *ad gentes* en España.

La Comisión formuló y propuso una serie de ideas, de forma muy esquemática, que partían fundamentalmente de las Conclusiones, como he dicho, del Congreso Nacional de Misiones de 2003, que se fueron vertebrando de forma progresiva, contando fundamentalmente con los siguientes apoyos:

2.1. El Consejo Nacional de Misiones

Integrado por personas muy preparadas y colaboradoras, como primer órgano asesor de la Comisión Episcopal, ha tenido en sus manos los sucesivos esquemas y desarrollos del Documento.

Sus aportaciones han sido decisivas en algunos momentos, en la elaboración del proyecto, y la Comisión siempre analizó con rigor y agradecimiento sus propuestas y sugerencias.

La rica y variada procedencia de sus componentes y sus compromisos a favor de la misión *ad gentes*, sus apoyos y

experiencia, han supuesto una gran riqueza y eficacia a favor de estos trabajos, que todos hemos de agradecer¹³.

2.2. Delegados diocesanos de Misiones

Todos ellos, incluidos los que forman parte del Consejo Nacional, han podido seguir y presentar sus propuestas a los diversos esquemas preparatorios del Documento final.

A través de ellos han estado informados, en todo momento, los obispos respectivos, e incluso estos estudios preparatorios han podido llegar también a los miembros de los Consejos diocesanos de misiones en las diócesis de España, desde la iniciativa de cada delegado.

2.3. Otras personas técnicas

Se ha contado también con la colaboración enriquecedora y muy eficaz de personas técnicas en Misionología, cuyos nombres omito, pero que son bien conocidos a nivel nacional y alguno no muy lejos de esta Facultad de Teología.

Los últimos pasos consistieron en el envío del proyecto, cuando la Comisión consideró ya definitivo al Comité Eje-

¹³ Además de los obispos de la Comisión, forman parte del Consejo: el director nacional de las OMP, dos miembros de la CONFER, el presidente del SCAM, el director general del IEME, el presidente de CALM, cuatro delegados diocesanos de Misiones, el presidente y el secretario de Manos Unidas, el presidente y coordinador de Cooperación internacional de Cáritas Española, el presidente general de AIN, el director del Fondo Nueva Evangelización, el secretario general de la Comisión Episcopal de Misiones, en representación de OCSHA.



cutivo de la Conferencia Episcopal Española, con el fin de conocer su parecer sobre la procedencia o no de, a través de la Secretaría General, presentar la propuesta a estudio de la Comisión Permanente, dado que este organismo es quien elabora y aprueba el orden del día para las Asambleas Plenarias de la Conferencia.

Fue este final el objetivo que se marcó desde el principio la Comisión Episcopal de Misiones, pero tenía que hacer el recorrido señalado anteriormente.

El Comité Ejecutivo contestó afirmativamente, a través del secretario general, aprobándose que pasara a estudio la propuesta ante la Comisión Permanente. Tuve el honor de hacer esta presentación ante sus miembros y, con breves observaciones, se aprobó que pasara la propuesta de Documento a estudio de la Asamblea Plenaria, por estimar que el proyecto estaba bien elaborado y era de gran interés para las Iglesias diocesanas en el momento presente.

El proyecto se remitió a todos los obispos, incluidos los eméritos, con un mes de antelación a las fechas de la Asamblea, como señala el Reglamento de la Conferencia. Ya en la Asamblea Plenaria fue presentado ante el Episcopado por el presidente de la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias.

Abierto el debate, fueron muy numerosas las aportaciones y matizaciones de los obispos, más de veinte, La Comisión Episcopal incorporó al Documento definitivo sus contenidos, y así se presentó a votación de la Plenaria dos días más tarde.

Se aprobó que el Documento tuviera el alcance de Instrucción pastoral, y asimismo se aprobaron sus contenidos por una muy amplia mayoría de los obispos presentes, con el agradecimiento a favor de la Comisión Episcopal de

Misiones y de las personas que habían intervenido en su elaboración¹⁴.

3. Estructura

Las personas que han seguido de cerca el proceso de elaboración de la presente Instrucción se habrán dado cuenta de que fue la Asamblea Plenaria de la Conferencia quien propuso a la Comisión Episcopal de Misiones su estructura final del Documento, como se aprobó, de hecho, con cuatro apartados, una introducción y conclusión¹⁵.

3.1. La Introducción

Hace referencia al compromiso misionero de la Iglesia, fiel al mandato misionero de Jesucristo, y que tiene su fuente en el amor eterno de la Santísima Trinidad.

Los obispos secundan el deseo del Pontífice actual, Benedicto XVI, al reafirmar su compromiso de reflexionar sobre la urgencia y necesidad de anunciar el Evangelio. Sus destinatarios son las Iglesias particulares de España, comunidades eclesiales y todos y cada uno de los cristianos.

3.2. Capítulo I. La misión en la Vida de la Iglesia

Desarrolla la Instrucción en cuatro números el dinamismo misionero de la Iglesia. En España, se destaca que ha

¹⁴ XCII ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, 28 de noviembre de 2008.

¹⁵ Se respetó el propósito inicial de la Comisión en el sentido de que fuera un Documento escueto, claro y de lectura fácil y ordenada.



sido bendecida por numerosas vocaciones misioneras a lo largo de la historia, sobre todo en los últimos siglos. También ahora, nuestra mirada agradecida, se extiende a los cerca de 17.000 misioneros repartidos en los cinco continentes. Son verdadero signo de vitalidad de las comunidades cristianas, en las que permanece siempre viva la llama de fuego misionero.

3.3. Capítulo II. Dimensión teológica de la misión

Se profundiza, también en cuatro números, sobre el misterio trinitario del que brota siempre la actividad misionera de la Iglesia.

Desarrolla la Instrucción, por separado, los fundamentos y dimensión cristológica, pneumatológica y eclesiológica de la misión, como respuesta al derecho de cada persona para conocer a Dios y creer en Él. La misión no es sólo fruto del mandato misionero de Jesús, sino la razón de ser de la Iglesia y del proyecto salvífico de Dios.

3.4. Capítulo III. Interpelaciones actuales de la misión

La Instrucción desciende hasta dar respuesta a diez cuestiones que demandan actualmente la justificación y necesidad de la irrenunciable acción misionera de la Iglesia, tanto en los ámbitos territoriales tradicionales, como ante las nuevas fronteras y ámbitos sociales y culturales.

La irrenunciable propuesta del anuncio de la salvación y del Reino de Dios no puede ni debe sustituirse nunca por la promoción humana, el diálogo interreligioso o el respeto a la conciencia de cada uno para vivir según sus propias creencias.

Se aborda también en este apartado la necesaria cooperación entre las Iglesias, la urgencia en suscitar y apoyar las vocaciones específicas para la misión, la importancia progresiva del laicado misionero, de los movimientos eclesiales y nuevas comunidades.

3.5. Capítulo IV. Ámbitos de responsabilidad misionera

Se nos recuerda y propone, en dos números, que ningún bautizado está exento de su compromiso misionero. Que algunos son llamados por vocación a la misión *ad gentes* de forma específica, pero que todos los bautizados han sido constituidos evangelizadores.

La Instrucción señala una serie de *sugerencias, trece en total*, para evitar que la responsabilidad misionera quede reducida a una mera cooperación económica, con ocasión de las jornadas misioneras u otras emergencias o proyectos puntuales¹⁶.

¹⁶ Como respuesta concreta a estas sugerencias de la Instrucción, la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias ha elaborado el Plan de Acción 2008-2011, con el fin de responder con acciones concretas a las sugerencias propuestas, en conexión también con el Plan de Acción del trienio anterior, con el de la Conferencia Episcopal Española para el quinquenio 2006-2010 y con las orientaciones procedentes, en todo tiempo, de la Sede Apostólica.



3.6. La Conclusión

Los obispos alaban y agradecen los abundantes gestos de solidaridad a favor de la misión; a quienes entregan su vida al servicio de la Iglesia, con tanta generosidad, e insisten en la necesidad de que la sensibilidad misionera se alimente siempre de una sólida formación.

Ponen, finalmente, a san Pablo, en el bimilenario de su nacimiento, como modelo de referencia para quienes son llamados a la misión, en otro apartado lo hacen también con san Francisco Javier.

4. Objetivos fundamentales

Juan Pablo II en su Carta encíclica *Redemptoris missio*, a los veinticinco años del Decreto Conciliar *Ad gentes*, dirigía esta llamada urgente a toda la Iglesia a favor de la Evangelización: «Debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio»¹⁷.

«La misión universal de la Iglesia –escribía en esta Carta el tan recordado Pontífice– nace de la fe en Jesucristo, tal como se expresa en la profesión trinitaria, como aparece en el Símbolo Constantinopolitano», y añadía que «debido a los cambios modernos y a la difusión de nuevas concepciones teológicas, algunos se preguntan: ¿es válida aún la misión entre los cristianos? ¿No ha sido sustituida quizás por el diálogo interreligioso? ¿No es un objetivo suficiente la promoción humana? El respeto de la conciencia y de la libertad, ¿no excluye toda propuesta de conver-

¹⁷ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 1.

sión? ¿No puede salvarse uno en cualquier religión? ¿Para qué, entonces, la misión?»¹⁸.

El Episcopado de España, muy consciente de los factores que afectan en este tiempo a la misión *ad gentes* y ante las nuevas situaciones que se manifiestan de diverso modo y en distintos niveles, como también advertía recientemente la Congregación para la Doctrina de la Fe en Nota doctrinal aprobada por Su Santidad Benedicto XVI el 3 de diciembre de 2007¹⁹, ha querido ayudar en su reflexión a los destinatarios de la presente Instrucción proporcionando respuestas a los interrogantes señalados y recordándoles «que el dinamismo misionero universal es capaz de revitalizar la pastoral ordinaria, pues esta quedaría adormecida o desnaturalizada en la medida en que redujera su horizonte o perspectiva al entorno más inmediato»²⁰.

Asimismo, a la luz de la Declaración *Dominus Iesus*, de la Congregación para la Doctrina de la Fe, los obispos españoles son también muy conscientes de la irrupción en la vida eclesial de *teorías relativistas* que propugnan como superadas «verdades tales como el carácter definitivo y completo de la redención de Jesucristo, la naturaleza de la fe cristiana con respecto a la creencia en las otras religiones, el carácter inspirado de los libros de la Sagrada Escritura, la unidad personal entre el Verbo eterno y Jesús de Nazaret, la unidad entre la economía del Verbo encarnado

¹⁸ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 1, 3 y 4.

¹⁹ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la Evangelización*, 3.

La Congregación se refiere a un grave fenómeno que afecta a la actividad evangelizadora, a saber, a una «*confusión creciente que induce a muchos a desatender y dejar inoperante*» el mandato misionero del Señor (n. 3).

²⁰ Instrucción pastoral..., 31.



y del Espíritu Santo, la unicidad y la universalidad salvífica del misterio de Jesucristo, la mediación salvífica universal de la Iglesia, la inseparabilidad –aun en la distinción– entre el Reino de Dios, el Reino de Cristo y la Iglesia, la subsistencia en la Iglesia católica de la única Iglesia de Cristo»²¹.

Ante estas realidades, los obispos, como primeros responsables de la pastoral, han querido advertir, una vez más, sobre el alcance de estos planteamientos y teorías, para reivindicar la primacía del primer anuncio desde el dinamismo que procede de la misión universal desplegado por la Trinidad, alimentar en sus justos cauces el impulso misionero y no reducir esta pastoral a la inmediatez de lo concreto²².

Los obispos, ante estas interpelaciones actuales de la misión, han pretendido con la presente Instrucción, sobre todo:

Por una parte, destacar la *dimensión teológica de la misión*, su dimensión trinitaria, cristológica, pneumatológica y eclesiológica²³, recordando a sus destinatarios y lectores que la actividad misionera de la Iglesia brota del misterio trinitario y que es respuesta al derecho de cada persona para conocer a Dios y creer en Él. No es sólo fruto del mandato y envío misionero de Jesucristo, sino la razón

²¹ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Declaración *Dominus Iesus*, 4.

²² Ya el Directorio General de la Catequesis advertía hace tiempo que «mientras crece en la actividad catequética una sensibilidad para formar a los fieles para el testimonio cristiano, el diálogo interreligioso y el compromiso cristiano, la educación en el sentido de la misión *ad gentes* es aún débil e inmadura. A menudo –concluye el Documento Pontificio– la catequesis ordinaria concede a las misiones una atención marginal y de carácter ocasional» (n. 5).

²³ Instrucción pastoral..., 20-28.

de ser de la Iglesia y del proyecto originario y salvífico de Dios²⁴. La misión acompaña a la humanidad entera bajo el dinamismo de la acción salvadora de Jesucristo y renovadora del Espíritu Santo.

Por otra, los obispos, en la presente Instrucción, analizan y descienden a *diez aspectos que estiman esenciales* y que demandan, a su entender, la necesidad de una irrenunciable acción concreta de la Iglesia, tanto en los tradicionales ámbitos territoriales como en las nuevas fronteras y ámbitos sociales y culturales.

Resulta imposible, como comprenderán, abordar todos estos ricos contenidos insertados en la Instrucción de forma bien organizada y ordenada. Su lectura reposada del Documento y darlo a conocer, como se está haciendo en varias diócesis y colectivos de fieles, debe ser el principal compromiso de la Comisión Episcopal, Consejo Nacional, delegados e instituciones misioneras. También ante este foro cuyo eco en sus sesenta y dos años de historia es sencillamente incalculable. Sólo Dios lo sabe.

5. Algunas cuestiones transversales en la Instrucción

Ante esta realidad que he señalado, van a permitirme que me centre, durante el tiempo que resta, en algunas

²⁴ *Ibíd.* Se lee en el Documento: «La Iglesia contempla a la humanidad, se siente enviada, en su nombre, a recorrer los caminos del mundo para ofrecer la reconciliación y la alianza acontecidas en la Pascua y Pentecostés. Bajo el dinamismo de la acción del Hijo y del Espíritu, la Iglesia existe a favor de la humanidad entera, en medio de los dramas que la acompañan a lo largo de los siglos».



cuestiones transversales de la Instrucción que los obispos han considerado esenciales. Son varios y de ricos contenidos,²⁵ por mi parte les ofrezco una breve reflexión sobre tres aspectos concretos:

5.1. Jesucristo, misionero del Padre

La tesis misionera del Vaticano II es muy clara: «La Iglesia peregrinante es, por su naturaleza misionera, puesto que tiene su origen en la misión del hijo y la misión del Espíritu Santo, según el plan de Dios Padre»²⁶. Todo arranca del amor del Padre, que nos enseña al Hijo, y este, encarnado, realiza la salvación universal que ha de ser anunciada y difundida hasta los últimos confines de la tierra, bajo la asistencia y guía del Espíritu Santo.

Escriben los obispos en su Instrucción pastoral que «Jesús es el primer misionero enviado por el Padre, ungido por el Espíritu santo realizó su ministerio en la tierra entregado al anuncio del Evangelio del reino, para que los hombres reconocieran el amor del Padre y vivieran la conversión como experiencia de filiación y de fraternidad. La filiación eterna se hace carne constante a favor de los otros, en los más necesitados y menesterosos, participando de los dramas de la historia humana»²⁷.

Leemos en san Juan que «nadie jamás ha visto a Dios. El Hijo único que es Dios y que está en el seno del Padre, nos lo ha dado a conocer» (*Jn* 1, 18). De hecho nadie ha visto a

²⁵ La temática que contempla el programa de esta LXII Semana Española de Misionología, tiene cabida, toda ella, en la Instrucción.

²⁶ CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad gentes*, 2.

²⁷ Instrucción pastoral, 22-23.

Dios, las visiones de los grandes iluminados de la historia de la religión, comentaba en una ocasión el entonces cardenal Ratzinger²⁸, han sido siempre desde lejos «en sombras y figuras» (*1 Cor* 13, 12). Sólo Dios se conoce del todo a sí mismo. Sólo Dios ve a Dios y, por eso, solamente el que es de Dios puede darnos noticia de Él, aunque las mismas palabras humanas nunca podrán abarcar el ser de Dios.

La diferencia entre lo que nos dice el Hijo, que estaba en el seno del Padre, y otras visiones lejanas de iluminados, es esencial y abismal. No es lo mismo ver a Dios, que acercarse desde lejos a Dios. Por eso sólo Jesús de Nazaret puede decir «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (*Jn* 14, 6). Otros podrán mostrar partes y sombras del camino, pero no ser la verdad, y menos aún, dar su vida.

Es en Jesucristo donde están insertados Dios y el hombre, el Infinito y lo finito, el Creador y la criatura. El hombre ha encontrado la posibilidad de traspasar en Cristo la distancia infinita entre el Creador y la criatura. Sólo Cristo es el puente sacerdotal que une su existencia con la de Dios, y esto a favor de toda la humanidad, no sólo de unos pocos.

Podrían determinados sectores tachar de arrogancia el que algunos digan poseer o haber alcanzado esta gran verdad por Jesucristo, pero no sería menos arrogancia decir, de contrario, que Dios no puede revelar la verdad, o ¿es que Dios nos quiere a todos ciegos, o por el contrario con ojos de fe, para ver? ¿Es que el Hijo de Dios hecho carne no puede descubrirnos el amor de Dios Padre y revelarnos la verdad y camino que conduce a la Vida?

²⁸ BENEDICTO XVI, *Todo lo que el cardenal Ratzinger dijo en España*. EDICE 2005, p. 158.



Más arrogancia sería incluso apropiarnos como nuestra la verdad que es Dios y ocupar el lugar de Dios. Lo que importa es llegar a este conocimiento que nunca termina y considerarlo como un regalo sin mérito nuestro, para comunicarlo gratuitamente, como gratuitamente ha llegado a nosotros; reconocernos mensajeros que no se anuncian a sí mismos, sino que hablan con respeto a todos de lo que no es suyo sino de lo que proviene de Dios y hacerlo siempre en nombre de Jesucristo, primer misionero del Padre.

En varios textos de las Encíclicas misioneras de los Pontífices Pablo VI y Juan Pablo II, recordando las enseñanzas del Concilio Vaticano II en el Decreto *Ad gentes*, podemos leer que Jesucristo «Evangelio de Dios ha sido el primero y el más grande evangelizador»²⁹; que no puede entenderse la misión si no es con referencia a Cristo, en cuanto enviado a predicar³⁰, y que el testimonio, primera forma de realizar la misión, ha sido protagonizado por Cristo a cuyo testimonio se asocia el misionero³¹. El Espíritu Santo nos hace cada vez más semejantes a Cristo, a fin de que en el testimonio que demos reflejemos la imagen del Señor».

— Jesucristo no sólo es el primer misionero, imitado luego por nosotros como enviados suyos, sino que Él *está siempre presente en la misión de la Iglesia* que continúa desarrollando su misión en el curso de la historia. Él se hace presente, como único autor de la salvación, por su Palabra y sacramentos, especialmente por su presencia eucarística, en toda la actividad misionera de la Iglesia³².

²⁹ Cf. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad gentes*, 1.

³⁰ Cf. PABLO VI, Carta Encíclica *Evangelii Nuntiandi*, 7.

³¹ Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptoris missio*, 88 y 42.

³² Cf. *Ibid.*, 87 y 69.

No se trata de una mera sucesión histórica, sino de una colaboración real del Cristo realmente presente con su poder resucitado³³.

La misión no es por tanto únicamente obediencia al mandato de Jesucristo, sino el dinamismo y la vida que Jesucristo infunde en sus miembros.

Juan Pablo II relacionaba la misión universal con la fe en Cristo, con estas preciosas palabras: «Nace la fe en Jesucristo (*Rom* 4), por lo que los fieles al colaborar en la obra de la salvación viven profundamente el mandato de Cristo: caminan con Él. Desde esta unión se hacen también partícipes con Cristo de la unión que existe entre el Padre y el Hijo (*Rom* 23)»³⁴.

– En la Encíclica de Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, encontramos estas palabras: «No hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el ministerio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios»³⁵.

En *Redemptoris missio*, Juan Pablo II completa la enseñanza anterior al decirnos que en la revelación de Jesucristo se incluye la autorrevelación de Dios que es «el motivo fundamental por el cual la Iglesia es misionera por naturaleza»³⁶.

Jesucristo no sólo revela el misterio de Dios amor, sino que nos dona su vida divina. Esto es lo que anuncia

³³ Cf. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad gentes*, 9; JUAN PABLO II, Carta encíclica, *Redemptoris missio*, 23.

³⁴ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 4, 27.

³⁵ PABLO VI, o.c. 22. Los obispos citan en su Instrucción pastoral un texto, en este sentido, de la declaración *Dominus Iesus*, n. 23.

³⁶ JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptoris missio*, 5.



y transmite la Iglesia: la vida traída por Cristo. El regalo descubierto del amor de Dios, en Cristo, que tiende su mano salvadora a la humanidad es nuestro estímulo y razón para contribuir a que en todos los confines de la tierra se contemple la salvación de Dios. (Cf. *Is* 52, 10; *Sal* 98, 3).

5.2. La Iglesia es misionera; diversas situaciones

La Iglesia anuncia en todo tiempo lo que ha oído, lo que ha visto, lo que ha palpado del Verbo de la Vida que se hizo carne para colmar el gozo y acrecentar la comunión (cf. *I Jn* 1-4). Es manifestación que prolonga la auto-comunicación de Dios.

Nos recuerda la Instrucción del Episcopado que la Iglesia es misionera desde su nacimiento y que el mandato misionero del Señor resucitado a sus discípulos permanece. Desde sus orígenes y nacimiento la Iglesia ha sido fiel a la tarea encomendada de ir a todos los pueblos (cf. *Mt* 28, 19) para dar testimonio «hasta los confines del mundo» (*Hch* 1, 8).

Escriben los obispos que la misión de la Iglesia no es más que el servicio a la misión que Dios realiza en la historia por el Hijo y el Espíritu³⁷. La Iglesia está llamada a salir de sí misma en un movimiento incesante hacia el mundo, escriben los obispos, para ser signo, instrumento, presencia del amor y de la salvación de Dios³⁸.

³⁷ Instrucción pastoral..., 21.

³⁸ *Ibíd.*, 27.

El Decreto conciliar del Vaticano II *Ad gentes* ya en su primer párrafo define a la Iglesia como «sacramento de salvación»³⁹.

Pablo VI afirmaría de forma concisa que «evangelizar constituye la dicha y vocación propias de la Iglesia, su identidad más profunda»⁴⁰.

Juan Pablo II diría: «El mandato de Cristo no es algo contingente y externo sino que alcanza al corazón mismo de la Iglesia»⁴¹.

En la Nota doctrinal de la Congregación para la Doctrina de la Fe podemos leer: «Mediante la Iglesia (Jesucristo) quiere llegar a cada época de la historia, a cada lugar de la tierra y a cada ámbito de la sociedad; quiere llegar a cada persona, para que todos sean un solo rebaño con un solo pastor (cf. *Jn* 10, 16)... Al comienzo del tercer milenio resuena en el mundo la invitación que Pedro, junto con su hermano Andrés y con los primeros discípulos, escuchó de Jesús: ‘Rema mar adentro y echad vuestras redes para pescar’ (*Lc* 5, 4)»⁴².

Todo cristiano, por tanto toda comunidad, no como un añadido opcional, sino por su mismo ser, es por eso misionero en una Iglesia que es misionera. El amor de Cristo que murió por todos, escribiría san Pablo, nos apremia a recorrer el camino del servicio evangelizador (cf. *2 Cor* 5, 14-15).

³⁹ CONCILIO VATICANO II, *Ad gentes*, 1; cf. *ibíd.*, 2 y 6.

⁴⁰ PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, 14.

⁴¹ JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*, 61.

⁴² Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la Evangelización. Congregación para la Doctrina de la Fe, 3 de diciembre de 2007, 1.



Afirmar, sin embargo, que toda la Iglesia es misionera, no excluye una misión específica *ad gentes* en su seno y desde su dinamismo.

Los obispos, en la Instrucción, al referirse a los *confines de la pastoral misionera y a las nuevas fronteras de la misión ad gentes*, tienen sumo interés por destacar esta verdad⁴³, apoyados en las enseñanzas del Concilio Vaticano II⁴⁴ y en las Encíclicas de Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*⁴⁵ y *Redemptoris missio*, de Juan Pablo II⁴⁶. Distinguen muy claramente, dentro de la misma acción de la Iglesia tres situaciones diferentes que responden y modelan su misión, según las circunstancias en que se desarrolla.

Una primera situación, que se denomina *atención pastoral a los fieles*, tendría los siguientes rasgos: una estructura eclesial suficientemente sólida en su organización y pastoral, con predicación de la Palabra, celebración de los sacramentos y ejercicio de la caridad, de forma organizada; la iniciación cristiana seguiría unos cauces habituales; apertura a ser evangelizada y entrega a favor de la evangelización; disponer de ministros para los servicios básicos de la vida y misión de la Iglesia...

Podrían ser Iglesias en que nosotros vivimos, aunque aparezcan en ellas, también, las otras situaciones a que nos referimos seguidamente.

Otra situación sería la que encontramos tanto en países de antigua cristiandad como también en Iglesias jóvenes, en que grupos numerosos de bautizados han perdido el

⁴³ Instrucción pastoral..., 41-44.

⁴⁴ Cf. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad gentes*, 13-14.

⁴⁵ PABLO VI, Carta encíclica *Evangelii nuntiandi*.

⁴⁶ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 33.

sentido de la fe y no se reconocen como bautizados y miembros de la Iglesia. Aparecen de hecho alejados del Evangelio de Jesucristo y necesitan de una *nueva evangelización*⁴⁷.

La gran misión continental de América que tiene su origen en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, celebrada en Aparecida, Brasil, en mayo de 2007, tiene estas características⁴⁸.

Juan Pablo II hace referencia a la nueva evangelización, en la Encíclica *Redemptoris missio*, hasta en doce ocasiones. Su semejanza con la misión *ad gentes* es evidente, pero nunca deberá confundirse con esta situación que es distinta y que llamamos misión *ad gentes*: sus destinatarios son «los pueblos o grupos humanos que todavía no creen en Cristo», «los que están alejados de Cristo» y entre los cuales la Iglesia «no ha arraigado todavía», su cultura no ha sido informada todavía por el Evangelio.

Según las mismas palabras que aparecen en la Encíclica de Juan Pablo II, «se caracteriza como tarea de anunciar a Cristo y a su Evangelio, de edificar la Iglesia local, de promover los valores del Reino. La peculiaridad de esta misión *ad gentes* está en el hecho de que se dirige a los cristianos»⁴⁹.

⁴⁷ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 33.

⁴⁸ La expresión «*nueva evangelización*» fue pronunciada inicialmente por Juan Pablo II en el contexto del V Centenario del comienzo de la evangelización de América. Se refería a la necesidad de actualizar la primera evangelización en aquellas tierras. Esta necesidad de la nueva evangelización en muchas situaciones reales de las Iglesias es compartida por todos. La frase referida a América luego se ha trasladado a Europa y a otros continentes.

⁴⁹ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 34.



En esta misma Carta encíclica, al referirse Juan Pablo II a las *diferencias* entre misión *ad gentes* y *nueva evangelización*, escribe que «no parece justo equiparar la situación de un pueblo que no ha conocido nunca a Jesucristo con la de otro que lo ha conocido, lo ha aceptado y después lo ha rechazado, aunque haya seguido viviendo en una cultura que ha asimilado en gran parte los principios y valores evangélicos. Con respecto a la fe son dos situaciones sustancialmente distintas»⁵⁰. No deben confundirse.

Sin la misión *ad gentes*, la Iglesia recortaría su dimensión misionera. Detenernos sólo los bautizados en la primera o en la segunda situación desprotegería y descuidaría, vaciaría de contenido, el mandato misionero del Señor.

Apoyados los obispos españoles en las reflexiones y enseñanzas de Juan Pablo II en los textos aludidos de la Encíclica *Redemptoris missio*, como también en la Exhortación apostólica *Ecclesia in Europa*⁵¹, afirman en la Instrucción que debemos tener muy presentes estas distintas situaciones que se dan en nuestras Iglesias debido al «proceso de globalización, el largo e intenso proceso de secularización de nuestra sociedad, las nuevas tecnologías de la comunicación, las oleadas de inmigración y emigración... en que se han desplazado las fronteras de la misión *ad gentes* en su comprensión tradicional... lo que nos obliga a tomar conciencia de que la misión *ad extra*, tal como se entendía anteriormente, debe ser conjugada y articulada con esta urgencia que algunos llaman misión *ad intra*»⁵².

⁵⁰ *Ibíd.*, 37a.

⁵¹ JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Ecclesia in Europa*, 46 y 57.

⁵² Instrucción pastoral..., 43.

La expresión de que la «misión está aquí» debe entenderse únicamente en el sentido de que también la misión *ad gentes* tiene cabida, últimamente sobre todo, en nuestros propios territorios, pues existen en su interior ámbitos sociales y culturales suficientemente amplios como para que se precise en ellos una auténtica misión *ad gentes*. A ello habría que añadir, además, la presencia de miembros de otras religiones en nuestro entorno. Son las nuevas fronteras «nuevos areópagos» que se abren a la misión y al diálogo interreligioso desde una clara conciencia misionera y ecuménica, pero nuestra mirada debe llegar a todos los pueblos también.

5.3. Perfil evangélico del misionero

El prototipo de misión y misionero queda claramente diseñado en la forma de proceder de los Doce y de la Iglesia primitiva. El envío incluía la disposición para el martirio, y olvidarse de sí mismo por amor a la verdad y al prójimo. La verdad no tiene ninguna otra verdad que a sí misma, y el amor la entrega hasta el martirio. Por la verdad que han hecho suya, el misionero y misionera, dejan todo lo demás y, por comunicarla pierden todo pero se encuentran a sí mismos. Es grano de trigo que muere pero da fruto abundante. Quien encuentra el amor, transmite ese regalo a los demás.

Con este proceder no se coacciona a nadie, no se destruye la identidad de nadie, no se destroza culturas sino que las eleva y libera para que puedan enriquecerse más. Es como una obligación, la que hizo que exclamara S. Pablo «¡Pobre de mí si no anuncio el Evangelio!» (*1 Cor* 9, 16). Jeremías sintió en su interior un fuego devorador



para hablar en nombre de Dios, fuerza a la que no se podía resistir (cf. *Jer* 20, 9).

La parábola del siervo inútil o cobarde que escondió el dinero por miedo a su amo, para poder devolverlo entero en lugar de traficar con él y multiplicarlo como hicieron los demás, goza de plena actualidad (cf. *Mt* 25, 14-30). El tesoro de la verdad, de la fe, que se nos ha regalado y puesto en nuestras manos, debe transmitirse a otros con generosidad y audacia, para que penetre y renueve la humanidad como hace la levadura (*Mt* 13, 33).

Los obispos hacen suyas, en la Instrucción⁵³ que presentamos, las palabras del Pontífice Juan Pablo II, sobre el misionero que necesita hoy la Iglesia: hombre de las Bienaventuranzas; los caminos de la misión son la pobreza, mansedumbre, deseo de justicia y de paz, caridad, «viviendo las Bienaventuranzas el misionero experimenta y demuestra, concretamente que el reino de Dios ya ha venido y que él lo ha acogido. La característica de toda vida misionera auténtica es la alegría interior, que viene de la fe. En un mundo angustiado y oprimido por tantos problemas, que tiende al pesimismo, el anunciador de la «Buena Nueva» ha de ser un hombre que ha encontrado en Cristo la verdadera esperanza»⁵⁴.

Más de uno podemos estar ocupados en enterrar el tesoro por cobardía, por pereza, por no entender el amor que Dios nos tiene o no alcanzar a contemplar los confines de la tierra adonde no se ha ofrecido aún el Evangelio.

El mensajero ha de *ser creíble* por su vida, por sus obras, por su testimonio, ser apóstol desde el corazón. El

⁵³ Instrucción pastoral..., 18.

⁵⁴ Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptoris missio*, 91.

testigo encarna y vive en sí mismo el contenido del anuncio, lo vive en todas las horas del día y es testigo de Cristo en sus ojos, en sus labios, en su corazón. No es un funcionario que vende o propone un producto, o hace propaganda de sus sentimientos religiosos; debe ser profeta de Jesucristo; con Él vive una entrega total y absoluta por los demás, sin fronteras.

El misionero se forja junto al fuego del amor eucarístico, en la presencia de Jesús resucitado. Sólo el pletórico de ese amor es capaz de salir de sí, para comunicar ese amor. No basta la visión humana de la realidad, debe percibir la presencia misteriosa de Dios que le invita a caminar más allá de lo humanamente aconsejable. Sus criterios y proyectos no son de este mundo, son de Jesucristo y los emprenden juntos llevando el Señor la iniciativa.

Se puede aplicar al misionero la frase de Tertuliano, quien decía del cristiano, en el siglo II, que «cristiano no se nace, sino que se llega a ser».

No basta conocer el cristianismo, sino que el discípulo de Cristo debe encontrar la vida verdadera, la verdad, el camino de esa vida, ser cada vez más «discípulo de Jesucristo», como se han marcado en Aparecida: «Nuevos sujetos en los que Jesucristo sea protagonista».

Es el abrazo con Cristo el que desata un dinamismo de estupor por uno mismo y por los demás, lo que transforma al discípulo y determina nuevos compromisos con la realidad. Como nos ha recordado el Papa Benedicto XVI, «la verdadera originalidad del Nuevo Testamento no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma de Cristo, que da carne y sangre en los conceptos: un realismo inaudito»⁵⁵.

⁵⁵ BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus Caritas est*, 12.



Por eso el misionero necesita, es imprescindible para su camino, estar plenamente imbuido de la experiencia personal del acontecimiento cristiano de la salvación en su plenitud, sin versiones reducibles o condescendientes que colapsarían su verdadera fuerza. No cabe hablar de misión *ad gentes* sin preguntarnos por el sujeto que la llevará a cabo. Sería ilusorio y fracaso, seguro en muchos casos, darlo por supuesto.

Por ello es muy comprensible que la Iglesia haya puesto especial empeño en la *formación de los misioneros*. Mucho habría que escribir sobre ello. Debemos dejar al menos muy claro que no se puede emprender la tarea misionera sin una adecuada formación específica y una sólida preparación que se extienda a todos los aspectos de su vida y actividad⁵⁶.

En el Documento conclusivo de Aparecida, Brasil, aparece una clara respuesta a la pregunta que Nicodemo formuló a Jesucristo: «¿cómo puede ser eso?» (*Jn* 3, 4), aplicada al misionero. Se responde a esta pregunta fundamental que «el itinerario formativo del seguidor de Jesús hunde sus raíces en la naturaleza dinámica de la persona y en la invitación personal de Jesucristo, que llama a los suyos por su nombre y estos lo siguen porque conocen su voz. El Señor despertaba las aspiraciones profundas de sus discípulos y los atraía a sí, llenos de asombro. El seguimiento es fruto de una fascinación que responde al deseo de realización humana, al deseo de vida plena. El discípulo es alguien apasionado por Cristo a quien conoce como el maestro que lo conduce y acompaña»⁵⁷.

⁵⁶ Cf. JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 23, 24, 42, 54, 63, 68, 76, 91.

⁵⁷ *Aparecida*, n. 277- V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Brasil.

El misionero, como verdadero discípulo, nace del encuentro personal con Jesucristo. Es suficiente leer los Evangelios o los escritos apostólicos para comprobar cómo el dinamismo del encuentro personal con Jesucristo es la raíz y motivo de este despertar⁵⁸. No existe otra condición previa que dejarse tocar, sanar, mirar, abrazar por su presencia.

Es reconocer en nuestra vida la presencia de Jesucristo, seguirlo y comunicarlo. Aquellos primeros discípulos que encontraron a Jesús quedaron fascinados y hasta llenos de estupor, de cómo los trataba, de cómo los quería, de cómo actuaba con todos.

Todo comenzó con una pregunta a Juan y Andrés: «¿Qué buscáis?». A la que siguió la invitación de vivir una experiencia: «Venid y lo veréis» (*Jn* 1, 39). Esta narración permanecerá para siempre en la historia como la mejor síntesis y método de formación, de transformación misionera.

Conclusión

La luz no puede quedar escondida bajo el celemín: Andrés lo anuncia a su hermano Simón: «Hemos encontrado al Mesías, al Cristo» (*Jn* 1, 41) y lo lleva donde Jesús. Felipe, ganado para la causa de Jesús, lo comunica a Natanael: «Ese de quien escribió Moisés en la ley, y también los profetas, lo hemos encontrado: Jesús de Nazaret». Le responde Natanael: «¿De Nazaret puede haber cosa buena?», le dice Felipe: «Ven y lo verás» (*Jn* 1, 45-46).

⁵⁸ Cf. *Mt* 9, 1-7; 9, 9; 9, 18-26; 9, 27-31; 9, 32-34; 19, 16-22; *Lc* 1, 11-17; *Lc* 7, 1-10; *Jn* 1, 35-51; *Jn* 3, 1-11; *Jn* 4, 1-42; *Hch* 9, 1-19.



Y Saulo en Damasco: «En seguida se puso a predicar a Jesús en las sinagogas: que Él era el Hijo de Dios» (*Hch* 9, 20).

Ser misionero es escuchar y conocer la voz de Cristo, seguirle y anunciarle.

Los obispos, en su reciente Instrucción pastoral haciéndose eco de las palabras de Juan Pablo II, ven el amanecer de una nueva época misionera en sus Iglesias, para responder con generosidad y santidad a las solicitudes y desafíos de nuestro tiempo⁵⁹.

De ellos y sus Iglesias, de todos nosotros y, sobre todo, de nuestra docilidad a la voz del Espíritu y seguimiento incondicional a Jesucristo depende. Sí podríamos comprometernos los aquí reunidos a conocer y dar a conocer el Documento que acabo de presentar ante Uds.

⁵⁹ Cf. JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 92.

III

La misión *ad gentes*: dinamismo de la acción pastoral*

AMADEO RODRÍGUEZ MAGRO
Obispo de Plasencia

1. Algunas precisiones sobre el título y el contenido de esta ponencia

1.1. En el esquema evangelizador de *Redemptoris missio*

Estoy convencido de que ante este auditorio es inútil definir la misión *ad gentes*. Todos ustedes, por una razón o por otra, llevan la misión «en la sangre», no sólo en la sangre por la que corre su espiritualidad misionera; muchos llevan también en su cuerpo las marcas físicas de la misión. Mi homenaje a todos.

Pero me van a permitir que refresque su memoria con un esquema, que se ha convertido en lugar común en esta materia, y que considero imprescindible para situar nuestro argumento. Me refiero al número 33 de *Redemptoris missio*. En él se recogen tres situaciones posibles en la actual

* Conferencia inaugural de la LXII Semana Española de Misionología, Burgos, 6-10 de julio de 2009.



tarea evangelizadora de la Iglesia: *La primera* se caracteriza porque se hace donde no se conoce el Evangelio y, por tanto, no ha habido *plantatio Ecclesiae*, lo que hace que se necesite misión *ad gentes*: «pueblos, grupos humanos, contextos socioculturales donde Cristo y su Evangelio no son conocidos, o donde faltan comunidades cristianas suficientemente maduras como para poder encarnar la fe en el propio ambiente y anunciarla a otros grupos». Una segunda situación es aquella en la que existen «adecuadas y sólidas estructuras eclesiales», así como un fervor de fe y de vida; allí se desarrolla la actividad o atención pastoral de la Iglesia. Y *una tercera situación* intermedia necesita de una nueva evangelización o reevangelización y se da, sobre todo, en países de antigua cristiandad y a veces también en Iglesias más jóvenes, donde grupos enteros de bautizados han perdido el sentido vivo de la fe o incluso no se reconocen ya como miembros de la Iglesia, llevando una existencia alejada de Cristo y de su Evangelio.

1.2. Nuevas situaciones para una pastoral misionera

Se establece en este esquema una evidente distinción entre misión *ad gentes* y otras circunstancias en la misión¹. Pero también se subraya que los confines entre una pastoral dirigida a los fieles y la actividad misionera específica no son muy perceptibles; y, por tanto, que no se han de crear barreras entre ellos. Al contrario, se ha de buscar una real interdependencia entre las diversas actividades salvíficas de la Iglesia; cada una influye en la otra, la estimula y la ayuda.

¹ Cf. RM 32.

La situación descrita pone también de relieve que es necesario tomar conciencia clara de la naturaleza misionera de toda la Iglesia, y de que la misión *ad gentes* es su expresión privilegiada². Justificar esta prioridad de la misión *ad gentes* y reconocer su influjo en la pastoral es lo que pretendo en mi exposición: la misión *ad gentes*, dinamismo de la acción pastoral.

Para apreciar esa relación dinamizadora es necesario que a lo largo de esta intervención tengan en cuenta no sólo el horizonte en el que ustedes de mueven habitualmente, la misión universal; sino también el de la Iglesia en la que nació su vocación misionera y de la que recibieron el envío. Piensen en sus diócesis y, en ellas, en sus parroquias, pequeñas o grandes, rurales o urbanas; y sitúen la misión en su pastoral ordinaria. Es en cada una de sus Iglesias de origen donde les invito a situar el título del capítulo siguiente, porque es en ellas donde se mantiene viva la llamada a la misión, donde se recibe el impulso apostólico y, por tanto, desde donde se hace el envío misionero.

2. La misión *ad gentes* y su valor fundante y fecundante para la pastoral ordinaria

2.1. En el origen de la misión

Al hablar del carácter fundante de la misión *ad gentes*, hay que remontarse necesariamente a su propio origen; sólo en él la misión se identifica a sí misma. Y cuando

² Cf. *Ad gentes*, 5-6.



hablo de su origen me refiero a su fuente originaria: al amor eterno de la Trinidad Santísima. Así lo recuerda el Concilio Vaticano II: «La Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre». Y añade: «Este designio dimana del «amor fontal» o caridad de Dios Padre, que siendo principio sin principio, engendra al Hijo, y a través del Hijo procede el Espíritu Santo»³. Por tanto, la actividad de la Iglesia procede de la misión del Dios Trinitario. Podemos decir que el misterio de comunión de la Trinidad es origen, modelo y meta de la misión. «La tarea de la Iglesia consiste en comunicar incesantemente este amor divino, gracias a la acción vivificante del Espíritu Santo»⁴.

Pues bien, si ese es el origen, el horizonte de la misión de la Iglesia desde sus primeros pasos es el mundo entero; es decir, es abrir caminos para que el anuncio del Evangelio llegue a todas las gentes. «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»⁵. La expresión esencial de la misión a lo largo de toda la historia de la Iglesia es la *missio ad gentes*. La Iglesia tuvo siempre conciencia de que existe para evangelizar⁶, para «llevar la buena nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad»⁷.

³ *Ad gentes*, 2.

⁴ BENEDICTO XVI, *Discurso en el XL aniversario de Ad gentes*.

⁵ *Mt* 28, 19.

⁶ *EN* 29.

⁷ *EN* 18.

2.2. La Iglesia es misión en acto

Por eso, desde sus orígenes, la Iglesia ha consagrado sus esfuerzos a la evangelización del mundo entero. Impresiona la urgencia de Pablo de Tarso en el anuncio del Evangelio: «Predicar el Evangelio no es para mí un motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. ¡Ay de mí si no evangelizara!». Y urgencia que ya es universal: Pablo muestra su «solicitud por todas las Iglesias»⁸. En efecto, desde su origen, la Iglesia es misión en acto. «En cada momento de su historia subsiste esa fundamental existencia misionera; pues, si en algún momento no se diese ese anuncio de Jesucristo, la comunicación de la fe de hombre a hombre, en ese momento la Iglesia dejaría de existir como sujeto histórico»⁹. La Iglesia no ha abandonado jamás la misión *ad gentes* por mucho que haya tenido fases de mayor lentitud, y haya pasado por dificultades encontradas en el marco antropológico, cultural, social y religioso de la humanidad¹⁰.

2.3. La misión universal sigue en sus inicios

También hoy la misión *ad gentes* se ha de convertir en expresión e impulso de una Iglesia que asume el reto permanente de la evangelización. «Sin la misión *ad gentes*, la misma dimensión misionera de la Iglesia estaría privada de su significado fundamental y de su actuación ejemplar»¹¹. Esta afirmación de *Redemptoris missio* es la base de mi

⁸ 2 Cor 11, 28.

⁹ SEVERINO DIANICH, *Chissa in missione*, p. 172.

¹⁰ Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso en el XL aniversario de Ad gentes*.

¹¹ RM 34.



argumento: hay que actualizar el compromiso de la misión *ad gentes* en su formato originario y en sus claves fundamentales para que siga siendo ejemplar, horizonte y paradigma, en la vida de la Iglesia de nuestro tiempo. Y ha de hacerse, además, con la convicción de que la misión universal sigue en sus inicios. Como recuerda *Ecclesia in Europa*: «Hoy más que nunca se necesita una conciencia misionera en todo cristiano, comenzando por los obispos, presbíteros, diáconos, consagrados y laicos. ¡Iglesia en Europa recobra el entusiasmo del anuncio! Que el anuncio de Jesús sea tu honra y tu razón de ser»¹².

2.4. Hacia una nueva calidad misionera

Es necesario, por tanto, que haya una nueva y creativa llamada a la misión universal por parte de nuestras Iglesias; pues si esta se apaga, se debilita e incluso puede morir el dinamismo misionero. El momento actual pide una nueva calidad misionera en la que se fortalezca el impulso apostólico del anuncio de Jesucristo *ad gentes*. En efecto, en un mundo global, en el que quizás haya caído el mito de la lejanía geográfica, tiene que renacer el deseo profundo de sentir y estar en toda criatura. El envío de Jesús tiene que renovar su horizonte en la globalidad del mundo.

El Siervo de Dios Juan Pablo II, en *Ecclesia in Europa*, animaba especialmente a cultivar entre nosotros, en nuestras Iglesias, la misión *ad gentes* en sus horizontes universales. Decía él que «la misión *ad gentes* se convierte en expresión de una Iglesia forjada por el Evangelio de la esperanza, que se renueva y rejuvenece continuamente». Y

¹² *E in E* 44-55.

recordaba que «esta ha sido la convicción de la Iglesia en Europa a lo largo de los siglos: innumerables grupos de misioneros y misioneras han anunciado el Evangelio de Jesucristo a las gentes de todo el mundo, yendo al encuentro de otros pueblos y civilizaciones»¹³. Y esto lo dice para poder abrir la misión a nuevos ámbitos, ahora en la vieja Europa. «En el “viejo” Continente existen también amplios sectores sociales y culturales en los que se necesita una verdadera y auténtica misión *ad gentes*»¹⁴.

2.5. Una nueva conciencia misionera

Después del Concilio Vaticano II la Iglesia ha hecho una apuesta clara por la evangelización; y es, sobre todo en *Evangelii nuntiandi* y *Redemptoris missio* donde se expone la convicción plena de que la misión *ad gentes*, en su mirada universal, sigue siendo necesaria; pero también de que el primer anuncio, que es su camino primero y esencial, su corazón y su fuerza, ha de fecundar la acción pastoral de la Iglesia en todo su proceso, en todas sus mediaciones y en todas sus tareas. Un ejemplo evidente de esta relación fundante y fecundante entre misión *ad gentes* y pastoral, lo tenemos en lo que sucede en la catequesis. Lo que parecía una contradicción, hoy ya se acepta con toda normalidad: es necesario que la catequesis tenga una clara dimensión misionera. Así lo han ido poniendo de relieve los documentos de la Santa Sede, los de diversas Conferencias Episcopales europeas y la reflexión teológico-pastoral¹⁵.

¹³ *E in E* 64.

¹⁴ *E in E* 46.

¹⁵ *Novo millennio ineunte*; de Francia: *Leetre aux Catholicques de France* (1997), *Texte National pour l'orientation de la catéchèse en France* (2006); de



Pero conviene advertir que para que la misión *ad gentes* sea la base y el punto de referencia de la pastoral ha de estar bien asentada en su identidad y en sus claves esenciales. «Afirmar que toda la Iglesia es misionera no excluye que haya una específica misión *ad gentes*; al igual que decir que todos los católicos deben ser misioneros, no excluye que haya «misioneros *ad gentes* y de por vida», por vocación específica»¹⁶. Porque, siendo cierto que surgen nuevas sensibilidades y que la *misión* se hace en ámbitos nuevos y con nuevas actitudes; sin embargo, nunca se ha de poner en tela de juicio su misma naturaleza, ni se ha de acortar el horizonte universal de su mirada; al contrario, hay que dejarla ser ella misma de un modo claro, neto y distinto. Todo el pueblo de Dios, en su unidad diversificada, ha de hacer el esfuerzo por afianzarse en una nueva y profunda valoración de la misión *ad gentes*, si quiere recuperar su ardor misionero y si quiere acertar con el anuncio que ha de saber hacer en toda su actividad pastoral.

3. La misión *ad gentes* y una pastoral sostenible

3.1. La evangelización, luz constante del dinamismo pastoral

Se puede decir, sin exageración, que nuestra pastoral sólo puede producir auténtica vida cristiana y una sólida

Bélgica: *Devenir adulte dans la foi* (2006), *Ne savez-vous pas interpréter les signes des temps?* (2007); de Italia: *Comunicare il Vangelo in un mondo che cambia* (2001), Nota pastorales *Questa è la nostra fede* (2005); de Alemania: *Katechese in veränderter Zeit (la catequesis en un mundo en cambio)* (2004).
¹⁶ RM 32.

implantación de la Iglesia en el mundo, si asume la fuerza y la impronta de la misión *ad gentes*. Sólo desde esa inspiración, nuestra pastoral será sostenible; sólo con la presencia fecundante del primer anuncio, la misión de nuestras Iglesias estará asentada en el presente y apuntalará el futuro de la fe y de una vida cristiana renovadora. Como dice un autor contemporáneo: «El primer anuncio es el punto más alto y extraordinariamente elevado desde el que se ve y se comprende todo. De ahí que la evangelización no sea sólo la etapa de un proceso, sino como la luz constante de todo el dinamismo pastoral»¹⁷. En efecto, la acción pastoral no estaría adecuadamente situada en el presente y le faltaría aliento de futuro si no contara con la fuerza dinamizadora del primer anuncio, que es llamado «primero» porque lleva a la fe y conduce hasta el umbral de donde es posible la conversión. Eso significa que cualquiera de los momentos y tareas de la acción pastoral han de tener impronta kerigmática. Esta es el oxígeno que la acción pastoral ha de respirar a lo largo de todo su recorrido y el dinamismo de su proceso evangelizador. Por eso hoy, al hacer cualquier proyecto pastoral, es necesario preguntarse si está bien situado en la misión.

3.2. Un nuevo estilo pastoral con impronta kerigmática

En todas las mediaciones y acciones de la pastoral se ha de hacer una presentación de la fe sencilla, primaria, y con un lenguaje adecuado al hombre de nuestro tiempo.

¹⁷ CESARE BISSOLI, «El primer anuncio en las comunidades cristianas de los orígenes», en *Catechesi*, enero-febrero 2008-2009.



Para ello es necesario recuperar el carácter directo, lineal, incisivo y lapidario de los orígenes; y el tono ha de ser sorprendente y paradójico, pues hoy no se puede hablar de Jesús de un modo obvio, dando por supuesta la fe. Es criterio común que el kerigma ha de recuperar en nuestra pastoral toda su fuerza y actualidad, para que sea también entre nosotros, como lo fue en los orígenes, la reja del arado que rompe el terreno y permite formar el surco de la fe. Por eso, será un anuncio con parresia; pues la audacia apostólica es la gran propuesta de la misión *ad gentes* a la pastoral ordinaria.

3.3. El anuncio de Cristo salvador nace de la fe confesada, celebrada y vivida en la Iglesia

Ese anuncio se hará en la senda de la Palabra de Dios, luz de los pueblos, que recorre caminos desde el impulso misionero de la Casa de la Palabra, la Iglesia. La misión, en efecto, tiene en la Iglesia su seno matriz: la Iglesia es sacramento de salvación y, por eso, el dinamismo de la misión universal brota de sus mismas entrañas y se convierte en una responsabilidad directa e irrenunciable de todos los católicos¹⁸. Se evangeliza desde lo que la Iglesia es, hace y dice, y la misión se cuece, sobre todo, en el horno de la Eucaristía, pues ella es fuente y cumbre de su misión. De tal modo es esto así que se puede decir que «una Iglesia auténticamente eucarística es una Iglesia misionera»¹⁹. La fe de la Iglesia en Cristo

¹⁸ Cf. *Actualidad de la misión...*, 32.

¹⁹ BENEDICTO XVI, *Sacramentum caritatis*, 84.

Jesús es el impulso permanente de la misión: el anuncio de Jesucristo nace de la fe confesada con ardor y fidelidad, pues «la misión es un problema de fe, es el índice exacto de nuestra fe en Cristo y en su amor por nosotros»²⁰. En realidad la misión pone a prueba la solidez de nuestra fe; sólo puede hacerse teniendo como centro a la persona de Jesucristo, Señor y salvador, al que se ha de presentar con una predicación «íntegra, clara y renovada»²¹, que naturalmente lleve a un acto de fe integral, es decir, que comprenda toda la vida cristiana. Esa fe se confiesa desde los orígenes con la fórmula: «Jesús es el Kyrios» (Señor).

Como recuerda *Evangelii nuntiandi*: la evangelización es «una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios, hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres como don de la gracia y la misericordia de Dios»²². La salvación, en efecto, focaliza la buena nueva que se proclama en la misión. «Las Iglesias particulares... profundizando su propia dimensión misionera, deben dar constantemente testimonio de que Jesucristo es el único mediador y portador de salvación para la humanidad entera: sólo en Él la humanidad, la historia y el cosmos encuentran su sentido positivo definitivamente y se realizan totalmente; Él tiene en sí mismo, en sus hechos y en su persona, las razones definitivas de la salvación; no sólo es un mediador de salvación, sino la fuente misma de la salvación»²³.

²⁰ RM 11.

²¹ E in E 48.

²² EN 27.

²³ EEu 20.



3.4. El anuncio se dirige a la vida del hombre

Unida a esta fidelidad a Cristo salvador ha de estar siempre la fidelidad al hombre, pues el horizonte de la misión es la vida del hombre en toda su integridad. Lo es desde su misma fuente: el amor de Dios Padre. «La gloria de Dios es que el hombre viva» (san Ireneo); el amor de Jesucristo, su Hijo. «Yo para esto he venido, para que tengan vida y la tengan en abundancia»²⁴; y el amor del Espíritu Santo, «Señor y dador de Vida». La misión de la Iglesia, por tanto, ha de tomar conciencia de que el amor de Dios siempre se dirige al hombre en su dignidad original y en su dignidad redimida. De ahí que ha de acompañar el caminar histórico del hombre, pero sin olvidar que marcha hacia la plenitud de la vida en Dios.

La misión es también testigo de que el encuentro con Jesucristo Salvador produce un efecto necesario en el corazón del hombre, la conversión; y que esta es parte esencial del anuncio. Así lo subraya *Ecclesia in Europa* cuando dice que el gran desafío para la pastoral de la Iglesia «consiste frecuentemente no tanto en bautizar a los nuevos convertidos, sino en guiar a los bautizados a convertirse a Cristo y a su Evangelio: nuestras comunidades tendrían que preocuparse seriamente por llevar el Evangelio de la esperanza a los alejados de la fe o que se han apartado de la práctica cristiana»²⁵.

²⁴ *Jn* 10, 10.

²⁵ *E in E* 47.

3.5. Por la conversión al Reino de Dios

La conversión, que es confesión vital de Jesucristo, nuestro Salvador, sitúa a la Iglesia y a los cristianos en los valores y en los trabajos del Reino de Dios. Por eso es tan esencial sostener de un modo claro que ese Reino «es, ante todo, una persona, que tiene el rostro y el nombre de Jesús de Nazaret, imagen del Dios invisible»²⁶. El proyecto del Reino de Dios, es decir, su amor creador y redentor hacia los hombres, iniciado por Cristo y continuado por la Iglesia, es reflejo siempre de la liberación de Dios, que es una liberación integral: interesa al Reino la libertad, la justicia, la solidaridad, la paz y todas las estructuras que esclavizan al hombre y también las que le cortan su apertura hacia la trascendencia y su relación con Dios. En efecto, trabajar por el Reino es «reconocer y favorecer el dinamismo del amor divino, que está presente en la historia humana y la transforma», con la implantación de la justicia y la paz²⁷, y con el compromiso por la promoción y el desarrollo de los pueblos. Pero también trabajar por el Reino es anunciar que su realización definitiva llegará a su plenitud al final de los tiempos.

No sé si todos y con orden, pero la intención de esta síntesis ha sido ofrecer los contenidos esenciales que en modo alguno pueden faltar, presentados de un modo más o menos explícito y en el momento oportuno, en el anuncio misionero. Se trata de aquellos contenidos que, presentados de un modo íntegro y armónico le dan fuerza dinamizadora a la misión, y, por tanto, son también los que sostienen permanentemente el ardor misionero de la pastoral de la Iglesia.

²⁶ Nota doctrinal sobre algunos aspectos de la evangelización, 9-10.

²⁷ Cf. RM 15.



4. La misión *ad gentes* nos enseña a situarnos en los ámbitos de la pastoral ordinaria

4.1. Actitudes misioneras que generan dinamismo pastoral

Si de los contenidos esenciales del primer anuncio recibe la pastoral el ardor que la dinamiza, en el modo con que estos son presentados en la misión *ad gentes*, la pastoral ha de encontrar inspiración para sus métodos. En efecto, si los contenidos hacen sostenible la pastoral ordinaria, no la hacen menos algunos criterios que están en la base de los métodos de la misión universal de todos los tiempos y, en especial, en los primeros pasos misioneros de la Iglesia. De ahí que, aunque brevemente, sea necesario recordar un sustancial elenco de algunas actitudes y condiciones con las que hacer una pastoral misionera.

4.2. La encarnación le propone motivaciones a la acción pastoral

El primer gesto evangelizador es siempre la encarnación. «La palabra se hizo carne y habitó entre nosotros»²⁸. «Eso significa que es Dios quien viene en persona a hablar de sí al hombre y a mostrarle el camino por el cual es posible alcanzarlo»²⁹. Se deduce, pues, que Jesús de Nazaret, en su encarnación redentora, no es sólo el contenido de la

²⁸ Jn 1, 1.

²⁹ TMA 6.

evangelización, también es su norma y su criterio. Es por eso que, por el camino de la encarnación de Cristo, la misión ha de esmerarse en la inculcación del Evangelio en el tejido humano de la cultura, para que de ese modo transforme de una manera vital los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida³⁰. En cualquier situación, la misión ha de estar en actitud de escucha ante la cultura, para conocer sus esperanzas más íntimas, sus deseos, sus aspiraciones, consciente de que en el corazón de la cultura están presentes semillas del Verbo que abren la puerta al Evangelio.

4.3. La persona humana orienta el camino de la acción pastoral

Siguiendo los pasos de Cristo en su encarnación redentora, la misión de la Iglesia se dirige al hombre, a cada hombre concreto, y sigue el camino del hombre. En efecto, «el hombre es el camino primero y fundamental de la Iglesia: un camino trazado por Cristo mismo y que pasa a través del misterio de la Encarnación y de la Redención»³¹. Se dirige al mundo personal del ser humano, que abarca siempre las relaciones con Dios, consigo mismo, con los demás y con el mundo. Busca, sobre todo, atender a la persona en sus núcleos fundamentales, en sus circunstancias y también en su complementariedad física, psicológica y ontológica. Por tanto, la misión ha de promover la personalización; y para ello es necesario que la Iglesia se haga persona, es decir, que

³⁰ Cf. EN 19.

³¹ RH 13s.



manifieste a la Persona de Jesucristo y, desde Él, recorra los caminos del hombre con un acompañamiento personalizado, con la práctica de la acogida fraterna y la actitud de escucha, tomando muy en serio lo que desea y busca, y, por supuesto, con conciencia clara de que Dios mismo habita en el corazón del ser humano; especialmente lo hará con la búsqueda misionera, es decir, la que abre caminos para el encuentro con los hermanos que necesitan la fe y el amor; y especialmente con los que están en situaciones de sufrimiento, angustia o pobreza.

4.4. El diálogo evangelizador le ofrece un cauce a la acción pastoral

En el camino hacia la persona, en su mundo, el diálogo es parte de la misión desde su misma fuente: el mismo Dios, al revelarse al hombre, ha abierto una conversación, que es definitiva y completa en Jesucristo. La Iglesia evangeliza secundando ese diálogo divino y humano comenzado por el mismo Dios en el corazón del hombre. «La Iglesia debe entrar en diálogo con el mundo en el que vive. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace conversación»³². En efecto, el diálogo misionero, que no ha de confundirse con el anuncio, aunque ha de mantener una relación íntima con él³³, pertenece a nuestra relación pastoral con la diversidad de opciones religiosas, criterios, actitudes ante la fe, planteamientos humanos, etc. Pero, para que el diálogo pueda convertirse en evangelizador, ha de entablarse en unas condiciones especiales: será siempre igualitario y respetuoso; pero también ha de

³² ES 27.

³³ Cf. RM 55.

situarse en el clima del mandato evangélico de orientar al interlocutor hacia el Evangelio, hacia Cristo, Redentor singular, único, exclusivo y absoluto. De ahí que, para que el diálogo pastoral sea correcto y auténtico, se requiere una clara conciencia de la propia identidad, pues, de lo contrario, podría degenerar en relativismo y sincretismo. En cualquier caso, el diálogo pastoral se hace desde la convicción de que la fe se propone, no se impone.

4.5. La caridad enriquece la credibilidad de la acción pastoral

La propuesta de la fe en la misión adquiere credibilidad por el servicio de la caridad, que es una exigencia del ser mismo de la Iglesia; y negar esa evidencia supondría situarse en la heterodoxia³⁴. En efecto, «la caridad de las obras corrobora la caridad de las palabras»³⁵. Realmente, a la acción pastoral le faltaría algo esencial si no se cultivara la caridad con los pobres. «Los pobres son los primeros destinatarios de la misión, y su evangelización es por excelencia señal y prueba de la misión de Jesús»³⁶. Hoy es necesario, por tanto, «descubrir la caridad como el eje transversal de nuestra Iglesia»³⁷. Y será una caridad a la que se le ponga nombre y rostro, y que tanga también todas las formas de solidaridad con las que hoy la Iglesia se acerca a los pobres: desde la denuncia profética hasta la promoción del desarrollo, pasando por todas las expresiones de la caridad que, con imaginación, ponga una Iglesia samaritana.

³⁴ Cf. NMI 49.

³⁵ NMI 50.

³⁶ RM 60.

³⁷ *La caridad en la vida de la Iglesia*, 44.



4.6. El testimonio configura a la acción pastoral

Y, si la caridad le da credibilidad, «el testimonio es la primera e insustituible forma de misión»³⁸. En efecto, «el testimonio constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz, de la Buena Nueva»³⁹. El evangelizador ofrece, por el testimonio, una novedad de vida creíble y convincente⁴⁰ en la que brilla necesariamente el don de Cristo. «Hoy más que nunca la santidad es una exigencia de perenne actualidad, ya que el hombre de nuestro tiempo siente necesidad urgente del testimonio claro y atrayente de una vida coherente y ejemplar»⁴¹. Naturalmente se trata de un testimonio elocuente, que tiene como contenido a Cristo Jesús. «Los hombres de nuestro tiempo le piden a los creyentes de hoy no sólo hablar de Cristo, sino en cierto modo hacerlo “ver”»⁴².

4.7. El anuncio explícito le ofrece concreción a la acción pastoral

El mensaje cristiano siempre se ha de poder «ver» y también «escuchar»⁴³. Por lo que es necesario recordar que «no hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el

³⁸ RM 42.

³⁹ EN 21.

⁴⁰ Cf. EN 41.

⁴¹ BENEDICTO XVI, *La evangelización «urgencia de nuestro tiempo»*, Audiencia a los obispos de Argentina, 2009.

⁴² NMI 16.

⁴³ Cf. *Mt* 11, 4.

misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios»⁴⁴. Junto con el testimonio, el anuncio explícito tiene una prioridad clara en la misión de la Iglesia: «Todas las formas de la actividad misionera están orientadas hacia esta proclamación que revela e introduce el misterio escondido en los siglos y revelado en Cristo»⁴⁵. Es más, «el anuncio de Jesucristo es el primer acto de caridad hacia el hombre, más allá de cualquier gesto de generosa solidaridad»⁴⁶. Es verdad que eso no siempre es posible, de ahí que «el cristiano sabe cuándo es tiempo de hablar de Dios y cuándo es oportuno callar sobre Él, dejando que hable sólo el amor»⁴⁷.

4.8. La primacía de la gracia le pone paz interior a la acción pastoral

Y por último, y como colofón de lo que la misión *ad gentes* le ofrece a la pastoral para que sea sostenible en todos sus proyectos y acciones, es necesario que siempre se le de primacía a la gracia; es decir, hay que saber descansar en el Señor nuestros afanes eclesiales, y hay que tomar conciencia de que, sin Él, no podemos hacer nada. Se ha de reconocer que el Espíritu es siempre el animador de la misión. «Te basta mi gracia» es la fuerza y el consuelo del apóstol. La pastoral ha de aceptar que «la capacidad de transformar a los hombres y a la sociedad no depende de las aptitudes personales o de la tecnología... sino que es el Espíritu Santo el agente principal de la evangelización»⁴⁸.

⁴⁴ EN 22.

⁴⁵ Cf. *Ef* 3, 3-9; *Col* 1, 25-29.

⁴⁶ *Mensaje para las migraciones*, 2001.

⁴⁷ DCE 31.

⁴⁸ EN 75.



5. La misión *ad gentes* estimula a la pastoral ordinaria a encontrar nuevos ámbitos de misión

5.1. Una apasionada creatividad

Actuando con los contenidos y criterios que acabo de describir, y al hilo de su influjo, la misión *ad gentes* se ha caracterizado a lo largo de la historia sobre todo por una apasionada creatividad. En cada periodo y situación, la evangelización ha sabido encontrar la expresión adecuada. Y como no podía ser de otro modo, también hoy hay un extraordinario despliegue de creatividad apostólica en la búsqueda de nuevos espacios en los que evangelizar: de los espacios geográficos, que durante siglos fueron el horizonte de la misión, ahora, sin olvidar la geografía, se ha pasado a nuevas áreas culturales o areópagos modernos, y a mundos y fenómenos sociales nuevos. «El campo de la *missio ad gentes* se ha ampliado notablemente, y no se puede definir sólo basándose en consideraciones geográficas o jurídicas; en efecto, los verdaderos destinatarios de la actividad misionera del pueblo de Dios no son sólo los pueblos no cristianos y las tierras lejanas, sino también los ámbitos socioculturales y, sobre todo, los corazones»⁴⁹.

Se puede decir que la creatividad apostólica es una de las cualidades que mejor definen al misionero. Aunque este, al llegar a su destino, traiga la experiencia de otra Iglesia, para él nada está establecido en los primeros pasos

⁴⁹ BENEDICTO XVI, *Discurso en el 40 aniversario de «Ad gentes»*.

de la misión. El misionero concibe la misión como un gran proyecto que, en su dinamismo, ha de descubrir prioridades, percibir objetivos, encontrar acciones adecuadas y explorar campos en los que evangelizar. Y sabe que, sobre todo, ha de llegar a la razón y al corazón de la gente en su situación y modo de vida. Ese es el gran servicio que el misionero le presta a una pastoral que está acostumbrada a modelos estáticos: le ayuda a renovarse en creatividad, y en la búsqueda de nuevos ámbitos donde evangelizar, en los que es prioritaria la persona y, por eso, pone a su servicio todo lo que es mediación; es decir, procura, con todos y con los mejores medios, que la buena noticia llegue a la vida de la gente.

5.2. Una ministerialidad misionera

Para eso es necesario que florezca en nuestras Iglesias –las más antiguas y las más jóvenes– una nueva ministerialidad, en la que todos los que cumplan alguna tarea, en la diversidad y gradualidad de ministerios, tengan una mentalidad misionera, inspirada en el estilo apostólico. Es decir, que todos sientan como los apóstoles, los cuales, bajo el impulso del Espíritu, salieron del cenáculo para ir por los caminos del mundo entero a anunciar el Evangelio tal y como les había dicho el Señor: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación»⁵⁰. Que todos tengan clara conciencia de que, por el envío misionero de Jesús, nace en la Iglesia la espiritualidad del camino de búsqueda creativa, de la que Pablo será, entre todos, el gran maestro y modelo. En efecto, desde sus orígenes la Iglesia

⁵⁰ Mc 16, 15.



se convierte en itinerante; y en su seno misionero nacen apóstoles de la misión que no temen la lejanía de la fe, ya sea geográfica, ya sea de la razón o del corazón. El misionero se convierte en un imaginativo explorador de caminos, de nuevos terrenos en los que sembrar el Evangelio. El misionero *ad gentes* es siempre un buscador, en el corazón buscador de Dios.

5.3. Un nuevo mapa para la misión

Ese espíritu misionero pasa, en efecto, a todo el pueblo de Dios, tanto al que «siente con la Iglesia» en la misión específica *ad gentes*, como al que lo hace en la acción pastoral ordinaria en las diócesis y en las parroquias, pues el origen de la vocación misionera es bautismal. Todos están «llamados a hacer de Cristo el corazón del mundo» con imaginación apostólica. Sólo así se puede ayudar a la Iglesia a leer el mapa de nuestro tiempo y a encontrar en él las zonas de una mayor ausencia del Evangelio; sobre todo las que necesitan un nuevo o primer anuncio. De todos son conocidos los sectores a los que hoy se apunta en una pastoral misionera: los jóvenes, las familias, los medios de comunicación, la cultura, el trabajo, las artes, la ecología, las diversas pobrezas y situaciones humanas y sociales, etc. La Iglesia en misión se ha de hacer presente en todos con una propuesta clara de la fe, para un nuevo despertar religioso en el corazón mismo de esos ámbitos especialmente necesitados de una pastoral evangelizadora.

Pero hoy es necesario concretar más a la hora de abrir nuevos caminos de ida hacia una nueva geografía de la misión. Estos han de apuntar, sobre todo, al corazón del hombre, como sugería hace poco el propio Papa Benedic-

to XVI: «Estoy muy contento de escuchar que el primer anuncio se abre realmente más allá de los límites de la comunidad de los fieles, de la parroquia... que se trata de salir a anunciar el Evangelio al hombre de hoy que vive sin Cristo, porque o no lo conoce o lo ha olvidado. Yo no os puedo dar recetas, porque son muy diversos los caminos a seguir, según la situación de las personas, de sus profesiones... pero han de ser los que conocen la situación los que han de encontrar el método adecuado para abrir el corazón e invitar a ponerse en camino con el Señor y con la Iglesia»⁵¹.

5.4. Evangelizar lo cotidiano

Y en ese camino de exploración misionera hay que apuntar también y de un modo especial a los terrenos en los que se despliega la existencia humana, para hacer de ellos lugares de evangelización, de anuncio de la fe. Y, al contemplar la vida del hombre y la mujer, tanto en su intimidad como en sus relaciones, el centro de interés ha de estar sobre todo en su vida ordinaria, porque es ahí donde hoy se sugiere que hay que llegar con un nuevo anuncio del Evangelio, ya que el seguimiento de Cristo se hace en el día a día, en la cruz de cada día ⁵². El camino de lo cotidiano, en sus fatigas y en su complejidad, es el ámbito normal de la pastoral. «No podemos olvidar que el Evangelio no es un propuesta excepcional para personas excepcionales, y que la Iglesia no puede jamás convertirse en una secta de elegidos o en un grupo cerrado de “perfectos”, sino que será una comunidad de salvados, de pecadores perdonados,

⁵¹ CEI, *Questa è la nostra fede, nota pastorale*, 10.

⁵² Cf. *Lc* 9, 28.



siempre en camino, detrás del único Maestro y Señor»⁵³. La pastoral, en efecto, ha de proponer a todos con convicción el alto grado de la vida cristiana ordinaria, es decir, la santidad⁵⁴.

5.5. La vida ordinaria, «alfabeto» de la evangelización

Un ejemplo de esta sugerencia pastoral nos viene de la creatividad de la Iglesia italiana que, en su proyecto «anunciar el Evangelio en un mundo que cambia», ha invitado a situar la vida cotidiana de la persona en el centro de la acción pastoral. Afirma que es en la vida ordinaria, en sus experiencias, donde podemos encontrar el alfabeto con el que componer las palabras que expresen el amor infinito de Dios manifestado en Jesucristo. Este proyecto hace, por tanto, de la vida ordinaria el alfabeto de la evangelización: la vida es lugar de escucha, de compartir, de caridad y de servicio, en definitiva, de anuncio del Evangelio. En este acercamiento a la vida ordinaria se proponen cinco situaciones vitales en las que manifestar el amor de Dios y hacer llegar el significado profundo del Evangelio: en la dimensión afectiva (*vida afectiva*); en relación con el tiempo del trabajo y de la fiesta (*trabajo y fiesta*); en la experiencia de la fragilidad (*la fragilidad humana*); en el camino de la tradición (*la tradición*); en la responsabilidad y fraternidad social (*la ciudadanía*). Cada uno de ellos fue objeto exhaustivo de reflexión y debate en el IV Encuentro

⁵³ CEI, *Questa è la nostra fede, nota pastorale*, 10.

⁵⁴ Cf. NMI 30-31.

Eclesial Nacional de Verona. No es este un mal camino, y yo lo propongo como modelo para nuestra situación.

No obstante, no basta con identificar las situaciones vitales; una vez hecho eso, hay que saber sacar las consecuencias concretas de cada una de ellas. Y para eso se requiere mucha lucidez pastoral y, sobre todo, se necesita la luz del Espíritu, que nos proyecte con fuerza apostólica y con el suave servicio de la propuesta de la fe a todas las vivencias de la gente. Ese servicio apostólico ha de situarse en la pastoral ordinaria de nuestras diócesis y, en ellas, de nuestras parroquias. Es en las parroquias, con una acción integral y bien coordinada, donde el sentido misionero ha de impregnar toda la acción pastoral. La parroquia, por su cercanía a la vida de la gente, será el gran laboratorio en el que se experimente una nueva y corresponsable ministerialidad, y en el que se dibuje un nuevo mapa con las zonas humanas a las que orientar la misión. Y será también la parroquia, en su vida ordinaria, la que componga el alfabeto para el diálogo misionero con la vida corriente de la gente, en la que el Señor se sintió y se siente tan a gusto en su camino de encarnación.

El gran esfuerzo de creatividad que hoy es necesario hacer para darle corte misionero a la pastoral ha de cuidar siempre que los proyectos pastorales sean aplicables en los parámetros de una pastoral parroquial y, por tanto, popular. Eso no es obstáculo para que se cuide una formación específica y rigurosa de cuantos tienen alguna misión especial tanto en la parroquia como en otros ámbitos; pero esta, si se quiere evitar una pastoral de élites, siempre ha de tener sintonía con la pastoral ordinaria que está al servicio de la fe de cuantos la viven en su vida ordinaria, en las circunstancias de su mundo: rural, urbano, barrios periféricos, universidad, etc. Sé, por supuesto, que en ocasiones la



parroquia es insuficiente para una pastoral misionera, y que esta necesita una coordinación más amplia, por ejemplo en unidades de acción pastoral, para una mejor y más eficaz penetración en la vida de la gente, sobre todo en sectores que le sobrepasan, como los jóvenes, la familia, etc; pero ninguna nueva institución puede anular la presencia básica de la misión de la Iglesia, es decir, la de la diócesis, en el conjunto de sus parroquias.

5.6. Bajo los ojos misioneros de María

Hasta aquí esta reflexión. Estoy convencido de haber dicho lo que ya está dicho de muchos modos y, sin duda, mejores que esta exposición mía. Pero conviene que de vez en cuando se recuerden cosas esenciales; y eso es lo que he intentado. No obstante, y por si todo ha quedado muy confuso, permítanme una última síntesis: todo lo dicho lleva a la convicción de que la misión es, ante todo, poner en relación el amor de Dios con la vida del hombre; es trazar caminos, en nombre del Señor, hacia donde el Señor mismo nos precede y el mismo hombre nos espera: en la razón y en el corazón de los que buscan a Dios.

A María, la Estrella de la Evangelización, le toca hacer de faro que guía por caminos de fidelidad creativa en la misión. Ella que le sugirió a Jesús en las bodas de Caná el primer ámbito de actuación, nos abrirá a todos nosotros a nuevas situaciones para evangelizar; pues María apunta siempre al lugar certero, porque ella ve, con los ojos del Espíritu, hacia dónde se dirige el corazón de Dios Padre y de su Hijo Jesucristo.

IV

Instrucción pastoral «Actualidad de la misión *ad gentes* en España»: Una interpelación a las Iglesias particulares*

ANASTASIO GIL GARCÍA
Director del Secretariado de la
Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias

En la Nota de prensa que la Oficina de Información de la Conferencia Episcopal envió a los medios de comunicación al concluir la Asamblea Plenaria del Episcopado español celebrada los días 24-28 de noviembre de 2008, se dice: «La Plenaria ha aprobado la Instrucción pastoral sobre la *Actualidad de la misión ad gentes en España*. En este documento se recogen las reflexiones de estos últimos años de la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias sobre la actualidad de la misión *ad gentes* en España, a la luz del reciente Magisterio Pontificio y de las conclusiones del Congreso Nacional de Misiones que se celebró en Burgos en el año 2003»¹.

* Ponencia del XXVI Simposio de Misionología, Burgos, 4-6 de marzo de 2009.

¹ XCII ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Actualidad de la misión ad gentes en España*, Editorial EDICE, Madrid 2009.

Nota: los números entre paréntesis hacen referencia a los de la Instrucción pastoral.



En efecto, hace cinco años que tuvo lugar la celebración de este acontecimiento misionero con unas conclusiones que durante este tiempo han sido objeto de trabajo continuado para la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias en colaboración con el resto de las instituciones eclesiales que integran el Consejo Nacional de Misiones. En la relación final del Congreso se hacía referencia a la necesidad de que la dimensión misionera estuviera presente en los planes de pastoral; a la recuperación de la Misionología como asignatura reglada en los centros de estudio para seminaristas y miembros de la vida consagrada; a la promoción de las vocaciones misioneras *ad vitam*, y su aceptación en el seno de las familias y de las comunidades eclesiales como un don y no como una segregación; al trabajo conjunto de la Comisión Episcopal de Misiones, de las Obras Misionales Pontificias, de los institutos de vida consagrada y de las asociaciones a la vida apostólica; a la inserción del carisma de las Obras Misionales Pontificias en la pastoral de la diócesis y en la animación misionera; a la defensa de la unión inquebrantable entre el anuncio del Evangelio y la promoción y desarrollo de los pueblos, a la luz de la Doctrina Social de la Iglesia; a la búsqueda de soluciones a los problemas humanos y sociales de los misioneros; y a la consideración de los nuevos ámbitos de la acción misionera, más allá de los territoriales. Estos eran, entre otros, los principales retos que la Iglesia en España se planteaba con ilusión y esperanza (14).

La mirada a los frutos de este trabajo pastoral coincidía con la celebración del Año Jubilar Paulino, en el que la figura del Apóstol de las gentes suscitaba una reflexión seria sobre la respuesta misionera. Respuesta que es iluminada por la Encíclica misionera de Pío XII *Fidei*

Donum, a los cincuenta años de su publicación, y por la Instrucción de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos *Cooperatio missionalis*, en su décimo aniversario (3; 6; 8).

Con ocasión de estas circunstancias, la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias ha presentado a la Asamblea Plenaria el texto con las principales interpelaciones que la acción misionera de la Iglesia tiene planteadas en la actualidad. En su elaboración ha contado con la colaboración del Consejo Nacional de Misiones y de personas e instituciones que con sabiduría y experiencia han enriquecido el proyecto (16). Fruto de este empeño resultó un documento breve y con un lenguaje propositivo y afirmativo que los obispos estudiaron en la Asamblea y aprobaron por amplia mayoría una vez se incorporaron las observaciones que se recogieron en el debate, el pasado 28 de noviembre de 2008.

1. Finalidad

En noviembre del año 1979, la Asamblea Plenaria del Episcopado español hizo público el documento misionero *Responsabilidad misionera de la Iglesia española*. Desde entonces no se ha publicado documento alguno específicamente misionero por parte de la Asamblea Plenaria, aunque sí se ha hecho referencia a la responsabilidad misionera en los sucesivos Planes pastorales de acción. Lo había hecho, en reiteradas ocasiones, la Comisión Episcopal de Misiones con la edición de *La Iglesia misionera. Textos del Magisterio Pontificio, Laicos misioneros, La misión ad gentes y la Iglesia en España y Formación misional en los Seminarios* (13).



Era necesaria una nueva reflexión del Episcopado español para dar respuesta a los diversos interrogantes que sobre la dimensión misionera de los fieles se plantean en el seno de las comunidades cristianas. Esta es la razón del mismo título, *Actualidad de la misión ad gentes en España*, que implica una triple finalidad:

– *Fortalecer* la dimensión misionera de los fieles. La proximidad y urgencia de la acción pastoral y evangelizadora en los ámbitos y destinatarios más próximos está desplazando de la conciencia de los fieles la responsabilidad misionera. Es la hora de hacer ver que en la entraña de la fe está la universalidad y la necesidad de anunciar el Evangelio al mundo entero, no sólo a los más próximos e inmediatos. Había que fortalecer y consolidar esta convicción (6).

– *Promover* el compromiso misionero de las comunidades y de sus responsables. En la actualidad se están gastando muchas energías por atender a quienes vienen a la comunidad cristiana por diversos motivos. La pastoral de acogida está dando sus frutos. Pero es claramente insuficiente. Se trata de hacer ver que la dimensión misionera aporta a la actividad evangelizadora no sólo el *acoger* a los que vienen, sino *salir al encuentro* de los que están fuera porque nunca se acercaron o porque se marcharon. Esta es la singularidad de la acción misionera (5).

– *Reflexionar* sobre la urgencia y necesidad de *anunciar* el Evangelio (3). Estos compromisos no pueden surgir de la improvisación o del voluntarismo espontáneo, sino de la ponderación en un marco amplio de la acción evangelizadora de la Iglesia. Apoyaba esta decisión el Papa Benedicto XVI al invitar a discernir en el presente cómo intensificar la tarea misionera (3; 12; 19).

2. Objetivos

Así las cosas, la Instrucción pastoral se articula en torno a unos objetivos que desde el principio iluminaron en este tiempo el trabajo a realizar y orientan ahora la acertada lectura y comprensión de su contenido.

a) Reafirmar la *dimensión teológica de la misión ad gentes* para evitar el peligro de reducir la actividad misionera a la cooperación de unos «especialistas» que parten para la misión.

Había que advertir a quienes trabajan como agentes de la pastoral que lo «misionero» hinca sus raíces en el misterio de Dios. El mandato misionero del Señor tiene su fuente en el amor eterno de la Santísima Trinidad: la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo según el plan de Dios Padre. Y el fin último de la misión no es otro que hacer participar a los hombres en la comunión que existe entre el Padre y el Hijo en su Espíritu de amor. Esta convicción está explícitamente expuesta en el decreto *Ad gentes*: «La Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre». Y añade con fuerza: «Este designio dimana del “amor fontal” o de la caridad de Dios Padre, que, siendo Principio sin principio, engendra al Hijo, y a través del Hijo procede el Espíritu Santo» (AG 2). A esta fundamentación teológica se dedica el segundo capítulo de la Instrucción (21-26).

b) Hacer un *diagnóstico* sobre la atención que la pastoral ordinaria de las diócesis presta a la dimensión misionera en los procesos de iniciación y formación cristiana.

Un *diagnóstico* desde la fe. En los ámbitos pastorales se percibe un cierto pesimismo o desaliento ante la aparente



esterilidad pastoral a pesar de los grandes esfuerzos. Parece que los frutos no se corresponden con los esfuerzos. Ante esta situación es legítimo preguntarse si una de las causas se deba a la escasa atención que se presta a la dimensión misionera en las acciones evangelizadoras y pastorales de nuestras comunidades (30).

c) Analizar los principales problemas e *interpelaciones que la misión ad gentes* plantea a los responsables de la pastoral.

Es evidente que la dimensión misionera apenas tiene presencia en los itinerarios de formación de los fieles. Ya lo advertía hace tiempo el *Directorio General de la Catequesis*: «Pues mientras crece en la actividad catequética una sensibilidad para formar a los fieles para el testimonio cristiano, el diálogo interreligioso y el compromiso cristiano, la educación en el sentido de la misión *ad gentes* es aún débil e inadecuada. A menudo —concluye el documento pontificio— la catequesis ordinaria concede a las misiones una atención marginal y de carácter ocasional» (n. 30). Los responsables de la animación misionera tratan de individuar algunos de los *síntomas* al comprobar que están de hecho afectando a la vida de la Iglesia (30).

d) Abrir horizontes para dar respuesta a los interrogantes planteados.

Se reafirma de nuevo la tarea irrenunciable de los agentes de la pastoral para aplicar la *terapia* adecuada. Nadie es excluido, aunque no todos tienen la misma tarea, ni el mismo carisma ni el mismo ministerio. Desde la unidad eclesial y desde la diversidad vocacional, la Instrucción propone unas sugerencias para acción porque los responsables de la pastoral creen en serio que el dinamismo misionero es capaz de revitalizar la pastoral (31).

3. Estructura de la Instrucción

La Instrucción pastoral que la Asamblea Plenaria ha entregado a la Iglesia en España pretende responder a los interrogantes planteados y lo hace en cuatro capítulos claramente secuenciados.

3.1. La misión en la vida de la Iglesia

España ha sido bendecida por numerosas vocaciones misioneras a lo largo de su historia. También ahora es motivo de acción de gracias por los cerca de 17.000 misioneros repartidos por los cinco continentes. Estas vocaciones son signo de la vitalidad de las comunidades cristianas. Para reforzar el servicio misionero concluye este capítulo con el deseo de que la responsabilidad misionera esté en la entraña misma de la vida de los bautizados, llamados a la santidad y a la misión y con un sugerente texto de Juan Pablo II: «Esta pasión suscitará en la Iglesia una nueva acción misionera, que no podrá ser delegada a unos pocos “especialistas”, sino que acabará por implicar la responsabilidad de todos los miembros del pueblo de Dios. Quien ha encontrado verdaderamente a Cristo no puede tenerlo sólo para sí, debe anunciarlo. Es necesario un nuevo impulso apostólico que sea vivido, como *compromiso cotidiano de las comunidades y de los grupos cristianos*» (19).

3.2. Dimensión teológica de la misión

La actividad misionera de la Iglesia brota del misterio trinitario y es repuesta al derecho de cada persona a conocer a Dios y creer en Él. No es sólo fruto del mandato



misionero de Jesús, sino la razón de ser de la Iglesia y del proyecto originario y salvífico de Dios. La Iglesia contempla a la humanidad con la mirada de Dios. Se siente enviada, en su nombre, a recorrer los caminos del mundo para ofrecer la reconciliación y la alianza acontecidas en Pascua y Pentecostés. Bajo el dinamismo de la acción del Hijo y del Espíritu, la Iglesia existe a favor de la humanidad entera, en medio de los dramas que acompañan a esta a lo largo de los siglos (20).

3.3. Interpelaciones actuales de la misión

A pesar del impulso recibido por la reflexión magisterial y del ininterrumpido (aunque cada vez más escaso) envío de misioneros, la dimensión misionera sigue encontrando no pocas resistencias en la vida eclesial concreta. Los responsables de la pastoral sienten la necesidad de un impulso misionero y reivindican la primacía del primer anuncio, pero sus deseos quedan bloqueados o velados por la inmediatez de lo concreto o por el mantenimiento de lo existente, o por preguntas como: ¿Para qué la misión *ad gentes* en la actualidad? ¿No ha sido sustituida por la promoción humana, el diálogo interreligioso o el respeto a la conciencia de cada uno a vivir según sus propias creencias? (30-31). Ante esta situación el texto analiza diez cuestiones que actualmente demandan la justificación y la necesidad de una irrenunciable acción misionera de la Iglesia, tanto en los tradicionales ámbitos territoriales como las nuevas fronteras y ámbitos sociales y culturales: paso de las «misiones» a la misión; unicidad y universalidad de la salvación de Jesucristo; el anuncio de la salvación; el Reino de Dios; confines de la pastoral misionera; las nuevas fronteras de la misión *ad gentes*; la cooperación entre

las Iglesias; las vocaciones misioneras; los laicos misioneros; y los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades.

3.4. Ámbitos de responsabilidad misionera

Ningún bautizado está exento de su compromiso misionero. Algunos son llamados por vocación a la misión *ad gentes* específica, pero todos han sido constituidos por el bautismo en evangelizadores, como sucedió en los orígenes. «En la expansión misionera de los orígenes, junto a los apóstoles encontramos a otros agentes menos conocidos que no deben olvidarse: son personas, grupos, comunidades. Un típico ejemplo de Iglesia local es la comunidad de Antioquía que, de evangelizada, pasa a ser evangelizadora y envía sus misioneros a los gentiles (cf. *Hch* 13, 2-3). La Iglesia primitiva vive la misión como tarea comunitaria, aun reconociendo en su seno a «enviados especiales» o «misioneros consagrados a los gentiles», como lo son Pablo y Bernabé» (RM 61). Para que esta responsabilidad pueda promoverse y articularse en la pastoral ordinaria, la Instrucción señala unas «sugerencias para la acción», para evitar que la responsabilidad misionera quede reducida a una simple cooperación económica con motivo de una Jornada o con ocasión de una emergencia.

4. Cuestiones centrales

Una lectura remansada de la Instrucción pastoral lleva a descubrir las claves centrales para su acertada comprensión.



4.1. Responsabilidad de la Iglesia particular

El paso de la simple consideración de la actividad misionera de la Iglesia como la tarea de algunos en «las misiones» a la comprensión de la misión desde su radicalidad (33) tiene en la actualidad una aplicación irrenunciable. Las Iglesias particulares son protagonistas fundamentales de esta acción misionera (55) porque están llamadas a tomar conciencia y a hacer que la pastoral ordinaria refleje y se alimente de la universalidad (32). Es necesario descubrir en la entraña de la evangelización la misión como tarea comunitaria, como en los orígenes de la Iglesia (53).

Una de las primeras exigencias de de esta convicción es profundizar en la distinción y complementariedad entre las distintas etapas de la evangelización (41): etapa misionera, catecumenal y pastoral. La primera de ellas, la misionera, «se sitúa en el umbral de la evangelización (4), por eso su atención es condición previa para la vitalidad y renovación de la pastoral. Esta etapa necesita ser atendida en la pastoral ordinaria. No es exclusiva de los «territorios de misión». Tienen su propia peculiaridad en cuanto misión *ad gentes* y sus legítimos destinatarios. La atención a los no cristianos del entorno inmediato, a los poscristianos del propio contexto cultural o a los no cristianos de países lejanos van a la par y se exigen y potencian mutuamente (5; 41).

Si la Iglesia existe en y desde las Iglesias locales, y si cada Iglesia particular existe a imagen de la Iglesia universal, la misión *ad gentes* no puede ser considerada como una tarea añadida o complementaria a la pastoral. Se puede decir que cada Iglesia diocesana existe «en estado de misión», es decir, centrada en la comunicación de la fe y

en el primer anuncio como signo de su vitalidad y de fidelidad a su propio origen y nacimiento histórico. Expresión de esta responsabilidad es el reconocimiento de su universalidad en los misioneros que han partido de sus comunidades, sacerdotes, religiosos o laicos (49; 51; 55). Por eso la Instrucción pide, con palabras de *Cooperatio missionalis*, que el director diocesano de las OMP forme parte del consejo presbiteral o de pastoral (64). Desde esta visión y compromiso universales será la diócesis quien haga el oportuno discernimiento para el intercambio de ayudas materiales, espirituales y personales con otras Iglesias locales, evitando de esta manera posibles «hermanamientos» paternalistas y narcisistas entre comunidades particulares (47).

4.2. Centralidad y unicidad de Jesucristo

La Instrucción reafirma de nuevo a Jesucristo como el Redentor singular y único, exclusivo, universal y absoluto (23), saliendo al paso de teorías relativistas que propugnan como superadas verdades tales como el carácter definitivo y completo de la revelación de Jesucristo, la naturaleza de la fe cristiana con respecto a la creencia en las otras religiones, la unidad personal entre el Verbo eterno y Jesús de Nazaret, la unidad entre la economía del Verbo encarnado y del Espíritu Santo, la unicidad y la universalidad salvífica del misterio de Jesucristo, la mediación salvífica universal de la Iglesia, la inseparabilidad –aun en la distinción– entre el Reino de Dios, el Reino de Cristo y la Iglesia, la subsistencia en la Iglesia católica de la única Iglesia de Cristo» (30).

Además se fundamenta la dimensión antropológica de la fe desde el reconocimiento de que el hombre tiene dere-



cho a conocer y encontrarse con Dios (26; 36) y se recuerda la necesidad del diálogo interreligioso, sin que por ello sustituya al anuncio del Evangelio que implica el respeto a las conciencias y a las creencias religiosas. Lo que obstaculiza el diálogo no es la fe, sino la actitud de superioridad (35). El diálogo, no obstante forme parte de la misión evangelizadora, constituye sólo una de las acciones de la Iglesia en su misión *ad gentes*... De hecho, la Iglesia, guiada por la caridad y el respeto a la libertad (cf. *Dignitatis humanae*, 1), debe empeñarse primariamente en anunciar a todos los hombres la verdad definitivamente revelada por el Señor, y en proclamar la necesidad de la conversión a Jesucristo y la adhesión a la Iglesia a través del bautismo» (38).

Al situar a Jesucristo en el centro de la vida eclesial (37), pone los fundamentos para la comprensión de la vocación misionera *ad vitam* (49). Subraya desde esta perspectiva que el origen de las vocaciones misioneras está en Jesucristo. Él es quien llama, como lo hizo con los Doce: les llama a estar con Él y para enviarles a predicar. La Instrucción hace una invitación a la propuesta vocacional y se pregunta por qué a veces no se plantea con nitidez la vocación misionera de por vida en colegios, parroquias y movimientos. La vocación misionera no debe ser vista desde la preocupación por el relevo del personal, sino desde lo que es: una llamada específica de Dios, que sigue invitando al que quiere, y no siempre encuentra respuesta; y desde la necesidad que siente cada comunidad cristiana —especialmente la Iglesia particular— de asumir su responsabilidad misionera a través de algunos miembros (18; 49; 56).

4.3. El Reino de Dios y su justicia

Ante el dilema, muchas veces planteado, entre la promoción y el desarrollo de los pueblos y el anuncio del Evangelio, la Instrucción plantea desde el principio que el Reino de Dios es una Persona, Jesucristo, y su anuncio y aceptación implica la implantación de la justicia y de la paz, de los valores del Reino (39). Sería un error hacer dicotomías entre dos aspectos, porque la construcción del Reino de Dios exige el anuncio de Cristo y la lucha contra todo lo que degrada la dignidad de la persona humana (46).

Ahora bien, la plena realización del Reino de Dios llegará a su plenitud al final de los tiempos. El amor ilimitado de Dios tiene como designio la plena realización del Reino que está ya activo, superando los obstáculos que le hacen resistencia, aunque diste mucho de lograr su cumplimiento. El amor de Dios incluye a todos y a todo, y tiene como finalidad la realización perfecta de la creación hasta su plenitud y la redención, que capacita a cada persona para el pleno desarrollo de todas sus posibilidades, es decir, para la santidad. El anuncio del Evangelio implica, además, promover entre los pueblos la implantación de la justicia y de los valores del Reino. Ambas dimensiones se enriquecen recíprocamente, como lo atestigua el testimonio de los grandes misioneros y misioneras, quienes, como Pablo, han aceptado ser solidarios con el sufrimiento de la humanidad. De ahí la necesidad de descubrir en la acción misionera de la Iglesia su dimensión soteriológica (27; 40).

En este compromiso alcanza su singularidad la vocación misionera de los laicos en cuanto creyentes que tienen la misión de transformar las realidades terrenas para hacer presente el Reino de Dios (50). La Instrucción reafirma de nuevo la novedad y la urgencia de promover la vocación



misionera de quines no tienen otra consagración que la del Bautismo. Los fieles laicos, en virtud de su bautismo y de los carismas recibidos, deben sentir como propios los proyectos misioneros de su propia diócesis y de la Iglesia entera. En la medida en que su espiritualidad es efectivamente «sentir con la Iglesia», deben preguntarse por las aportaciones específicas que pueden hacer a la misión *ad gentes*. Por eso las asociaciones laicales, movimientos eclesiales y nuevas comunidades, que expresan oficialmente su compromiso con la misión de la Iglesia, están llamados a incluir la misión *ad gentes* entre sus objetivos irrenunciables (59).

4.4. Los nuevos ámbitos de la misión

Sale al encuentro de la expresión «misión está aquí» para advertir que pudiera ser una coartada para disuadir la salida a otros lugares y no lo que realmente expresa: la misión *ad gentes* también se debe realizar en nuestros ámbitos territoriales y ha de ser asumida como una acción misionera improrrogable. En diferentes parte de Europa se ha hecho necesario un primer anuncio del Evangelio, pues hay ámbitos sociales y culturales suficientemente amplios como para que en ellos sea necesaria una auténtica misión *ad gentes*. A ello hay que añadir la presencia de miembros de otras religiones en nuestro continente. Todo esto obliga a tomar conciencia de que la misión *ad extra*, tal como se entendía anteriormente, debe ser conjugada y articulada con esta urgencia que algunos denominan misión *ad intra*. (43).

La reafirmación de que la misión *ad gentes* entre nosotros está exigiendo incorporar la atención misionera en el

quehacer de las comunidades eclesiales (42) invita a estudiar, valorar y ejecutar proyectos de acción misionera en los nuevos ámbitos culturales y sociales de la misión *ad gentes*, con la colaboración de otras iniciativas eclesiales, sociales o de relevancia misionera (72). Así lo decía Juan Pablo II en la sede de la Conferencia Episcopal Española: «Os invito a que extendáis vuestra cooperación misionera a los nuevos e inmensos espacios que se abren para el anuncio del Evangelio en los diversos continentes, sin olvidar la misma Europa» (15).

4.5. La formación misionera de los fieles

La Instrucción denuncia que la dimensión misionera carece de un adecuado desarrollo en la formación teológica y catequética de los fieles (37), quedando reducida a la cooperación económica. Esta limitación confirma que la pastoral ordinaria y la animación misionera adolecen de serias limitaciones que dificultan situar el anuncio de Jesucristo en el centro de la vida eclesial (37). De ahí la necesidad de procurar la creación o el fortalecimiento de ámbitos de reflexión misionológica en las diócesis para la búsqueda y elaboración de orientaciones pastorales que ayuden a dar una respuesta a la íntima relación entre la pastoral ordinaria, la nueva evangelización y la misión *ad gentes* (61).

Esta formación evitaría el frecuente reduccionismo a cuestiones parciales y subjetivas de lo relacionado con la misión: cuando la ayuda al desarrollo se afirma o se plantea como alternativa a la evangelización o a la actividad eclesial; cuando el «hermanamiento» con parroquias o diócesis concretas cae en el paternalismo o en el desinterés



efectivo por otras Iglesias no menos necesitadas; cuando la colaboración entre Iglesias se vive de modo narcisista, olvidando que se orienta siempre a las necesidades de la evangelización; cuando las iniciativas de las diversas Iglesias particulares no generan una dinamización misionera en el conjunto de la vida diocesana... (47).

Sirva como ejemplo de esta necesidad formativa el testimonio de santa Josefina Bakita que nos ha transmitido Benedicto XVI en su encíclica *Spe salvi*: «Sentía el deber de extender la liberación que había recibido mediante el encuentro con el Dios de Jesucristo; que la debían recibir otros, el mayor número posible de personas. La esperanza que en ella había nacido y la había “redimido” no podía guardársela para sí sola; esta esperanza debía llegar a muchos, llegar a todos» (28).

Conclusión

La Instrucción invita a los fieles a descubrir en sus páginas una luz que les ayude a interrogarse sobre su responsabilidad evangelizadora. Desde la fe y la responsabilidad eclesial cada fiel cristiano está llamado a tomar parte en estos asuntos, que con claridad y responsabilidad de pastores han sido por los obispos. La respuesta ha de venir de todos y cada uno de los fieles cristianos y de las comunidades de pertenencia, tanto a nivel personal como eclesial y comunitario.

Índice

Presentación

ANASTASIO GIL GARCÍA

*Director del Secretariado de la Comisión Episcopal
de Misiones y Cooperación entre las Iglesias*

Subdirector de Obras Misionales Pontificias 7

Discurso inaugural

RAMÓN DEL HOYO LÓPEZ

Obispo de Jaén

Presidente de la Comisión Episcopal de Misiones

y Cooperación entre las Iglesias 11

1. «¡Ay de mí si no evangelizara!» (*1 Cor 9, 16*)..... 11

2. Actualidad de la misión *ad gentes*..... 13

3. La misión *ad gentes* en el corazón de la Iglesia 16

4. Unidos en la celebración de la fe 17

Ponencias

I. Reflexión teológica sobre «Actualidad de la misión *ad gentes* en España»

RICARDO BLÁZQUEZ LÓPEZ

Obispo de Bilbao

Vicepresidente de la Conferencia Episcopal Española 21

1. La Iglesia peregrinante es por naturaleza
misionera 25

2. Tres situaciones de la misión cristiana..... 29

3. Reino de Dios, Jesucristo, Iglesia y salvación
de los hombres..... 32



4. Jesucristo, el único salvador de todos los hombres, y el diálogo interreligioso	36
II. «La naciones caminarán en tu luz» (Ap 21, 24) TIMOTEO LEHANE BARRETT, SVD <i>Secretario General de la Pontificia Obra de la Propagación de la Fe</i>	41
Introducción.....	41
1. Ser una sola familia humana	43
2. La restauración de todas las cosas en Cristo.....	46

Mesa redonda ***Ámbitos de animación misionera***

I. Introducción JUAN FRANCISCO MARTÍNEZ SÁEZ, FMVD <i>Colaborador del Secretariado de la Comisión Episcopal de Misiones</i>	53
II. La animación misionera en la diócesis JUAN JOSÉ OMELLA OMELLA <i>Obispo de Calahorra y La Calzada-Logroño</i>	57
III. La animación misionera en la parroquia DAMIÁN DÍAZ ORTIZ <i>Delegado diocesano de Misiones de Ciudad Real</i>	67
1. Formación del Grupo de Animación Misionera.....	67
2. Identidad del Grupo de Animación Misionera	68
3. Funciones del Grupo de Animación Misionera.....	70
4. Organización del Grupo de Animación Misionera..	70
5. Actividades	71
5.1. Organización de las Campañas misioneras	71
5.2. Servir de lazo de unión entre los misioneros y las comunidades parroquiales.....	71

5.3. Promoción de las vocaciones misioneras	72
5.4. Formación	72
5.5. Oración	72
5.6. Publicaciones	72
5.7. Infancia misionera	73
5.8. Colaboración con ONG e integración en plataformas solidarias	73
6. Coordinación	73
7. Medios - Instrumentos	74
Conclusión	75
IV. La animación misionera en la familia	
JOSÉ MIGUEL TABOADA Y MARÍA PILAR TABUENCA <i>Colaboradores de la Delegación Diocesana de Misiones de Zaragoza</i>	77

Apéndices

I. Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2009	
BENEDICTO XVI	85
1. Todos los pueblos llamados a la salvación	86
2. Iglesia peregrina	87
3. <i>Missio ad gentes</i>	87
4. Llamados a evangelizar también mediante el martirio	88
5. Conclusión	90
II. Reflexión pastoral sobre «Actualidad de la misión <i>ad gentes</i> en España»	
RAMÓN DEL HOYO LÓPEZ <i>Obispo de Jaén</i> <i>Presidente de la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias</i>	91
Introducción	91



1. Antecedentes y motivaciones de la Instrucción.....	95
1.1. El Congreso Nacional de Misiones	95
1.2. El L aniversario de <i>Fidei donum</i>	96
1.3. Conferencias Espiscopales Europeas y Aparecida en Brasil	97
1.4. Año Jubilar Paulino	97
2. Colaboraciones y génesis del documento	98
2.1. El Consejo Nacional de Misiones	98
2.2. Delegados diocesanos de Misiones	99
2.3. Otras personas técnicas	99
3. Estructura.....	101
3.1. La Introducción	101
3.2. Capítulo I. La misión en la Vida de la Iglesia	101
3.3. Capítulo II. Dimensión teológica de la misión	102
3.4. Capítulo III. Interpelaciones actuales de la misión	102
3.5. Capítulo IV. Ámbitos de responsabilidad misionera	103
3.6. La Conclusión.....	104
4. Objetivos fundamentales	104
5. Algunas cuestiones transversales en la Instrucción	107
5.1. Jesucristo, misionero del Padre	108
5.2. La Iglesia es misionera; diversas situaciones...	112
5.3. Perfil evangélico del misionero	117
Conclusión	121
III. La misión <i>ad gentes</i> : dinamismo de la acción pastoral	
AMADEO RODRÍGUEZ MAGRO	
<i>Obispo de Plasencia</i>	123

1. Algunas precisiones sobre el título y el contenido de esta ponencia.....	123
1.1. En el esquema evangelizador de <i>Redemptoris missio</i>	123
1.2. Nuevas situaciones para una pastoral misionera	124
2. La misión <i>ad gentes</i> y su valor fundante y fecundante para la pastoral ordinaria.....	125
2.1. En el origen de la misión	125
2.2. La Iglesia es misión en acto	127
2.3. La misión universal sigue en sus inicios	127
2.4. Hacia una nueva calidad misionera	128
2.5. Una nueva conciencia misionera	129
3. La misión <i>ad gentes</i> y una pastoral sostenible	130
3.1. La evangelización, luz constante del dinamismo pastoral.....	130
3.2. Un nuevo estilo pastoral con impronta kerigmática	131
3.3. El anuncio de Cristo salvador nace de la fe confesada, celebrada y vivida en la Iglesia	132
3.4. El anuncio se dirige a la vida del hombre	134
3.5. Por la conversión al Reino de Dios	135
4. La misión <i>ad gentes</i> nos enseña a situarnos en los ámbitos de la pastoral ordinaria.....	136
4.1. Actitudes misioneras que generan dinamismo pastoral.....	136
4.2. La encarnación le propone motivaciones a la acción pastoral	136
4.3. La persona humana orienta el camino de la acción pastoral	137
4.4. El diálogo evangelizador le ofrece un cauce a la acción pastoral.....	138



4.5. La caridad enriquece la credibilidad de la acción pastoral	139
4.6. El testimonio configura a la acción pastoral	140
4.7. El anuncio explícito le ofrece concreción a la acción pastoral	140
4.8. La primacía de la gracia le pone paz interior a la acción pastoral	141
5. La misión <i>ad gentes</i> estimula a la pastoral ordinaria a encontrar nuevos ámbitos de misión.....	142
5.1. Una apasionada creatividad.....	142
5.2. Una ministerialidad misionera.....	143
5.3. Un nuevo mapa para la misión.....	144
5.4. Evangelizar lo cotidiano	145
5.5. La vida ordinaria, «alfabeto» de la evangelización.....	146
5.6. Bajo los ojos misioneros de María	148
IV. Instrucción pastoral «Actualidad de la misión <i>ad gentes</i> en España»: Una interpelación a las Iglesias particulares	
ANASTASIO GIL GARCÍA <i>Director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias</i>	149
1. Finalidad.....	151
2. Objetivos.....	153
3. Estructura de la Instrucción.....	155
3.1. La misión en la vida de la Iglesia.....	155
3.2. Dimensión teológica de la misión	155
3.3. Interpelaciones actuales de la misión	156
3.4. Ámbitos de responsabilidad misionera	157
4. Cuestiones centrales	157
4.1. Responsabilidad de la Iglesia particular.....	158
4.2. Centralidad y unicidad de Jesucristo.....	159

4.3. El Reino de Dios y su justicia	161
4.4. Los nuevos ámbitos de la misión	162
4.5 La formación misionera de los fieles	163
Conclusión	164



Editorial EDICE
Conferencia Episcopal Española
c/ Añastro, 1 - 28033 Madrid
Tel.: 91 343 97 92. Fax: 91 343 96 65
e-mail: edice.cee@planalfa.es

Noverim me, noverim Te

